



O. C. TAVIN

A LA DESESPERADA





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. 2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz (2.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO.
por Alf Manz. (2.ª edición.)

- Núm 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
 » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
 » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
 » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 » 33.—
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 » 39.—
 » 40.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 » 41.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.

En preparación:

LA PROMOCION DE LA MUERTE.
 ESPIAS EN LA NOCHE.

I



El humo espeso, amarillento, acre, de los gases lacrimógenos, invadía la estancia, pese a estar abierta la ventana que daba a la calle. Precisamente por ella habían penetrado varias granadas de mano, que, al estallar, dejaron escapar aquellos gases que ahora cegaban a los que luchaban como endemoniados, disparando con delirante celeridad sus pistolas «Thompson».

Subían y bajaban la escalera los hombres acorralados tropezando unos con otros, blasfemando, locos de espanto y rabia, acudiendo a los sitios, tanto en la planta inferior como la superior del edificio, donde la resistencia flaqueaba.

Eran doce hombres curtidos en la lucha salvaje de los «gángsters» contra los no menos aguerridos agentes de la Policía Metropolitana y Federal. Mandados por el «boss» Odgen Shaker, y

cercados por la Policía en aquel pequeño edificio, peleaban por sus vidas con saña inaudita, casi conscientes ya de que su empeño iba a ser baldío. Pero esto no les quitaba ardor. Matar policías era para ellos una pasión diabólica, un goce al que no renunciaban ni aun a costa de su propia vida. Era la lucha a muerte planteada desde siempre por la hegemonía del poder en aquella turbulenta Chicago.

Desde cierta distancia, una voz alterada por la emoción, a través de un altavoz conectado con un micrófono, hacía sonar potentemente su llamada a la sensatez de aquellos desesperados:

—¡Shaker! ¡Shaker!... ¡Es inútil toda resistencia! ¡Ríndanse al

F. B. I.!

¡Ríndanse al

F. B. I.!

¡No agraven las cosas, Shaker!...

Las ametralladoras «Thompson» de los «gángsters» tronaban continuamente como si intentasen apagar con su ruido de carraca aquella voz imperativa, pero también persuasiva del

F. B. I.,

que había desencadenado, con su tremendo poder, aquel asalto, apoyado por los de la Metropolitana.

—¡Están entrando abajo, jefe! —aulló Tribsky, el polacoamericano penetrando en la estancia donde estaba Shaker con Marion. Y los otros hombres, siete ya, entraron empujándose, destrozadas sus ropas, desmelenados, tosiendo y llorando a causa de los gases lacrimógenos.

—Todos los muebles, al comienzo de la escalera —ordenó Shaker, pasándose un pañuelo por los ojos—. ¡Todos los que quedemos, a seguir luchando! ¿Cuántos somos?

—Nueve, contigo —repuso Tribsky—. ¡Todos los muebles del piso, a la escalera! ¡Vamos, muchachos, que van a subir!

Mientras dos hombres, tumbados sobre el descansillo del comienzo de la escalera hacían fuego graneado sobre los agentes que ya dominaban el piso bajo, los demás, con movimientos desesperados, maldiciendo, rojos sus ojos por la irritación de los gases, empujaron armarios, mesas, sillas, dos divanes y sillones hacia la escalera. Un fuego infernal, de ametralladoras de mano, fusiles de gran calibre, armas automáticas todas esgrimidas por los agentes del

F. B. I.,

y de la Metropolitana, que comenzaban a querer subir la escalera, atronaba y enloquecía a los gángsters, que empujaban los muebles o los proyectaban desde lejos, escapando a la granizada de balas de los agentes.

—¡Shaker, ríndase! ¡Ríndase, Shaker! ¡Tribsky, desobedezcan a ese loco y redúzcanlo! ¡Tribsky, desobedezcan y entréguese! ¡Dentro de cinco minutos todo habrá acabado y el que se entregue...! —tronaba la voz imperativa, persuasiva también, del altavoz del

F. B. I.,

en una esquina de la calle, fuera de tiro de los «gángsters».

Shaker, de rodillas ante la ventana, disparando con una velocidad espantosa su «ukelele» contra las ventanas de la casa de enfrente, se volvió hacia su segundo, que le estaba contemplando extrañamente mientras escuchaba aquel canto de sirena del

F. B. I.,

invitando a la rendición.

—¡Qué listos! —exclamó el «boss», sonriendo ferozmente—. Que me entreguéis... Oye, Tribsky, oye... ¿Qué te parece?

—¡Cuidado, Odgen! —gritó agudamente Marion, que recargaba una «Thompson» para entregársela a su amante—. ¡Mátale, Odgen!

El gigantesco «boss» se levantó cuando Tribsky se echaba hacia atrás para enfilarle su ametralladora «Thompson» y acribillarle el cuerpo a balazos.

—¡Judas maldito! —Gruñó Shaker, yéndose encima con su enorme potencia de peso y acometividad—. ¡Tú nos delataste al

F. B. I.,

y ahora quieres entregarme, entregar a tus camaradas!

Tribsky, lívido de terror, dio otros tres pasos hacia atrás, intentando poner más espacio entre él y aquella fiera humana que se abalanzaba sobre él como una locomotora o un tanque pesado.

No fue larga la lucha, porque Shaker aplastaba en vez de derribar o sujetar. Su vigor inmenso, ahora en toda su desesperada virulencia, se volcó en aquellos breves segundos que tardó en coger entre sus brazos de gorila a su segundo, que, aunque era también fuerte y ágil, nada podía hacer contra él en aquel espacio reducido.

Cogido por la cabellera, el polacoamericano fue izado como un

muñeco y mantenido en el aire, a dos pies sobre el suelo, tambaleándose desesperadamente. Shaker, rugiendo como un león, lo llevó hasta la ventana, por dónde entraban las balas de todos los calibres con siniestro silbido. Y la mano derecha del «boss» se elevó aún más mientras con la izquierda doblaba el cuerpo de Tribsky como si fuese de goma, haciendo crujir espantosamente sus rotos huesos de la espina dorsal.

—Aparta, Marion... —dijo el «boss», roncamente, sonriendo con espantosa crueldad mientras su segundo aullaba de dolor, apagando la voz del

F. B. I.,

a través del amplificador—. Voy a enviarlo con sus amigos...

El cuerpo destrozado de Tribsky salió proyectado fuera de la ventana como un paquete de huesos rotos y carnes ya flácidas. Las balas, durante su bajada, se clavaron en el agonizante cuerpo del polacoamericano.

—Gracias, hermosa —se acercó Shaker a la bella joven, que le contemplaba espantada—. Tú y Johnny sois mis dos grandes amores. —La besó en los labios y cogió de nuevo la «Thompson», hurtando el cuerpo a las balas que entraban por la ventana.

Desde la casa de enfrente, los agentes del

F. B. I.,

y la Metropolitana hacían un fuego terrible sobre las otras dos ventanas de la casa, donde estaban apostados dos «gángsters». En la escalera, desde abajo, las ametralladoras estaban segando materialmente los obstáculos que pusieron los «gángsters» para impedir la subida.

—¡Están en el tejado! —gritó Donovan, un «gángsters» joven, de homicida mirada, penetrando en la alcoba—. ¡Y comienzan a subir! ¡Suben por la escalera, jefe!... ¡No hay esperanza! —Y rompió a llorar, dando cabezazos contra la pared, en un terrible acceso de pánico insuperable al comprobar que la muerte estaba rondándole ya, inevitable.

—¡Odgen, es ya inútil resistir! ¡Vámonos, si aún es tiempo! —gritó Marion, revuelta la ondulante cabellera color castaño que cubría su rostro de facciones delicadas—. ¡Vámonos!

Pero Shaker, poseído de la locura de matar, sudando todo su cuerpo, los ojos azules oscuros de mirada de criminal nato,

disparaba su «ukelele» yendo de un sitio a otro, ayudando a sus hombres, insultándolos cuando intentaban la retirada de la escalera o de las ventanas. Su tremenda virilidad necesitaba, indudablemente, un desahogo como aquél, en el que se jugaba la vida con tantas probabilidades de perderla. Shaker fue siempre un «boss» que predicaba con el ejemplo el arrojo suicida, la acometividad, el no conceder cuartel a sus enemigos, fuesen los representantes de la Ley o los «boss» de otras organizaciones criminales.

Marion le siguió, perdida la moral por completo, suplicándole conservase la vida. Vio que otros dos hombres habían muerto, yaciendo tras los destrozados muebles de detrás del rellano de la escalera. Estaban allí Maiden, muerto, acribillada su cabeza a balazos. Maiden, el que siempre se ofrecía voluntario para «pasar» al enemigo, policía o «gángster» a quién Shaker hubiese condenado a muerte. El hombre que se había hecho «gángster», porque tenía siempre «sed de sangre» y no por miedo personal. Su frente estrecha, echada atrás, denunciaba al ser de mentalidad ruin, de hombre casi prehistórico. Y estaba allí también Sloan, apretando con las manos ya rígidas la «Thompson», mientras sus ojos, muy abiertos, fijos espantosamente en la pared de la escalera fatídica, parecían muy asombrados por aquella llegada de la muerte, a la que siempre desafió con astucia de zorro y un valor de desesperado.

Era llegado el momento, según juzgó Shaker, mientras sentía correrle un estremecimiento por la sudorosa espalda, de morir o escapar, si esto era posible, dejando allí a los cuatro o cinco hombres que aún luchaban ferozmente. Marion, llorando de pánico, le seguía y apretábasele convulsivamente, besándole enloquecida mientras le pedía que huyesen de aquel infierno de muerte. Los agentes del

F. B. I.,

juntamente con los de la Metropolitana, en esfuerzos conjuntos irresistibles, como siempre, arrollaban ya todo obstáculo. Estaban haciendo unas troneras en el tejado, arrojando a la calle las planas tejas, y por allí empezaban a asomar agentes, que rompían el techo de las habitaciones para disparar desde lo alto sobre los «gángsters». En la escalera, los agentes del

F. B. I.,

habían rechazado a los defensores mediante espantosas descargas de ametralladoras y fusiles de gran calibre y la subían escalón a escalón, pagando también su tributo a la muerte.

—Vamos hacia la parte trasera, hacia el jardín —murmuró al fin Shaker, mientras miraba a sus hombres como temeroso, en tanto ellos luchaban como demonios—. Esto está perdido...

—Está perdido, pero no estamos perdidos nosotros, Odgen, si nos damos prisa —gimió ella, aturdida por las terribles explosiones que sonaban en la escalera, al hundirse parte de ella por efecto de una bomba de mano arrojada por los de la Metropolitana para ahuyentar de allí a los «gángsters»—. Recuerda que está la escalera de mano apoyada contra la fachada... La puse yo cuando comenzó esto. Mientras ellos resisten, nosotros...

—Dejé el coche preparado en las cercanías del estadio de Hawthorne —dijo quedamente él—. Vamos... Marion, me he quedado sin banda... Ninguno de éstos vivirá dentro de cinco minutos... Mis mejores hombres...

—Ni nosotros tampoco viviremos si seguimos así —exclamó Marion, empujándole con violencia hacia la parte posterior del edificio—. ¡Por lo que más quieras, mi Odgen! ¡Por salvarme, vamos!

—¡Duro, duro, Laskitt! —aulló Shaker, mientras disparaba su «Thompson» sobre la escalera en ruinas, detrás de la cual estaban los agentes de la Ley—. ¡Fuerte, Robbins, que no suban y les ganaremos! ¡Yo voy a la parte de atrás, por si intentan subir! ¡Duro los hombres con coraje!

Y seguidamente, simulando que combatía tras las ventanas, se deslizó bajo el fragor de las detonaciones, y acompañado de Marion, hacia las habitaciones posteriores.

—¿Traes los tambores de repuesto? —preguntó a la joven—. ¡Cuidado, que asoman por el techo!

Shaker disparó varias ráfagas de su «Thompson» hacia algunos agujeros del techo, por dónde asomaban, en efecto, varios cañones de rifles y de ametralladoras. Corrieron después desalentadamente, cruzando dos grandes habitaciones y un largo pasillo. Llegaron a la cocina. Shaker abrió la ventana y asomó la cabeza. La retiró prestamente, preparando la ametralladora.

—Están dos agentes... Aparta, Marion.

—No mates por matar, Odgen —murmuró ella, desfallecidamente—. Si podemos no hacerlo, tampoco llamaremos la atención.

Shaker la empujó violentamente, moviéndosele las aletas de la nariz como gozosamente. Apoyó la «Thompson» sobre el alféizar de la ventana y enfiló a los dos agentes de paisano, que, montados sobre el borde de la tapia de ladrillos, al otro extremo del pequeño jardín, se disponían a saltar dentro, sonó ásperamente una pequeña ráfaga y el ruido de dos cuerpos que caen pesadamente desde cierta altura.

—Dos menos... —rugió el «boss»—. Vamos, tú, salta a la escalera de mano. ¡Date prisa, que me están llamando los camaradas! Si se dan cuenta de que les abandono...

—¡Jefe, jefeee! —gritaba un «gángster», con acento angustioso—. ¡Que suben! ¿Dónde está? ¡Shaker! ¡Laskitt, Robbins, nos ha traicionado! ¡No está el jefe!

—Corre, Marion... —susurró Shaker, empujando a la joven, que ya bajaba por la débil escalera de mano—. Se han dado cuenta...

Los gritos de angustia de los «gángsters», sintiéndose abandonados por su jefe, fueron a medias ahogados por nuevas y terribles descargas de armas de fuego y explosiones de bombas de mano. Una terrible batahola de gritos de muerte, juramentos, carreras por las habitaciones y pasillos, con órdenes a gritos de los jefes de Policía se sucedió. El aullido de varias sirenas de coches que llegaban con refuerzos estremeció a Marion y al «boss», mientras corrían por el jardinillo, portando él la escalera de mano.

Otro agente, esta vez de uniforme, asomó la cabeza por encima de la tapia. Shaker sacó su pistola del pecho y disparó con terrible puntería. El agente, como un monigote de feria, inclinó la cabeza sobre el borde de la tapia, quedando inmóvil. Pero un hilo de sangre balaba por el muro lentamente...

—Arriba, idiota —rugió él, empujándola por la escalera de mono, que ella subía con un miedo espantoso, temerosa de que otros agentes esperasen al otro lado del muro.

Cuando ella transpuso la cerca, él, a caballo sobre el borde, dispuesto a saltar, se detuvo unos instantes para contemplar el edificio, en donde aún sonaban las descargas rápidas, las intermitencias de las «ukeleles», los gritos de los agentes, y, sobre

todo ello, en ciertos momentos, la voz poderosa, un poco gangosa, del altavoz del

F. B. I.,

intimando a la rendición a los pocos «gángsters» que aún resistían.

—¡Shaker! —aullaba la voz truculenta de Laskitt, que debía estar herido, quizá agonizante, llamando a su jefe—. ¡Shaker, ven, canalla, traidor!

Saltó al otro lado del muro. Era una calleja angosta, con piso de asfalto. A ambos lados había tapias pertenecientes a pequeños jardines traseros de hoteles y villas cercanas al estadio de Hawthorne. Una calleja que, por su silencio, parecía como si estuviese muy alejada del lugar de la tremenda batalla que se estaba librando a tan corta distancia.

Dos agentes de uniforme, de la Metropolitana, aparecieron repentinamente en el extremo de la calleja. Llevaban aquellos terribles rifles automáticos de gran calibre y apuntaron con ellos a Shaker, que no había abandonado su «Thompson».

—¡Al suelo, Marion! —rugió él, dándola un empujón con inusitada violencia.

Ella cayó casi de espaldas, lanzando un grito de espanto cuando ya la ametralladora de mano de Shaker disparaba vertiginosamente, apoyado él contra la tapia, para que su pulso no vacilara.

Los dos agentes, no muy percatados al principio de que aquella pareja fuesen unos criminales, pagaron cara su indecisión y quizá su hidalguía al ver a una mujer. Segados materialmente por la ráfaga de balas, cayeron al suelo casi al mismo tiempo, en posturas violentas, grotescas.

—¡Corramos! —gritó Shaker, jadeante—. Ya no disparan en la casa. Ninguno de los camaradas lo ha contado, pero ¡yo sí!... ¡Marion, corre, corre, o te dejo ahí, maldita! ¡Súbete las faldas, idiota! ¡Todos se nos van a venir encima!

Corrieron con toda sus fuerzas por la estrecha calleja, sin un hueco donde guarecerse si los agentes asomasen en crecido número, al extremo de la vía. Shaker, con la «ukelele» a la espalda, ocultándola, en puntillas, se acercó a la esquina espiando. No vio a nadie en la calle transversal.

—Tira ya la «Thompson» —le aconsejó Marion—. Y quítate la trinchera, que está manchada de sangre. Dóblala con el forro hacia

afuera, para que no se vean las manchas... ¿Hay alguien? Vámonos cuanto antes.

Shaker la obedeció. Después de echar una mirada de lástima sobre la terrible arma, la arrojó violentamente detrás de un alto muro, sobre un jardín. Y se quitó la trinchera, desgarrada y manchada de polvo y sangre. La dobló cuidadosamente hacia dentro y se la echó sobre el hombro izquierdo, ocultando así también el bulto que pudiera hacer su pistola, bajo la axila del mismo lado.

—Cógeme del brazo —dijo ella, mirando desconfiadamente a su alrededor—. Como si fuésemos ajenos a todo lo que queda atrás. Ponte bien el sombrero. No mires así, que parece que desafías a todo el mundo...

Caminaron por la calle, tranquila, con pocos transeúntes. Varias ambulancias, haciendo sonar sus sirenas, iban, hacia el lugar del asalto. Agentes sobre sus «Harley» iban y venían velozmente, así como coches patrullas. Shaker, baja la cabeza, pero mirando de reojo todo, llevaba del brazo a Marion, que caminaba tranquilamente, alta la cabeza, airoso el porte. Vestía un traje de «sport», con jersey color fucsia y falda escocesa.

Llegaron ante la avenida Cicero, donde estaba enclavado el estádium, para carreras de «autos» y motocicletas. Sonaban los estampidos de los motores de explosión y los gritos del público, emocionado por las carreras. Ante el recinto, en los aparcaderos, varias docenas de coches particulares, dejados allí por sus dueños.

—¿Dónde está tu coche? —preguntó ella a Shaker, que, un poco tembloroso, miraba casi con pánico a su alrededor—. ¡No seas idiota, que te estás denunciando! ¿Dónde dejaste el coche?

—Allí, junto al poste de señales —murmuró él, sacando de un bolsillo la pitillera y encendiendo un cigarrillo con mano temblorosa—. Hay gente... Pueden ser agentes de paisano. No sé si sabrán que ese coche es mío.

—Quédate aquí. Dame las llaves del encendido —dijo Marion, en tono despectivo—. Serías capaz de ponerte a gritar que tú no eres tú. Espérame...

La joven, andando graciosamente, se alejó de Shaker, que la contemplaba admirativamente, rígido, con la mano metida en el pecho, dispuesto a disparar si a ella la detenían.

Marion se acercó al grupo de coches colocados simétricamente

en el aparcadero. Varios guardacoches vigilaban, charlando animadamente con los chóferes, que aguardaban el final del espectáculo. Llegó ante el «Chevrolet» de Shaker, verde claro, acompañada del guardacoches, y abrió la portezuela, sonriendo graciosamente cuando dio una propina al hombre. Y sacó el vehículo velozmente, llegando ante la esquina donde estaba Shaker. Abrió la portezuela y él se metió apresuradamente, torpemente.

A velocidad moderada se alojaron de allí. Shaker lanzó un hondo suspiro de alivio.

—Vamos a mi casa —dijo ella, cuando iban por Cicero Avenue, hacia el Norte.

—Pero no a la de Buterfield Road —replicó él duramente, muy metido en el asiento trasero, de forma que apenas si su cabeza asomaba por la ventanilla del vehículo—. Vamos a la villa de Touhy Avenue. Allí te dejaré.

—¿Qué vas a hacer tú? —Se volvió ella, para mirarle con inquietud—. Debes esconderte bajo tierra durante una temporada. Fuiste tan inteligente en echarte encima al

F. B. I.

—¡Cállate y no te metas a discutir lo que yo hago! —repuso secamente él—. Lo primero que voy a hacer es ir a buscar a Johnny. Una vez juntos, nos esconderemos o nos iremos al otro extremo de la Unión.

—¿Vas a ir a buscar a tu hermanito? —preguntó ella, con asombro—. ¿Pero es que no te das cuenta de que Johnny puede ser el medio, el señuelo que puede emplear el

F. B. I.

para echarte mano...?

—¡No voy a dejarlo solo! Ellos aún no estarán enterados de que Johnny es mi hermano y dónde vive. Cuando te deje en tu casa iré por él. Quizá volvamos a tu villa.

—No te metas innecesariamente en más líos, Odgen —contestó ella agriamente—. Es una barbaridad que vayas a buscar a Johnny y es más estúpido que vayáis a mi casa...

—¡Mi casa!... —exclamó burlonamente él—. Querrás decir la mía, hermosa. Todo cuanto tú tienes es mío, como lo eres tú. Y yo llevo a tu casa a quién me parece y cuando quiera. ¡Y si me viene bien, te echo a ti para que entre quien yo quiera! —terminó

furiosamente, inclinándose hacia ella.

—Está bien, está bien... —contestó dulcemente Marion, sonriendo suavemente. Vio por el espejo retrovisor el rostro congestionado de ira de Odgen, con las manos sobre el respaldo del asiento. Unas manos que parecían zarpas de león. Sobre el dorso de la derecha había una mancha de sangre, ya seca—. Siempre serás un irascible y majadero suspicaz. ¿Crees que no sé todo lo que te debo? Sé que soy tuya, sólo tuya, Odgen. No sé si otra mujer habría... descendido tanto como yo sólo por cariño...

—Ya, ya... —dijo Shaker, riendo sarcásticamente—. La hermana de un sacerdote, amante de un «gángster» de la peor especie. Maldecida, exonerada del hogar del severo hermano, casi un santo...

—¡Cállate, Odgen! —exclamó ella duramente, muy pálida—. No me recuerdes todo esto, tan cierto, para burlarte de mí. Eres quien menos puede hacerlo, a no ser que seas mucho más canalla de lo que yo creo. Y lo eres hasta un grado... Eres ya hasta un asesino, un sádico asesino, Odgen. Nunca creí que yo pudiera amar a un hombre como tú.

—¿Lo dejamos, Marion? —cortó Shaker en tono más suave—. Estamos locos los dos. Hemos escapado por milagro. Gracias a Dios, como dirías tú... Eres un tipo curioso, mujer... Tienes creencias religiosas, como buena hermana de cura, pero esta tarde me estabas dando los tambores de balas de la «Thompson», para que yo matase a hombres... buenos, creyentes muchos de ellos, representantes del bien común. Gracias a ti disparaba yo... y mataba con más velocidad que nunca. Claro que eso lo haces porque me quieres, ¿no?

—Porque por cariño a ti soy tan criminal como tú —repuso Marion, con voz quebrada por la angustia—. Dejémoslo, Odgen, tal como está. Dudo mucho que en tu mente, atrofiada por la maldad, entre la definición clara de lo que soy para ti, lo que hago por ti... Soy creyente, sí, y me doy perfecta cuenta del abismo que estoy abriendo a mis pies... por ti.

—Déjalo, entonces —murmuró suavemente Shaker, con aquel acento helado que solía emplear antes de matar—. Si por salvar tu alma prefieres sacrificar el cariño que dices tenerme, déjame, hermosa, déjame...

El espejo retrovisor reflejó la imagen del rostro sonriente, asomando por entre los gruesos labios unos colmillos lobunos, blancos. Tenía una cara parecida a la del actor Orson Welles, y ella, a veces, burlándose, le decía que imitaba al gran actor de la pantalla en sus gestos truculentos, cínicos, crueles. Ahora, Shaker no imitaba a nadie, pero había adoptado el gesto frío, calculador, implacable, de cuando mataba. Marion se estremeció. Sabía que le dominaba en todo, que cuando quería, le hacía obedecer, sin llevarle la contraria. En todo, menos en aquella terrible tendencia de resolver cuestiones, no siempre graves, matando. Y sabía que él la mataría si tuviese la más pequeña duda de que le era infiel o simplemente pensase en dejarle, aun sin irse con otro. Shaker la amaba a su modo, pero la amaba con toda su alma, si alma podía decirse que tenía.

—Bueno... —murmuró ella, frenando el coche ante la villa donde vivía—. Ya hemos llegado. ¿Qué vas a hacer definitivamente? No vayas a buscar a tu hermano, Odgen. Nada le pasará porque esta noche no estés a su lado. Piensa que la Policía te puede estar esperando...

—Voy a buscarle y lo traeré aquí —refutó Shaker, bajando del coche y ocupando el sitio que ella dejó, en la dirección—. Si no puedo subir a buscarle... no sé lo que haré. Enviaré a algún amigo para que lo saque de casa.

Marion rompió a reír burlonamente, ya en la acera.

—¡Qué idiota, qué inocente eres! ¡Lo menos crees tú que tus amigos, los «honrados» amigos tuyos, van a ir por tu hermanito, para caer en manos del

F. B. I.!

—¿Irás tú por él? —preguntó Shaker, mirándola fijamente—. ¿Irás si yo te lo pidiese?

—¡No! ¡No iría por nada del mundo, Odgen! Aunque me mates por no hacerlo... —contestó ella fogosamente—. Soy ya tan criminal como tú, pero quiero estar contigo, pasar lo que tú pases, morir contigo. Ir a buscar a Johnny es caer en la trampa, ir detenida ante los agentes especiales del

F. B. I.,

ser interrogada por ellos horas y horas... y denunciarte al final. ¡Quién te metería en la cabeza que debías de asesinar a aquel

agente especial, Odgen!... Ahora tienes encima a ese otro, a Bryden, de quien todo el mundo habla como un genio de la astucia... Ya has visto cómo ha dado con nuestro retiro y lo que nos ha enviado. La banda destrozada, tú mismo derrotado, perseguido a muerte...

Shaker, baja la mirada, palidísimo, arrancó el coche, dejándola con la palabra en la boca.

Marion penetró en el pequeño edificio. Nadie sino ella lo habitaba, aunque durante unas horas iba una mujer a hacer la limpieza y a dejar la comida hecha para la joven. Shaker lo había mandado así, para poder disponer, en caso necesario, de un refugio si la Policía le buscaba.



LECTOR: NO PRESTES NUNCA UNA NOVELA

Los libros son tus mejores amigos.

No los maltrates, ni los prestes, ni los malvendas.

Sé fiel a tus amigos.

II



HAKER detuvo el coche a cierta distancia del edificio de nueve pisos, en el 325 de Archer Avenue, cerca de McKinley Park. Se bajó del «Chevrolet» y fue a colocarse dentro de un portal, asomando un poco la cabeza, mientras fingía cargar su pipa.

No había en aquel momento ningún coche ante la puerta de su casa, ni hombres que disimuladamente vigilasen al edificio. Tampoco estaba por allí ningún coche parado.

Vaciló antes de lanzarse de nuevo a la calle, para cruzarla y meterse en su casa. No sabía si los agentes especiales del F. B. I.,

le estarían esperando en el portal, al lado del ascensor o en la misma cabina del portero. Quizá arriba, en el piso noveno, con

Johnny, su hermano, esperando que abriese la puerta para echárselo encima o meterle una docena de balazos en el cuerpo sin previo aviso. Era muy cierto, como le había dicho la prudente Marion, que Johnny iba a constituir como el cebo donde caería él al iba a buscarle.

Sin embargo, la vacilación de Shaker duró poco. Su inmenso cariño por el hermano paralítico, siempre metido en un sillón de ruedas o en la cama, sin más amparo que él, no podía verse menguado por un riesgo, fuese cual fuere. No podía dejar solo a Johnny. El

F. B. I.,

según creía él, lo detendría al infeliz y le haría declarar cosas sumamente comprometedoras.

Cruzó la calzada, pero llevando ya en la mano, oculta por la trinchera doblada sobre el brazo, la pistola automática dispuesta. Shaker no se entregaría nunca al

F. B. I.,

después de lo ocurrido. Sabía que estaba condenado a muerte, sí lo cogían sin poderse defender, y si se defendía, la muerte era también inevitable.

Penetró en el portal con paso seguro, pero algo lento, mirando de reojo a un lado y otro. Esperando que varios hombres se le echasen encima repentinamente...

El portero salió a su encuentro. Sonrió al verle.

—Buenas noches, señor Mound —le saludó, mientras le tendía el diario, como todas las noches hacía, con destino al aburrido Johnny.

Shaker era allí el señor Mound, un agente de negocios sumamente ocupado siempre.

—¡Hola, Dixie! —murmuró, con acento indiferente, Shaker, mientras iba hacia el ascensor, sin cesar de vigilar la portería y el portal con ojos inquietos—. ¿Ha habido algo de particular? ¿Alguna visita para mi hermano?

—Nada, señor Mound. Se le subió, como siempre, la merienda y charlé con él un rato. Cada vez me va ganando más partidas de ajedrez —rió francamente el conserje—. Bueno; ¿ha visto usted la batalla que se ha librado contra los «gángster» en Cícero?

—No. NO sé nada. Debieran prender fuego a ese condenado

barrio. ¿Lo dice aquí, en el diario? —replicó indiferentemente Shaker, mientras sacaba de un bolsillo, con la mano izquierda, un billete de cinco dólares y se lo entregaba al portero, que sonrió al recibirlo.

—Sí, sí, ahí lo dice. Pero esta vez ha intervenido el

F. B. I.,

y eso sí que es definitivo...

—¿Cree usted? ¿Son tan buenos esos hombres como dicen? —inquirió Shaker, sonriendo débilmente, mientras Dixie apretaba el botón para que bajase el ascensor.

—Yo no desearía estar en el pellejo del «boss» que ha logrado escapar, según dice este periódico, en compañía de una mujer. El

F. B. I.,

con los de la Metropolitana, han matado a doce bandidos de esos...

—¿Y de ellos, de los agentes? —preguntó, Shaker, con sorna.

—Cuatro muertos y varios heridos. Dos del

F. B. I.,

no lo contaron. Y eso es lo peor que ha podido hacer ese idiota de «boss». Enfrentarse con los «special agents»... ¿Se enfrentaría usted, a cuerpo limpio, señor Mound, con un tanque «Sherman»?

—Desde luego que no —replicó, ya fastidiado Shaker, que sintió correrle por la espalda un escalofrío de horror—. Bien, Dixie, yo saldré luego, tal vez con mi hermano. Pienso llevármelo unos días al otro lado del Michigan, para que respire mejor. No hago caso de él y el pobre...

El ascensor le dejó en la planta novena. Ya estaba tranquilo Shaker. El

F. B. I.,

ignoraba que vivía en Archer Avenue, entre otros cuatro o cinco domicilios más que tenía. Era tiempo de coger a Johnny y llevárselo a un sitio más seguro.

Abrió la puerta del piso silenciosamente. Alargó la mano y encendió la luz del «hall».

—¿Odgen? —gritó en otra habitación una voz débil, casi afeminada, llena de ansiedad—. ¿Eres tú, Odgen?

—Sí. Calla. Ahora voy —repuso el hermano mayor, mientras dejaba la trinchera en un perchero, así como el sombrero.

Se miró después al espejo del mismo mueble. Estaba muy pálido,

alterado, con aquella expresión tremenda de los ojos, como espantados y feroces.

Sonó sobre el «*parquet*» encerado del pasillo el suave ruido de unas llantas de goma que se deslizasen. Se apartó una cortina y apareció Johnny, que le miró con asombro y con cariño infinito.

El hermano paralítico de Odgen podría tener unos treinta o treinta y un años, si bien su rostro, ralo, de piel suave, blanquísima, denotaba carencia de virilidad. Su pelo rubio muy claro, casi albino, era largo, sedoso, cubriéndolo ampliamente las orejas y a veces la frente, amplia, sin una arruga. Los ojos del paralítico eran los únicos que revelaban vida en todo aquel desmedrado cuerpecillo de muchacho de doce años, esquelético, encorvado, con el pecho hundido y el cuello delgadísimo. Sus ojos azules, muy claros, profundos, llenos de inteligencia y dulzura; revelaban la íntima tragedia de aquel pobre ser, que poco a poco iba quedándose rígido, muriendo paulatinamente sin moverse del sillón o de la cama.

—¡Odgen! —exclamó Johnny, envolviéndole en una profunda mirada de cariño y reproche mientras colocaba sus manos, delgadísimas, muy blancas, sobre las rodillas, puros huesos, que se marcaban en el pantalón como agudas puntas de roca—. ¡Te he visto luchar contra el

F. B. I.!

¡Has vuelto a matar, Odgen!

—¿Qué me has visto luchar? —exclamó Odgen, con extrañeza, mientras hacía que el cochecillo girase, empujándole hacia el interior de la casa—. ¡Ah, ya, ya!... Lo han transmitido por televisión, ¿no? Oye: ¿y se me ve la cara?

—No. Los operadores tomaron las vistas desde una casa de enfrente. Tu silueta, la de Marion... ¡También a ella la metes en esos líos, Odgen! —contestó Johnny, cuando se vio frente a frente de su hermano, el cual se había puesto de rodillas, sobre la alfombra, y con las manos del paralítico entre las suyas, descomunales, fuertes.

—Sí... Alguien le dijo al F. B. I, dónde estábamos reunidos. Cercaron la casa y tuvimos que defendernos —inclinó la gran cabeza y besó con dulzura las manos de Johnny, que le acarició la frente sudorosa—. Pero ya ha pasado todo, hermanito...

—Todos tus hombres han muerto —murmuró tristemente

Johnny—. Los he visto por la televisión. Uno de ellos ha declarado antes de morir. Le estaban tomando declaración. Era horrible verlo, Odgen. Los del

F. B. I.,

tomaban notas, le asediaban a preguntas. El agente Bryden, tan alto como tú, y tan fuerte, fue el primero que entró en una alcoba, pegando tiros. Se veía muy bien en la pantalla...

Odgen hundió la cabeza entre los delgadísimos muslos de su hermano. Éste siguió acariciándole suavemente.

—Tanto matar, Odgen. No puedo comprender cómo eres así. No eres malo, pero algo inexplicable hay en tu alma que te hace serlo. Como una doble personalidad, ¿no?

—Voy a llevarte conmigo —dijo Odgen, levantándose y mirando a su hermano profundamente—. Eso de que uno de los míos haya declarado antes de morir... Vas a venir conmigo. Ahora mismo. Tengo el «cottage» de Stevensville, al otro lado del Michigan. ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasaste el verano pasado?

Mientras hablaba abrió un armario y fue sacando ropas de Johnny y efectos. De una caja metálica, que abrió, sacó igualmente grandes fajos de billetes, que guardó en la cartera, en los bolsillos de los pantalones y en los de la americana.

—Tengo más de sesenta mil dólares —le mostró, sonriendo, a su hermano los fajos, mientras los guardaba en los bolsillos—. Una buena vida mientras descanso, hermanito... Ya no tengo que repartirlo con los camaradas.

—¿Por qué mataste a aquel agente especial del F. B. I.?

—preguntó repentinamente Johnny, mirando fijamente a su hermano. Éste se volvió, fruncido el ceño.

—Empezaba a meter las narices en mis asuntos. Y aunque yo no soy más que contrabandista de licores del Canadá, y él no iba a hacer nada si me descubría, si podía dar parte a la Metropolitana y al servicio de fronteras. Tuve que matarle, chico.

—Y te has echado encima los perros —murmuró sordamente Johnny—. Los peores perros. No hace ocho días que mataste al agente especial y ya te ves con la banda destrozada y tú mismo, digas lo que digas, en el peor apuro de toda tu vida. Siempre te dije que no chocases con el

F. B. I.,

que no mates por matar...

—Yo no mato por matar, Johnny —dijo, casi humildemente, Odgen—. Cuando a uno le cortan todas las retiradas...

—Matas por matar, no lo niegues. Lo cuentas después y se te ve el orgullo, la vanidad satisfecha por haberlo hecho. Te crees un héroe... —cortó mansamente Johnny—, y, Odgen, si mis consejos de nada te valen; si yo no puedo influir sobre ti para que no seas un salvaje, un animal carnicero, yo no quiero volver a ver en tu mirada horribles escenas de asesinatos, de hechos que, al saber que los cometes tú, me matan de vergüenza... Será lo mejor que me lleves, a un hospital del Estado y que no nos volvamos a ver más.

—¡Johnny! ¡No sabes lo que dices, muchacho! —dejó de hacer la maleta, para arrodillarse de nuevo en el suelo. Cogió la cabeza de su hermano entre las manos, le hizo inclinarse y le besó con inmenso cariño, jadeando de emoción. Johnny le devolvió, sollozando, las caricias—. No puedes comprender, pequeño, que cuando uno se mete en esta vida, apenas si es posible salir de ella.

—Sobre todo, si la sangre mancha las manos. Y si para ocultar una muerte hay que seguir matando —arguyó severamente Johnny. Y, sobre todo, cuando se siente placer en matar, como lo sientes tú. ¿Me vas a decir que, con todo lo que tienes ahorrado, aunque sea ilícitamente obtenido, no podrías haber dejado hace tiempo esta infame vida, para irte fuera de América y vivir honradamente? ¡No niegues que gozas siendo un «gángster», un criminal, un bandido! No quiero nada de lo tuyo, Odgen, si está manchado de sangre. No quiero verte, saber nada de ti. ¡También tengo derecho a no ser tu cómplice con mi silencio, sabiendo que eres un criminal! Sí me quisieras como dices, si te acordases de nuestros padres, Odgen...

Odgen apretaba contra su inmenso pecho el cuerpecillo de su hermano, ocultando en su ancho cuello de toro aquella cabecita de largo pelo sedoso. Sollozaban ambos; Odgen como rugiendo.

Un ruido lejano, como un ulular, sintieron ambos hermanos a través de la abierta ventana que daba a la calle. Odgen levantó la cabeza, escuchando atentamente. Johnny volvió la cabeza hacia la ventana. El ulular había cesado. Odgen fue a la pared y apagó las luces. Fue después a la ventana y se asomó con precaución.

—¿La Policía? —preguntó Johnny, arrimando su sillón de ruedas

al lado de su hermano.

—Sí. Ya no suenan las sirenas. ¿Pudiste ver por la televisión si mi camarada declaraba mucho al

F. B. I.?

¿Podía hablar fácilmente? Recuérдалo, Johnny...

—La escena duró tres o cuatro segundos. Ya sabes la movilidad que tienen, cómo cambian de planos. Le tenían levantada la cabeza y tu camarada hablaba con dificultad. Estaba agonizando. Decía seguramente sí o no a lo que le preguntaban.

—A otros camaradas no les tomaron declaración, ¿verdad? ¡Mira, hermanito, mira! —se retiró precipitadamente de la ventana, mientras apretaba los puños con formidable ímpetu—. ¡Los coches de la Metropolitana!

—¿Seguro? —Johnny asomó la cabeza también, mientras Odgen miraba a su alrededor como fiera enjaulada, espantosa la expresión de su rostro—. ¡Bajan de los coches!... ¡Odgen, vienen hacia esta casa! De paisano y uniforme. Miran hacia aquí... ¡Odgen, entran, van a entrar en el portal! ¡Lo menos, diez o doce! ¡Quedan otros enfrente, pasean por la acera! ¡Odgen, vienen por ti, por ti!

—¡Por mí! —rugió el gigante, esgrimiendo la pistola—. ¡Y yo que quería llevarte conmigo!

—¡Vete, vete, Odgen! ¡Sube a la azotea y pasa a las otras casas! ¡Deben estar subiendo ya en el ascensor! ¡Vete, Odgen, hermanito! ¡No lo pienses más! —Le tendió los brazos, como cañas bajo la chaquetilla del pijama, sollozando, presa de un terrible espanto.

—¡Adiós, Johnny, cariño de mi alma! ¡Vendré por ti luego, luego! ¡Y te juro que si salgo de ésta, no volveré a ser un canalla!

Se abalanzó a él y le besó con loca furia en la frente, en las hundidas, huesudas mejillas, en las manos cerúleas, como de mujer, mientras gruesas lágrimas caían de sus ojos, ahora de afligida mirada.

—¡Vete, vete; basta ya! —gritó Johnny, apartándole—. ¡No te preocupes de mí! ¡Aunque me maten no te delataré!

Odgen cogió, al pasar, una trinchera nueva del perchero, el sombrero. Y pistola en mano salió del piso. En la escalera escuchó, asomando un poco la cabeza. Muy apagadas se oían voces. La de Dixie, que gritaba coléricamente. Y otros hombres, aún más malhumorados.

Subió una estrecha escalera, por la parte del montacargas de servicio, y abrió con una llave la puerta que daba a las azoteas del edificio. Los postes con los alambres de colgar la ropa a secar. Los grupos de chimeneas de salidas de humos. Nadie había allí, todavía.

Saltó ágilmente al edificio contiguo, salvando un bajo muro. Eran cuatro edificios, de la misma altura y parecidas características arquitectónicas, que componían la manzana. Ya Shaker, anteriormente, y siempre con el pensamiento puesto en posibles huidas repentinas, había estudiado sobre el terreno las posibilidades de hacerlo con el menor riesgo posible. Ahora iba casi sobre seguro, dado el caso de que la Policía hubiese tomado sus medidas para evitar la huida, bloqueando los portales de las cuatro casas.

Fue a la del extremo, saltando los bajos muros de separación de las azoteas. Sacó otra llave y abrió quedamente la puertecilla de la azotea, asomando un poco la cabeza. Estaba todo a oscuras. No podía saber si los agentes de la Policía le estaban esperando al término de la escalerilla de servicio.

Avanzó unos pasos, en puntillas, pistola en mano. Bajó la escalera y llegó al rellano de la escalera principal. A un lado, ya alumbrado bien todo, las dos puertas de los ascensores. Nadie vigilaba.

Bajó de tres en tres los escalones, como despeñado, esgrimiendo el arma, los nueve pisos. De su velocidad en salir del edificio dependía su vida. Los agentes del

F. B. I.,

aquel terrible Bryden, tan gigante como él, astuto como una serpiente, quizá estaba ya buscándole, interrogando al pobre Johnny... Otros agentes le buscarían, en tanto, subiendo a la azotea. Era tan sencillo suponer que había huido por allí...

Al llegar al portal, guardó la pistola en el bolsillo de la trinchera, pero con la mano metida apretándola nerviosamente. Respiró hondamente y adoptó un paso normal, levantada la cabeza, pero bajada el ala del sombrero flexible. Iba elegantemente vestido y parecía un hombre decente, honorable.

Su mirada abarcó toda la extensión del portal, largo y estrecho, hasta la calle. Estaba desierto.

Pasó ante la cabina del portero, que, acodado sobre el mostrador, leía, con no disimulado interés, un diario. Tal vez la

reseña del asalto a la casa de los «gángsters». No levantó siquiera la mirada cuando Shaker pasó ante él, a una yarda de distancia. En aquel edificio había varias oficinas comerciales y entraban y salían muchas personas al cabo del día.

Nadie en la acera, de la Policía, vigilando. Estaba en McKinley Park, adonde daba la fachada de aquel edificio; es decir, a espaldas de su casa.

Sonrió infantilmente cuando se vio en la calle. Un gozo inmenso inundaba todo su ser. ¡Qué fácilmente había podido escaparse, cuando ello parecía imposible! Esta vez, aquel temible agente del F. B. I.,

Bryden, había hecho las cosas como un perfecto idiota. ¡No ocurrírsele siquiera bloquear los edificios, las salidas de las casas! Tal vez pensase que el «boss» no iría a meterse en casa de su hermano Johnny, y, en realidad, fue el agente a interrogar al hermano paralítico. ¡Aplicarle el interrogatorio de tercer grado al infeliz!

Paseando lentamente por la acera exterior del parque, en el que numerosas personas deambulaban o estaban sentadas en los bancos, fue acercándose a Archer Avenue. En un quiosco compró un diario y varios paquetes de cigarrillos y cerillas. Apoyado en el mostrador, a un lado, hizo como que lo hojeaba, mirando de cuando en cuando al portal de su casa. Estaban allí, de vigilancia, dos agentes de la Metropolitana. Otros dos, paseando por la acera. Y otros dos, al otro lado de la ancha calle, junto a tres coches policiales, encima de cuyas ventanillas posteriores se leía en grandes letras «Police».

Vio un banco libre y se sentó, volviéndose de costado para mirar, mientras simulaba leer el diario nocturno, el portal de su casa. Muy cerca, su «Chevrolet», junto a la acera. Nadie dentro ni como guardándolo.

Sonrió con inmensa alegría. Estaba a menos de cuarenta yardas de su casa, pero tan lejos de todo peligro como si se encontrase en Nueva York, a centenares de millas de distancia. Faltaba solamente saber si su adorado hermano Johnny iba a correr algún peligro. Si se atrevían a arrestarlo, sacándolo de la casa, él, Odgen, iba a matar, pero a matar rabiosamente.

Estuvo así, espiando, gran rato. Miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca. Eran las ocho y media de la noche y no hacía

dos horas que había estado peleando salvajemente contra la Policía, contra el

F. B. I.

Vio salir del portal de su casa dos agentes de paisano, que hablaron un poco de tiempo con los de uniforme. Señalaban a la plaza vivamente. Shaker pensó que ya sabían que él, Odgen, había escapado y estaba deambulando quizá no lejos de allí.

Los dos agentes de paisano, subiéndose los cuellos de los gabanes, se encaminaron con paso mal disimuladamente indiferente hacia la plaza. Odgen se levantó lentamente, viendo venir el peligro. Era evidente que le iban, a buscar allí, examinando a todos los que estaban en los jardines. Sabían que Shaker tenía una enorme estatura, que era vigoroso como un gorila...

Sin prisa, pero dando grandes zancadas, como si estuviese paseando, ganó terreno a los dos agentes. Y salió después de los jardines, sin volver la cabeza, encaminándose hacía su coche, junto a la acera.



ATENCION, LECTOR:

**EDITORIAL ROLLAN publicará
¡PARA TUS HIJOS!
UNA REVISTA INFANTE**

III



ASO al lado del coche, mirándolo de reojo. No había nadie dentro, aunque recordaba que no cerró las portezuelas con llave. Y cuando dio la vuelta para mirar un escaparate de una tienda de libros, brillantemente iluminada y después esparcir la mirada alrededor, tampoco observó que ningún agente policíaco estuviese al acecho de quien osase acercarse al vehículo para detenerlo. No debían saber que tenía coche, o ignoraban sus características.

Decididamente, sacando las llaves del encendido, abrió la portezuela y se metió en él, cerrando suavemente la portezuela. Arrancó rápidamente y salió a regular velocidad, pasando por delante del portal de su casa. Estaba allí el portero hablando con los

dos agentes de uniforme de la Metropolitana.

¿Adónde iría ahora? ¿Habría declarado su camarada agonizante que tenía tres domicilios, dando las direcciones? ¿Sería prudente acercarse a alguno de ellos?

Pensó igualmente en que Marion también estaba corriendo un gran peligro.

A velocidad moderada, para no llamar la atención de los agentes del tráfico, fue recorriendo calles, pasando por el Michigan Canal, donde estaban los grandes «docks» ganaderos, y después enfiló Washington Boulevard, en un gran trecho. Vio un bar, ya conocido de él, y detuvo el coche, apeándose.

Pidió, sentado ante una mesita, en un rincón, una ración de salchichas con ensaladilla, pollo asado frío y café con leche. Sentía hambre, un hambre provocado por el intenso ejercicio de matar de horas antes. Ahora estaba comportándose, como un animal acosado y debía restaurar sus fuerzas para seguir la huida y la lucha, si se volvía a plantear.

Volvió, acuciadora, a su mente, la idea de arrancar a Johnny, el querido hermano, de las garras de aquel terrible Bryden, el agente especial del

F. B. I.

A no ser por Johnny, él podría estar ahora quizá lejos de Chicago, siguiendo su táctica de infiltración por la frontera con el Canadá. Allí tenía buenos conocimientos para pasar al otro lado. Varios aduaneros canadienses, sobornados por él, casi a sus órdenes, le dejarían pasar. Llevaba, además, casi setenta mil dólares en los bolsillos, y esto constituía una fuerza irresistible para ciertas conciencias.

Cuando terminó la cena se levantó y fue a la cabina telefónica. Metió la ficha en la ranura y marcó el número del teléfono de Marion.

—Soy Od —dijo, cambiando un poco la voz cuando ella, chillando agriamente, preguntó quién le hablaba.

—¡Ah! ¿Bien? ¿Fuiste de paseo con tu hermano? —preguntó ella en tono natural.

—Cuando le iba a sacar, fueron a buscarle. Se quedó en casa charlando con sus amigos y yo salí. Oye, querida, lárgate cuanto antes...

—¿Yo? —La voz de ella se trocó en asustada, ansiosa.

—Sí, hombre... Uno de los amigos, antes de marcharse de viaje, habló. No te conviene esperar a que lleguen los parientes molestos. ¿Comprendes?

—¿Vendrás tú a buscarme? Los dos juntos podríamos... Sin ti, mi vida —murmuró ella angustiadamente—, no tardaré en... eso. ¡Ven a buscarme!

—Ahora no puedo. Quiero llevarme a Johnny ante todo. No quiero pensar lo que le estarán molestando sus amigos, ya sabes. Le gastarán bromas pesadas, peleándose con él... Adiós, y vete pronto.

Colgó cuando ella, sollozante, le pedía fuese a buscarla.

Salió al salón del bar. Y se quedó rígido, metida la mano en el bolsillo de la trinchera, oprimiendo la culata de la pistola, cuando vio a tres agentes de uniforme de la Policía Metropolitana sentados ante el mostrador y bebiendo unas copas de «*whisky*», mientras miraban disimuladamente a su alrededor.

Había pagado la cena y por ello no perdió tiempo en salir con aire reposado. Fue hasta su coche y se metió en él, arrancando. Lanzó un suspiro de alivio cuando se vio a media milla de allí, en Humboldt Park. Y pensó que habría de pasarse toda la noche deambulando en el coche, sin rumbo fijo. No podía pensar en meterse en un hotel o pensión, ni en un sitio concurrido, porque los agentes especiales del

F. B. I.,

de paisano, le estaban buscando con aquélla su especial sagacidad.

Volvió a pensar en Johnny. Con Johnny podría intentar salir de Chicago y pasar la frontera canadiense. Pero sin él, su corazón clamaba angustiosamente, solicitándole. Era su gran amor Johnny. Un amor como de padre, de hombre fuerte por un débil hombrecito, que a su vez le adoraba. Tenía que arrancarle de las garras del

F. B. I.

Se dio un golpe en la frente, frenando un poco el «Chevrolet». No había pensado en sus amigos, los «boss» de otros «gangs», que le iban a ayudar en aquella peligrosa tarea de rescatar a Johnny. No pensó en aquel ladino Nic Kohley, su exjefe en el «gang», hacía tres años.

Dio la vuelta al coche, silbando entre dientes, verdaderamente satisfecho de haber pensado en Kohley. Y enfiló la dirección,

Chicago abajo, hacia el peligroso Cícero, donde por la tarde luchó contra el

F. B. I.

En Burlington Street, Riverside, cerca del Desplaines River, paró el vehículo ante una casa de tres pisos, vieja, con un bar al lado del oscuro portal. En el quicio del portal, un hombre leía un diario, mientras de cuando en cuando, como con indiferencia, miraba a los transeúntes que pasaban por las estrechas aceras.

Shaker se aproximó. Se tocó ligeramente el ala del sombrero, saludando al hombre del portal.

—Dile a Kohley que Shaker quiere hablarle, haz el favor. ¿Espero aquí o en el bar? —le dijo, en tono quedo.

—No sé si estará. Ya sé quién eres. ¡Buena la has armado esta tarde! —repuso, sonriendo burlonamente, el hombre—. Vete al bar y espera junto a la puerta de la sala de juego. ¿Crees que te siguen los pasos? Si es así, no comprometas a los camaradas...

—No me siguen. ¿Estaría aquí si fuese así?

Shaker penetró en el bar. Se sentó ante una mesa, junto a la puerta indicada, y pidió un «*whisky*» con soda. Uno de los «barman» le miró curiosamente. No habría más de una docena de hombres, charlando ante mesas muy juntas. Rostros de «gángsters», de mirada desconfiada, huidiza. Ninguno daba la espalda a la estrecha puerta de entrada. En todo momento estaban preparados para huir o dar la cara si la Policía se presentase repentinamente.

Fue el blanco de todas las miradas de aquellos hombres. Y murmuraron, inclinando las cabezas, para volver a contemplarle con cierto asombro, unos; con hostilidad, otros.

Se abrió la puerta del salón de juego y asomó la gruesa cabeza, de poblada cabellera rizada, color castaño, de Nic Kohley.

—Pasa, Shaker —le dijo el «boss» apartándose para que entrase.

Nic Kohley tenía mediana estatura, pero era ancho, hercúleo. Su rostro era inteligente, aunque depravado, con una mirada desconfiada eterna que bailaba en sus ojillos, rodeados por un cerco rojizo.

Le invitó a Shaker a sentarse ante una mesa de juego. La sala estaba vacía. Solamente en un rincón, sentado y leyendo un diario, estaba otro hombre, que Odgen reconoció como uno de los guardaespaldas de Kohley.

Buena la has hecho, muchacho —dijo Kohley, mirando fijamente a Shaker—. ¿Es que te habías metido en algo que estuviese bajo las atribuciones del

F. B. I.?

Me han dicho que asesinaste a un agente especial...

—Quiso meter las narices en mis asuntos, Nic —respondió Shaker, enrojando de ira y despecho—. Ya sabes cómo soy yo...

—Sí. Un impulsivo, un inconsciente... Siempre has creído que la mejor manera de quitarte de encima a los curiosos de la Policía es matando a quién curioseas. Nunca has pensado que si un agente muere, cincuenta más le reemplazan, y con más curiosidad y encono todavía. Bueno, te has echado encima el avispero del

F. B. I.,

chico... Supongo que sabrás salir adelante tú solito, ¿no? Te has quedado sin hombres. Lo vi por la transmisión de la televisión. Este invento es muy útil a veces.

—Yo quisiera pedirte un favor, Nic —murmuró después de una pausa Shaker, ofreciendo un cigarrillo a Kohley—. No es para mí, te lo advierto.

Kohley le miró fijamente en silencio. El guardaespaldas dejó de leer el diario vespertino y prestó atención.

—Has hecho muy mal en venir aquí, Odgen —dijo al fin Kohley con voz dura pero tranquila, como si riñese a un muchacho díscolo. Si te van siguiendo, comprenderás que lo menos que podías haber hecho es no traerte detrás a ese agente especial Bryden. Ya sabes que ahora me dedico a las drogas y eso entra en las atribuciones del F. B. I.

—Ese Bryden no me sigue. No me sigue nadie —protestó Shaker sofocadamente—. De ser así no hubiese venido.

—¿Que no te sigue los pasos Bryden? —exclamó Kohley. Y rompió a reír burlonamente—. Vamos, que no sabes quién es Bryden... Mira, hace más de un mes que yo y mi banda estamos mano sobre mano, sin tocar el negocio, precisamente porque Bryden, anda husmeando en el asunto de las drogas. Cuando Bryden se pone a investigar algo, lo mejor que puede hacer uno es estarse quietecito, como algunos animales que se hacen los muertos. Es un muchacho por el que daría yo lo que me pidiera si quisiera hacerse el distraído cuando hiciera falta. Por algo le han traído a Chicago.

—Bueno, todo eso no me quitará él sueño —argumentó Shaker despectivamente—. Lo que me interesa es pasar desapercibido quince días, que después ya me encargaré de salir adelante. Ahora, lo que quiero de ti es que me traigas a mi hermano Johnny a lugar seguro, para tenerlo a mi lado. Ya sabes lo que es para mí mi pobre hermano —su voz se hizo trémula, enternecida.

—¿No puedes hacerlo tú? Claro, lo utilizarán como señuelo, ¿verdad? —repuso zumbonamente Kohley, mirando su cigarrillo mientras sonreía maliciosamente—. ¿Has ido a buscarlo?

—Estaba preparando la maleta, en casa, con él, y se presentó el F. B. I.

—confesó Shaker, malhumoradamente—. Pudo escapar, pero él quedó allí... con ellos.

—Y quieres que yo te saque las castañas del fuego —dijo Kohley con sorna—. La verdad, Odgen, es que si nunca has sido muy inteligente, este golpe, propio de un idiota, de un novato en el oficio, te ha dejado completamente ciego para enfocar una situación delicada y salir de ella bien. ¿Crees que me estoy pasando un mes sin hacer negocio, pagando a mis muchachos para que estén jugando y bebiendo, como rentistas, para que ahora los lance contra el

F. B. I.,

en una acción romántica?

El guardaespaldas lanzó una risotada, apoyando las palabras de su jefe. Shaker se volvió airadamente, sin levantarse, clavando una mirada de rabia en el hombre, que se encogió de hombros despectivamente.

—¡Tú... chulo de mujeres —rugió Shaker, con voz extraña—, oye y calla... o te machaco esa cabeza de serpiente que tienes!

—Basta, Odgen —cortó secamente Kohley—. Cualquiera se reiría de ti y de tu ingenuidad. —Lo mejor que puedes hacer es largarte de aquí y no comprometernos.

—Está bien, Nic —repuso Shaker, mirando al «boss» fríamente—. Hace unos meses, Marion, te tuvo escondido, con mi permiso, durante tres semanas, porque también habías «patinado», como le puede ocurrir a cualquiera. Gracias a mi saliste a flote y te reorganizaste. ¿Es mentira? ¿Te cobré algo? ¿No me porté como un buen camarada, a pesar de no tener inteligencia, según tú?

Kohley enrojeció y después se encogió de hombros. Alargó un cigarrillo a Shaker, que le seguía mirando de hito en hito, como esperando de él un reconocimiento de cuanto dijo.

—El apuro en qué yo me vi no era tan grande como éste en que te ves tú, Odgen —dijo Kohley en tono exculpatorio—. Ya lo recordarás... Uno de nuestros distribuidores hubo de ser suprimido, porque era confidente del

F. B. I.

Por si los «special agents» se nos venían encima, disolví temporalmente la banda y yo te pedí asilo. Cosa de precaución, simplemente. Lo mismo hubiera podido guarecerme en otra parte. Lo que tú quieres que haga con tu hermano no lo hará nadie, muchacho. Es meterse en la boca del lobo.

—Estoy dispuesto a pagar, Nic. —Insinuó Shaker, dándose un golpecito en la americana, en el lado derecho, junto al pecho—. Puedo darte diez mil...

Kohley sonrió, moviendo la cabeza negativamente.

—Deja que uno de tus hombres lo hagan. Le daré esa cantidad —apremió Shaker, en tono más blando—. Subiré a los quince mil... Yo le ayudaré en lo que pueda. Es cosa de un cuarto de hora, Nic. Podemos ver si a Johnny le han dejado ya en paz. Yo creo que le han interrogado, y como habrán visto que nada sabe, porque antes lo matan que «cantar», no se ocuparán de él.

Kohley denegó de nuevo con la cabeza, lanzando columnas de humo por la boca, que contemplaba distraídamente.

—Déjame que hable con alguno de tus hombres, Nic —insistió Shaker, con acento suplicante—. Es tan sencillo subir por Johnny y bajarlo...

—Y los del

F. B. I.,

mirando y cruzados de brazos, ¿verdad? —repuso desdeñosamente el «boss», mirando con lástima a Shaker. Déjale en paz a tu hermano. Creo que no le habrán acosado, estando, como está, enfermo...

—¿Qué no? —gritó Shaker, inyectados los ojos en sangre—. ¿Qué no le estarán aplicando el tercer grado para que me denuncie? ¿Crees que yo puedo estar quieto sabiendo que están martirizando a mi hermano, Nic? ¡Maldita sea, tú nunca has

querido a nadie, Nic! ¡No sabes lo que es tener un pobre hermano, que no puede valerse y para quién eres el único apoyo, el único cariño, sin el que no puede vivir! ¡Pobre. Johnny de mi alma!... ¡Nic, por una vez, deja de ser hielo y ayúdame en esto!

Kohley movió la cabeza, en un gesto de negativa.

—Debiste haber pensado todo eso antes de tumbar a un agente del

F. B. I.,

chico... —dijo reposadamente, levantándose de la silla. Ni yo ni ninguno de mis hombres podemos sacarte de este apuro, Odgen. Tú has destruido tu banda, por una majadería, por no contener tu manía de matar y matar... Ahora quieres que nos metamos también en ese lío, para que no lo contemos. Nada, Odgen, no te seguimos por ahí. Márchate, y si encuentras un refugio, no asomes la nariz en un mes. Nada le pasará a Johnny.

—Está bien, Nic —repuso sordamente Shaker, levantándose a su vez—. Está muy bien —le miró con odio infinito—. Uno aprende de esta manera a conocer quién es buen camarada y quién no lo es. Me valdré por mí mismo, descuida.

—Suerte, Odgen, siento de veras no poderte servir en este asunto. Somos veinte hombres y no podemos correr el peligro de ser aniquilados por un acto de romántica sensiblería.

—Está bien. Adiós, Nic —volvió la espalda Shaker desdeñosamente y salió al salón del bar, seguido de Kohley.

—Espera, Odgen —le dijo éste, cogiéndole de un brazo amablemente—. Toma una copa, hombre. No quiero que nos separemos como enemigos. John —ordenó al «barman»—, danos «Black», del bueno.

Shaker miró de reojo al «boss». La sonrisa de éste le era muy conocida. Plegaba sus labios hasta apenas parecer una línea. Una sonrisa que siempre indicaba una intención siniestra. La que ostentaba cuando recibía un duro golpe, queriendo disimularlo, pero haciendo ya cábalas de cómo podría vengarse, o cuando precedía a alguna de sus órdenes o acciones personales de implacable violencia.

Tomaron lentamente las copas de «*whisky*» escocés. Shaker no trataba ya de convencer a Kohley a que le ayudase. Sería inútil. En cambio, pensaba qué ideas ocuparían la mente de su antiguo amigo

de crímenes con respecto a él.

—Bueno, adiós, Kohley —dijo al fin Shaker, después de contemplar a los secuaces del «boss», que estaban jugando o bebiendo mientras hablaban en voz queda.

—Adiós, Odgen. Lo siento de veras, créeme. Quizá en otra ocasión me sea posible...

Shaker se encogió de hombros, sonriendo. El «boss», también sonriendo, le vio salir del bar. Se volvió hacia su guardaespaldas y le dijo, en voz baja:

—¿Le diste el encargo a Ware? Es seguro que si le dejamos, nos va a delatar...

—Sí, Jefe. Ware sabe hacerlo.

—No era prudente liquidarlo aquí. Shaker es una fiera y se hubiera defendido, armando un escándalo, que hubiese atraído a la Policía.

Shaker, ya en la calle, se acercó a su coche. Al lado del vehículo estaba un hombre, a quién el «gángster» reconoció como uno de los hombres de Kohley. Era Ware, y para Shaker, un antiguo conocido, pistolero de fama entre aquella sociedad de asesinos.

—¡Hola, Shaker! —dijo el hombre, de unos cuarenta años, de mediana estatura, rostro seco, de aguda nariz. Vestía un gabán de buen corte y su sombrero flexible lo había echado muy sobre el rostro—. Oye, casualmente he oído lo que le decías al jefe de ir a recoger a tu pobre hermano. Diez mil dólares por el trabajito... ¿Puedo hablar contigo de esto? Llévame contigo en tu coche. Voy a Lombard, al Oeste, y mientras tanto, podemos tratar da esto, si te conviene...

—Sube —dijo secamente Odgen, sentándose ante el volante. Ware se sentó a su lado—. ¿A qué parte vas de Lombard?

—A Charles Street, al lado de Villa Park. Bueno —dijo, mientras el coche arrancaba, conducido por Shaker—, yo puedo hacer ese trabajo que pediste a Kohley Por los diez mil, pagaderos la mitad ahora y la otra mitad cuando te entregue a Johnny.

El coche subía por Harlem Avenue, para ir al cruce con la gran arteria de North Avenue. Miró en su reloj de pulsera Shaker. Eran las nueve y veintisiete de la noche. Se tentó, bajo la axila izquierda, su automática.

—Kohley se ha portado conmigo como un cerdo —farfulló

Odgen con las mandíbulas apretadas—. Ni siquiera quiere que vosotros, particularmente, me ayudéis a rescatar a mi hermano. Sí se entera de que tú le desobedeces...

—Eso es cuenta mía, Shaker —repuso con vehemencia Ware, fumando mientras miraba de reojo a su compañero—. Estamos sin trabajo y a Kohley le parecerá muy bien entregarnos el jornal semanal de cien dólares, pero a nosotros no nos conviene esa miseria. Tiene miedo al

F. B. I.,

y no se atreve a seguir el negocio por ahora. ¿Qué hago yo con cien a la semana Shaker? Si puedo sacarme un extra en un trabajo particular, tengo derecho a hacerlo, no comprometiéndome a mi banda. Así es que tú dirás, si quieres que vaya por tu hermano. Lo haría por menos de los diez mil. No soy abusón cuando un camarada está en apuros.

—Puedes hacerlo. Te los daré, Ware. Desde luego, la cosa no es muy fácil, ¿eh? Se trata de llegar hasta mi hermano y traérmelo, pero los del

F. B. I.,

estarán vigilándolo secretamente, esperando que alguien vaya a dar la cara para echarle el «guante». Por eso no voy yo a buscarlo. Me sobran arrestos para hacerlo, pero perdería la batalla y mi vida.

—Naturalmente —afirmó Ware, sonriendo con suficiencia—. Yo lo puedo hacer. Cuando apunto con mí «abuela» y doy gusto al gatillo, hombre que no necesita más.

—A ¿qué vas a Charles Street? —inquirió Shaker, mirando de reojo a su acompañante—. ¿Podrás ir después a mi casa para hacer el trabajo? Me corre prisa tener a mi lado a mi pobre hermano.

—Voy a hablar con mi dama, Shaker —replicó, riendo, Ware—. Solamente cinco minutos y después me llevas a tu casa. Lo haré solo, ¿sabes? Un hombre decidido es mejor que varios que no tienen iniciativas. ¿Por dónde vas? ¿No sabes dónde está Villa Park?

—Sí, hombre. Es que no quiero meterme en sitios donde hay ya poca circulación de coches y mucha vigilancia de motoristas. ¿No los has visto en el camino? Si tienen las características de mi coche...

Shaker había llevado su coche hacia el Norte, y estaban ya muy cerca del despoblado del Elmhursts Chicago Airport, con su gran

campo de aterrizaje de aviones. El faro lanzaba sus destellos brillantes, barriendo el azul oscuro cielo estrellado.

Ware miró por la ventanilla, inquieto. Metió su mano derecha en el bolsillo del gabán, acariciando su pistola. Se volvió hacia Shaker cuando tras unas falsas explosiones del motor, se detuvo el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó el «gángster», con fingida tranquilidad.

Estaban en una calle ancha, pero sin edificios apenas, mal urbanizada, que cruzaba West Avenue, al lado mismo de las tapias oeste del aeródromo.

—Nada, Ware, nada —contestó socarronamente Shaker—. ¿Qué va a pasar? Que vamos a hablar del asunto aquí, sin temor a qué nos vean. Mira, saca esa mano derecha del bolsillo y ponla sobre las rodillas. Te estoy apuntando con mí «cacharro», Ware, y como hagas un mal gesto, diez balas te meto en el corazón.

Shaker, en efecto, tenía apoyada su pistola, esgrimida con la mano derecha, sobre el costado izquierdo de Ware, a la altura del corazón. El «gángster», fingiendo asombro, puso ambas manos, cruzadas, sobre las rodillas, como le ordenaba Odgen.

—¿A qué viene esto, Shaker? —preguntó duramente Ware, un poco pálido.

—A que era muy bonito darme el «paseo» en mi coche propio, para mayor escarnio, hombrecito. ¿Crees que tú, idiota, me podías engañar?, ¡con esa cara! Ni tú ni ese cerdo de Kohley. Tu Jefe te ha mandado liquidarme, porque sabía que mi reacción a su marranada de negarme ayuda sería la de vengarme, cosa que voy a hacer, empezando por ti. Esta noche, Kohley y su asquerosa banda van a dormir el sueño de los justos, como tú. Les voy a echar encima el F. B. I.

Ware, mientras escuchaba, con un miedo creciente, al astuto Shaker, que hablaba casi con alegría, brillándole los ojos asesinos, estaba maniobrando con el codo derecho sobre el picaporte de la portezuela del coche. Trataba de bajarlo suavemente, para abrir y salir velozmente al exterior. Después, todo sería disparar antes que Shaker.

Lo consiguió, sin que Shaker se diese cuenta, excitado por su charla, lleno de rencor y odio.

—Bueno, bueno... Oye, Shaker —dijo Ware, sujetando un poco

el vaivén de la portezuela, ya libre del resbalón—, yo tenía esa orden, en efecto; pero nadie se enterará si tú y yo nos ponemos de acuerdo. Esta puerta...

Dio un salto de felino, volviéndose para salir por el estrecho paso, inclinándose cuanto pudo. Sacó su pistola con la rapidez del rayo, pero Shaker, en mejores condiciones para aquella lucha, no hizo sino apretar el gatillo dos veces con la pistola sobre el costado de Ware.

Cayó al suelo el «gángster», intentando levantarse. Pero Shaker disparó de nuevo sobre él a la cabeza.

Se bajó tranquilamente el «boss». Sacó su encendedor, y a su débil llama miró el rostro de Ware. Estaba ya muerto, con un balazo un poco a un lado de la sien izquierda. Y del costado izquierdo, a través del tejido del gabán, salía la sangre en abundancia.

Subió de nuevo al coche y partió a buena velocidad, alejándose del campo de aviación.



Caducaron todos nuestros concursos
Busquen las LISTAS DE PREMIADOS en
**Selecciones NEVADA, EXTRAORDINARIA
DEL OESTE y F. B. I.**

IV



ETUVO el coche en Joliet Street, una calle retirada, donde no había agentes de vigilancia ni de tráfico. Como a unas veinte yardas de un bar, el Calumet, de estrecha puerta y aspecto popular.

El salón, de reducidas dimensiones, estaba casi desierto. En un rincón, una pareja de novios charlaban en voz muy baja, juntas las cabezas. Un anciano en otra mesa, leía con gran interés un diario mientras daba largas chupadas a una negra pipa. Ante el mostrador, dos hombres, sentados en los taburetes, charlaban con el «barman», mientras bebían cerveza.

—Un «*whisky*» bueno con soda. ¿Dónde está la cabina telefónica? Deme una chapa —pidió al empleado.

Éste le sirvió y volvió después ante los hombres, que hablaban

del asalto a la casa de los «gángsters», aquella tarde.

Cerró bien la cabina telefónica y metió por la abertura del aparato la chapa. Marcó después, con cuidador RA. 6-2150 (Randolph, el teléfono del

F. B. I.,

en Chicago). Espero unos momentos.

—¿El

F. B. I.?

—dijo, cuando una voz seca, firme, preguntó quién llamaba.

—

F. B. I.

Hable...

—Escuche, señor. Es algo muy importante... —Siguió Shaker, con voz un poco temblona.

—Siga, siga... —apremió la voz dura, sin demostrar interés.

—Ustedes buscan a... Shaker, el «gángster», ¿verdad? Yo sé, yo sé...

—¿Qué sabe usted? ¿Quién es usted? Su nombre y dirección, y ojo, porque las denuncias anónimas, si son falsas, están penadas. Vamos, diga...

—Me llamo White, y vivo en Cossit Avenue. Le hablo desde el teléfono del bar Calumet, en Joliet Street. Oiga, yo sé que ahora... está Shaker en compañía del «boss» Kohley, ya sabe...

—Siga, siga. Dese prisa, amigo —apremió la voz del

F. B. I.,

más amistosa—. ¿Dónde están?

—En Burlington Street, Riverside, en un bar, en el número setenta y dos. Oiga...

—Siga, siga. ¿Estará allí ahora, ahora mismo?

—Sí. Oiga: hay allí como doce o quince hombres de cuidado. En el bar y en el salón de juego. Otro hombre está vigilando el portal. Toda la casa es de Kohley. Él fue el que mató a un confidente de ustedes. Está metido en drogas. Tiene el depósito en la cueva de la casa...

—Bien, amigo, gracias. Sí se viese usted comprometido por ayudarnos, pídanos protección. Adiós.

Shaker, sonriendo satánicamente, colgó el aparato. Salló de la cabina y se sentó en un taburete, ante el mostrador.

—Otro «*whisky*» —dijo al «barman»—. Voy a esperar, porque seguramente me llamarán al teléfono.

El barman, sin fijarse apenas en él, afirmó con un gesto, sirviéndole una nueva copa de licor. Y volvió al lado de los dos hombres, que seguían comentando las incidencias de la lucha entre los «gángsters» y el,

F. B. I.

Cinco minutos después, el timbre del teléfono sonó insistentemente.

—Será para mí —dijo al «barman», que se disponía a acudir a la cabina.

Penetró en ella y, antes de descolgar el aparato, se metió en la boca una pequeña moneda.

—¿Quién? —dijo con voz bronca, cambiada la voz totalmente.

—¿Es el bar Calumet, de Joliet Street? —preguntó la voz del

F. B. I.

—Aquí es. Diga usted.

—Habla con la División del

F. B. I.

Que se ponga el dueño o el encargado.

—Soy el encargado, señor, Usted dirá...

—Hace unos momentos nos ha llamado un tal White. ¿Es cliente de ustedes?

—¿White? ¡Ah, sí!... Sí, es cliente. Ya sé lo que pasa. Su hija... Bueno; ha sido engañada por un «gángster», un tal Kohley, me parece. Yo le dije que se lo contase a ustedes, porque ha sido una canallada... White es un hombre honrado...

—Bien. Gracias, Adiós.

Colgó Shaker el aparato, volviendo a sonreír astutamente. Fue al mostrador, pagó lo consumido y salió a la calle. Apretó el paso, hasta llegar a su coche, mientras silbaba alegremente, felicitándose de su ingenio y de los resultados que su astucia infernal le iban a dar.

Partió, a velocidad moderada, hacia Cícero. Miró el reloj de pulsera. Eran las diez y ocho minutos.

Al llegar a las cercanías de Cícero vio a varios coches negros de los que usaba la Metropolitana. Iban a buena velocidad y no tocaban las sirenas para abrirse paso entre el tráfico, todavía

numeroso, en la Cermak Avenue.

Les siguió, bastante arrimado a la acera, para pasar inadvertido su coche. Muchos peatones se volvían curiosamente al divisar cómo en la esquina de Riverside Avenue, otros vehículos se unían a los anteriores. Para los habitantes de Chicago, aquello significaba, de tantas veces verlo, que los «gángsters» estaban dando guerra en algún punto de la ciudad y se iban a encontrar con su merecido.

Shaker, ebrio de alegría, como si fuese uno más de la Policía, silbaba bajito y monologaba, refocilándose con el espectáculo que iba a presenciar dentro de breves minutos. Había dejado que los coches de la Policía se adelantasen un par de centenares de yardas, pero no los abandonaba, aunque sabía muy bien adónde iban. Su denuncia había sido tomada en consideración y el

F. B. I.,

convertido ahora en instrumento de su venganza, iba a actuar de firme.

Antes de llegar a Burlington Avenue dejó su coche en una esquina de la calle con Des Plaines Avenue, junto a la acera y frente a un portal, y subiéndose el cuello de la trinchera, bien calado el sombrero flexible sobre la frente, fue andando, muy despacio, hacia la esquina opuesta. Desde allí vio el portal y el bar del edificio propiedad de Kohley. El «gángster» de centinela estaba allí todavía, en el portal, fingiendo leer el diario.

Cinco coches del

F. B. I.,

y de la Metropolitana se situaron, muy lentamente, casi al lado del «Chevrolet» de Shaker. Bajaron agentes de uniforme y de paisano, que quedaron junto a la pared de un edificio. Armas automáticas, fusiles y rifles en las manos... Unos veinticinco hombres en total.

Shaker, oculto en el quicio de un portal, podía ver perfectamente lo que iba a ocurrir. Otros transeúntes, que se habían parado curiosamente, fueron expulsados por unos agentes.

Por ambos extremos de Burlington aparecieron, muy pegados a las fachadas de los edificios, y en la misma mano donde estaba el de Kohley, los agentes. Iban a coincidir en el mismo punto, para lo cual acomodaban su lenta marcha, silenciosa...

El «gángster» de centinela no se daba cuenta del peligro. En realidad, lo que hacía era dormir, apoyado contra el quicio de la

puerta, a juzgar por los movimientos que hacía cuando el periódico daba, en sus manos, bruscos bajones, para luego levantarlo de nuevo.

La unión de ambas columnas de agentes, unos subiendo por la calle y los otros descendiendo, se hizo justamente ante el portal. Dos de ellos, gigantescos hombres de la Metropolitana, se precipitaron con la velocidad del rayo sobre el adormilado «gángster». Fue cogido en vilo, tapada su boca, zarandeado y alejado de allí por los agentes en dos o tres segundos.

La irrupción en el bar y en el portal se hizo inmediatamente por los experimentados hombres del

F. B. I.,

y la Metropolitana, que entraron como dos avalanchas irresistibles. Shaker, tembloroso de emoción, escuchaba ya los gritos y órdenes. Y después, sin poder reprimir un rugido de alegría, varios disparos. Esto era lo que él quería. La matanza sin piedad. Como la hubo horas antes, cuando él se vio acorralado por aquellos hombres que ahora se lanzaban contra Kohley y los suyos. Que cayesen todos: «gángsters» y del

F. B. I.

La lucha debía ser espantosa en el bar. Kohley no era hombre que se entregase. Como tantos otros que habían asesinado, sabía que su final habría de ser en la fatídica silla eléctrica y por ello peleaban por su vida, con extrema desesperación. Por ello sonaban aquellas tremendas descargas de ametralladoras de mano, de rifles de gran calibre, de explosiones de bombas de mano y salía del establecimiento una densa humareda gris, producida por la quemada pólvora.

En la casa, los cristales de varias ventanas saltaron violentamente, hechos añicos, a balazos, y Shaker se estremeció cuando vio a un hombre, ardiendo sus ropas, lanzando espantosos alaridos de dolor, encaramarse al alféizar de una ventana y lanzarse a la calle desde un tercer piso. Un infernal concierto de disparos y explosiones se sucedió durante unos cinco minutos: Los «gángsters», acorralados seguramente, locos de espanto y rabia, se defendían como alimañas acosadas.

Varias ambulancias tomaron posición al comienzo de la calle. Los curiosos, a centenares, eran contenidos por los agentes, que les

empujaban violentamente. Un equipo de una emisora de televisión avanzó cautamente, subidos en el techo del coche los operadores con sus aparatos.

Y la lucha en el interior del bar terminó casi repentinamente, tras sonar un último disparo de rifle. En la casa, dos minutos después, cuando un «gángster» salió del portal, ligero como una liebre, pretendiendo escapar, dos de la Metropolitana, apostados allí con sus pesados rifles dispararon contra él a un par de yardas de distancia. El hombre cayó de espaldas, los pies por el aire, como empujado por un avión en pleno vuelo.

Shaker, tembloroso de emoción y alegría, vio a los de las ambulancias entrar en el bar y en el portal, llevando las camillas. Salían, sudorosos, manchados, renegando, los agentes de uniforme y del

F. B. I.

Pero no sacaban ningún detenido.

El «gángster» logró acercarse más al lugar de la acción. Los agentes ya no se preocupaban tanto de contener a los curiosos, terminada la terrible y corta lucha. Bajaban los camineros. Shaker, entre varios curiosos y periodistas, miró las camillas, en el suelo. Eran todos, todos, cadáveres.

—¡Éste es Kohley! —gritó un periodista, inclinándose sobre una camilla—. ¡Hola, amigo! Ya te lo vaticiné hace tiempo... ¿Y Shaker, inspector Webb? ¿Habéis visto a Shaker? —gritó a los agentes y periodistas.

—Es el único que escapó —contestó malhumoradamente el inspector Webb.

El «gángster» se escabulló hábilmente, marchando hacia la esquina. Una extraña sensación, la que siente todo criminal de contemplar a su víctima o el lugar donde lo asesinó, le había llevado allí, con el grave peligro de ser reconocido por los agentes policíacos. Sentíase inmensamente contento por el éxito de su delación. Habían caído aquellos «gángsters», que se negaron a auxiliarlo cuando se veía en gran peligro, y con ellos, dos agentes especiales del

F. B. I.,

en el cumplimiento de su deber. Para él, todos odiados enemigos.

Un reloj luminoso instalado en un edificio le indicó que eran las

once menos doce minutos de la noche. Un vientecillo frío llegaba del lago Michigan, y por ello se sintió a gusto cuando entró en su coche. Los curiosos desfilaban por la calle comentando apasionadamente aquella segunda batalla contra los «gángsters» en cuestión de pocas horas.

Encendió un cigarrillo y, mientras ponía en marcha su coche, a poca velocidad, sus pensamientos volvieron a Johnny, el indefenso hermano, prisionero del

F. B. I.

Algo tenía que hacer para llevarlo a su lado y juntos huir de la ciudad, escondiéndose en algún lugar durante una temporada.

Walton Fairlam. ¡Walton Fairlam!... ¡Su abogado!

Pisó el acelerador del coche al recordar repentinamente el nombre de su abogado. ¿Cómo se le había podido olvidar la influencia de aquel hombre, de conciencia tan elástica como la suya propia el defensor de todos sus crímenes y consejero hábil para evadir la ley? Fairlam tenía fama de granuja, de picapleitos, y bien ganada. Era también temido por su habilidad, y respetado por los «gángsters», que se creían en la obligación de pasarle todos los meses una respetable cantidad, contando con que el hombre de leyes estaría siempre a su lado en todo caso de vulneración de la moral y la ley escrita. Fairlam podía ser un mal, malísimo enemigo, si alguien se olvidase de «obsequiarle» cada cierto tiempo con unos billetes grandes. El abogado podía recordar casos y hechos que servirían para encauzar al olvidadizo y meterlo en la cárcel, o quizá para hacerle sentar en una «silla» extraña y mortal.

Walton Fairlam vivía en la maravillosa Michigan Avenue, en uno de aquellos rascacielos rivales de los neoyorquinos en cuanto a altura, y desde luego, superior en cuanto a belleza arquitectónica, esquina a Washington Park. El piso que ocupaba —el trece— contaba con unas habitaciones propias de un millonario, en cuanto a lujo y comodidades. Todo ello sufragado por sus «clientes», que a él recurrían siempre que sus cuellos corrían gran peligro.

Shaker era buen contribuyente de Fairlam, pero era porque Shaker gustaba de asesinar, y eso le confería una especial categoría en la atención del abogado, que se desvivía por él. Después, Shaker habría de componérselas para «corresponder» en buenos billetes al desvelo de su mentor y defensor.

El mismo abogado le abrió la puerta cuando el «gángster» llamó. Era un hombre elegante, de rostro rasurado, ojos algo saltones, de crítica mirada, astuta, recelosa, labios gruesos y siempre húmedos, y una nariz aquilina, que le daba cierto aire de lechuza. Bajo y regordete, movíase con gran agilidad, dejando al descubierto su natural nervioso, activo, dinámico.

Se quedó altamente sorprendido al ver a quién en aquellos momentos hubiera deseado se encontrase tan lejos como se encontraba San Francisco de «Chic». Muy abiertos los saltones ojos, gruñó de contrariedad y se apartó un poco para que el muy tranquilo Shaker entrase en el «*hall*», de paredes cubiertas por tapices de la escuela flamenca y moblaje estilo Luis XVI.

Cerró el abogado la puerta, sin decir palabra, y se volvió hacia el «gángster», que le contemplaba divertidamente, en pie, manoseando su sombrero.

—¡Pero... hombre de Dios, tú aquí! —farfulló Fairlam, cruzándose de brazos y mirándole de pies a cabeza, como podría contemplar a un loco evadido de un manicomio y no supiera qué hacer con él—. Menos mal que me encuentro solo en casa... Bueno; siéntate, querido. Ya sé lo que me vas a decir, claro. Que estás con la Policía detrás y que no sabes dónde ocultarte, ¿no? Y vienes aquí, para meterme en un lío, del que no podamos salir ni tú ni yo. ¡Eres un idiota, Shaker; perdona que te lo diga! —estalló después, lívido de rabia.

Shaker se sentó en un sillón de patas tan finas, que crujió lastimosamente. Seguía sonriendo, pero ahora con un rictus que sobrecogió al abogado. Siempre tuvo a Shaker como el más temible de todos sus clientes, en el caso de que alguna vez hubiese de retirarle su pagada protección. Era de los que reaccionaban esgrimiendo la pistola como único medio al no recibir una ayuda que creían se les debía otorgar, cualquiera fuese el caso en que se viesen, dado que para eso pagaban espléndidamente a su valedor.

—No vengo a pedirle nada para mí, señor Fairlam —cortó después, haciendo un gesto de impaciencia—. Ni que me esconda, ni que diga a nadie que me ha visto, si no quiere. Puedo valerme por mí mismo hasta ahora.

—Eso es otra cosa —respiró el abogado, haciendo un gesto al «gángster» para que se sentase en un sofá. Se sentó a su lado y le

ofreció un cigarrillo—. Comprende que no siempre, así, de repente, puedo hacer gran cosa por vosotros. No me haces gran caso, Shaker, cuando te digo que debes ser más cauto, más humano. Por ti mismo, hombre... No es lo mismo pasar unas cajas de botellas del Canadá que dedicarse a matar, por deporte, a agentes del

F. B. I.

Tienes malas tendencias, muchacho...

—Guárdese sus consejos de santo varón para quien se los pida —gruñó Shaker, encogiéndose de hombros con impaciencia—. Yo le pago para que me ayude cuando le necesito, ¿no? ¿No es eso, señor Fairlam? —Se inclinó sobre él en actitud belicosa, mirándole fijamente.

—Y yo te ayudo, si ello es posible —replicó el abogado, irritadamente—. Lo que no debes pedirme es que te ampare cuando haces el bestia y matas por matar. Hazme caso y entonces te ayudaré siempre. Ahora, dime a qué has venido a verme. No tengo ningún deseo de que la Policía llame a esa puerta y me encuentre contigo. Soy un abogado decente... —rió cínicamente, para contentar un poco al feroz Shaker, que le miraba con absoluto desprecio.

—Quiero que vaya usted en busca de mi hermano Johnny y lo lleve al sitio que acordemos. Un agente especial, un tal Bryden, lo tiene bajo su custodia y le debe de estar aplicando un interrogatorio de tercer grado, para que diga dónde estoy yo. ¡A un pobre paralítico, torturarlo para que denuncie a su hermano! —dijo Shaker, con el rostro contraído por el dolor y la rabia.

—¿Quién te ha dicho que le están haciendo eso? —contestó el abogado despectivamente—. Ni a los padres ni hermanos de delincuentes se les puede extorsionar para que declaren o denuncien a sus deudos perseguidos.

¡El

F. B. I.,

lo hace! —rugió Shaker, dando un terrible puñetazo sobre un brazo del sofá—. ¡El

F. B. I.,

puede violar domicilios sin permiso de nadie, detener sin mandamiento judicial, abrir cartas, torturar y matar! ¿Es que no se ha enterado usted de eso hasta ahora? ¡Están atormentando a mi

hermano, y lo harán hasta que yo me entregue como un cordero!

—No lo creo, muchacho —rechazó Fairlam, en tono suave—. El F. B. I.,

tiene ciertas facultades, que no tiene el resto de la Policía, pero no he oído nunca que haga eso que tú dices. Haces bien en no acudir donde se halle Johnny, pero no debes creer que si tú no te presentas, ellos le hagan piltrafas. Mira, Shaker, confesemos que son más decentes que nosotros...

—¡Ese Bryden está empeñado en cogerme y, por lo que me han dicho, apela a todo para salirse con la suya y gozar de la fama que tiene de ser un «as» en el

F. B. I.!

¡Y es el que está con mi pobre hermano, señor Fairlam! Yo le pagaré aparte este servicio. Muchos meses le he dado los dos mil dólares, sin tener que emplear sus servicios. Ahora le necesito de veras, y le daré diez mil si lo hace. ¡Diez mil, señor Fairlam! Vaya a mi casa y saque a mi hermano de las garras de Bryden. Que se quede con usted, si es preciso. Yo no le veré, mi palabra. ¡Pero que no lo torturen!

El abogado contempló dubitativamente a aquel hombre, una fiera siempre que no estuviese al lado de su hermano o hablase de él. Aquella alma, apenas visible como tal, por sus reacciones humanas insensibles a la bondad y a la rectitud, volvíase de una extraña ternura y amor infinito cuando se trataba del hermano paralítico. Un amor profundo, lleno de sacrificios y abnegaciones, y también presto a la lucha en términos implacables por defenderlo. Shaker se había metido en aquella vida azarosa, en gran parte, por proporcionar a su hermano una vida cómoda, sin preocupaciones, haciéndole atender por los mejores médicos en su terrible mal progresivo.

Y Fairlam estudiaba aquel caso extraño en el no menos extraño hombre que tenía a su lado. Un asesino incapaz de ser regenerado lloraba de dolor por el supuesto martirio de un hermano a manos de hombres que jamás apelaban a aquellos métodos, y menos con enfermos, Shaker se convencería de que esto no era cierto si se le mostrase a su hermano salvo y sin muestra alguna de tales sufrimientos. Pero ¿quién iba a ir en busca de Johnny, si el

F. B. I.,

le vigilaba, esperando que Shaker fuese a buscarlo? ¿Un cómplice del «gángster», aunque pretendiese ejercer sus derechos de abogado?

—Mira, Shaker —murmuró Fairlam, en tono conciliador, como si hablase a un niño voluntarioso—. Yo no puedo ni debo ir en busca de tu hermano. Hasta ese punto no llega mi facultad de abogado tuyo. No tengo razón legal alguna para obligar al

F. B. I.,

a que deje de vigilar a tu hermano.

—Lo que yo quiero es que no lo martiricen —insistió tercamente Shaker—. Que no le obliguen a hablar, a denunciarme, a indicarle dónde tengo mis depósitos de bebidas de contrabando, mis cuentas corrientes a nombre de otro... ¿Quiere usted convencerme de que el

F. B. I.,

no estará apretando los tornillos a mi hermano para sacarle todo eso?

—¡De cualquier forma, Shaker, yo no voy a buscar a tu hermano! —exclamó, impacientemente Fairlam—. También tengo mis líos... para ponerme delante de esos sabuesos y que me interroguen. Busca uno de tus camaradas y ofrécele esos diez mil dólares, si hacen ese trabajo. Y déjame ya, porque no es prudente que estés en mi casa en las condiciones en que encuentras.

Shaker se le quedó mirando con verdadero asombro. No le cabía en la cabeza, en aquel estado desesperado en que se encontraba, que el hombre amparado por la ley, influyente, a quién la Policía tenía que escuchar con respeto; aquél a quién entregaba mensualmente una respetable cantidad por defenderle, si se presentaba ocasión de ello, y esto sucedía de tarde en tarde, se negase ahora, cuando lo necesitaba imperiosamente, a tenderle la mano, como era su obligación.

Fairlam, a su vez, demostró conocer poco la verdadera psicología de Shaker, al tratarle tan rudamente, como si no fuese un cliente colocado en una situación desesperada, a quién, por lo menos, debió dar alientos y hasta fingir que le prestaría un apoyo, si a ello no se decidía verdaderamente. Un criminal nato como Shaker no podía reaccionar sino como lo hizo.

—Entonces, ¿le he estado pagando a usted lo que me pidió durante muchos meses, sin apenas causarle ninguna molestia, y

ahora, que le pido un favor para mi hermano, no para mí, se niega a servirme, perro? —rugió, levantándose y plantándose, muy abiertas las piernas, ante el abogado, que le miró despreciativamente.

—¡Basta de majaderías, Shaker! —gritó Fairlam, levantándose también y mirando retadoramente al «gángster»—. ¡Yo sé lo que puedo hacer por ti, y en esta ocasión no puedo ayudarte! ¡Búscate otro abogado, y verás lo que es bueno! ¡Y márchate ahora mismo!

Shaker fue al perchero y cogió un gabán y el sombrero del abogado. Lo hizo con mucha tranquilidad, pero sonriendo con espantosa crueldad. Se lo arrojó al abogado, mientras le decía, con helada entonación, cargada de amenazas:

—Vamos, Fairlam... Usted viene conmigo, en mi coche, a buscar a Johnny. Póngaselo... y vámonos. ¡Vamos o lo llevo a rastras!

Fairlam comprendió que las cosas se le iban a poner muy mal si aquel hombre seguía insistiendo en su petición. La angustia que sentía Shaker por lo que pudiera estar sufriendo su hermano adorado le llevaba a adoptar una actitud rayana en la locura. Más el abogado tenía también un carácter violento y consideraba como una insoportable humillación, doblegarse a la voluntad de un maleante de la ralea de Shaker. Tanto más cuanto que se mostraba insolente, como si él fuese su criado.

—Cuidado, Shaker —le advirtió fríamente—. Soy mucho peor enemigo de lo que tú crees —y disimuladamente buscó el bolsillo trasero de su pantalón, bajo el batín de seda—. Vete en paz y que tengas suerte...

—¡Traidor, maldito! —gritó Shaker, y con ligereza inconcebible, sacó de la funda bajo la axila su pistola automática, encañonando con ella al abogado, que aún no había podido sacar la suya. Éste quedó inmóvil, muy pálido, pero tranquilo. Algunas veces le dio buen resultado no mostrarse acobardado ante la actitud bravucona de un «gángster»—. ¿Viene usted conmigo a buscar a Johnny? ¿Viene?

—Ahora, no. Tal vez mañana. Déjame que haga mis averiguaciones —murmuró Fairlam, cruzándose de brazos ostentosamente.

—Ya, ya... —sonrió Shaker, maliciosamente—. Mañana... En cuanto yo salga de aquí, me denuncia al

F. B. I.

Usted tiene documentos que me comprometen, granuja, condenado...

Sin dejar de apuntar con su arma al abogado, que palidecía más y más conforme veía acercarse a la muerte, cogió un almohadón y, sonriendo gozosamente, con las aletas de la nariz moviéndosele, envolvió la pistola con él, tapando el agujero del cañón. Y, acercándose a Fairlam, que retrocedió dando un grito de horror, disparó dos veces sobre su pecho.

Apenas si sonaron las detonaciones, amortiguadas por el mullido almohadón.

V



ARION, envuelta, en un abrigo de visón, al aire su cabellera color castaño, magníficamente peinada, exhalando su cuerpo, de admirables proporciones, un delicado aroma de violetas de Parma, maquillada, cuidadosamente, se apeó del «taxi» ante la del Estado, sede del F. B. I.

—¿El inspector Webb? —preguntó a un empleado, con voz acariciadora, mientras sonreía coquetamente—. Si está, dígle que Marion desea verle. Esto bastará...

—Acaba de regresar —contestó el empleado, mirándola de arriba a abajo, con mal contenida admiración—. Espere un poquito... Marion. ¿También yo puedo llamarla así? Oiga: si el inspector no puede atenderla en lo que desea, quizá yo pueda consolarla. Es mi debilidad consolar a las mujeres... estupendas.

Ella rió y le volvió la espalda, sentándose en una butaca. Encendió un cigarrillo y esperó pacientemente, ahora su rostro lleno de preocupaciones.

Volvió el alegre empleado y la hizo un gesto para que le siguiese.

—Qué amiguitas tiene el inspector... —susurró, mientras la miraba socarronamente—. Sí por algo deseo llegar a ese puesto, es porque lo sea...

—Los inspectores no hablan tanto como usted, tan tontamente —cortó ella, volviendo a reír.

Y penetró en el despacho del señor Webb, inspector local del Federal Bureau of Investigation. Éste no se levantó cuando avanzó la joven. Estaba escribiendo, y solamente hizo un gesto con la cabeza, indicando que se sentase en un diván, frente a la mesa de despacho. Obedeció ella, fumando mientras examinaba a aquel hombre, de unos cuarenta años, de rostro enérgico, decidido. Sus ojos, grises, acerados, la miraban de cuando en cuando abstraídamente, para volver a escribir rápidamente.

—¡Hola, Marion! —dijo, al fin, el inspector, dejando en su soporte la estilográfica, levantándose y yendo hacia ella, que se levantó también, tendiéndole la mano, mientras le sonreía encantadoramente con sus bien dibujados labios, carnosos y sensuales.

—¡Hola, inspector! —contestó, y retuvo un poco más la mano de él entre la suya.

Se sentaron en el diván. Webb la miraba fijamente, como admirando su costoso abrigo de piel, sus pendientes de brillantes bastante gruesos, los «clips» de su vestido de seda color crema y su belleza serena, delicada, aún no maculada por el género de vida que hacía, muy conocida del experimentado inspector.

—Te has metido en un buen lío, Marion —dijo él, en tono severo, aunque sin dureza—. Esta tarde estabas con Shaker en aquella casa...

—¿Yo? Ni en broma me diga eso —exclamó ella con gran aplomo, fingiendo indignación; rió después, alegremente, al agregar, con aire divertido—: Como que si usted estuviese seguro de eso, no me habría guardado ya en alguno de sus antros horribles...

—Una mujer estaba con él, y con él escapó —concedió el

inspector, sonriendo—. Tú estabas mucho con ese canalla últimamente. ¿No fuiste tú, chiquilla? Bueno: veamos qué deseas de mí. ¿O es que has venido a husmear el ambiente que hay contra tu amigo?

—Algo de eso, Webb —murmuró ella, poniéndose seria—. Sin que se entere Odgen, he venido a pedirle algo. Usted siempre ha sido bueno, muy bueno conmigo. Disculpa mis debilidades, me aconseja bien...

—Y maldito el caso que me has hecho siempre, Marion. Siempre que veo a tu hermano, no sé qué decirle de ti. A veces creo que tiene razón al considerarte como un caso perdido. Es lastima, muchacha, que vayas por ese camino... un día llegará en que tendré que proceder contra ti. Esta misma tarde, si no me hubiese aterrado del paso que iba a dar, te hubiera puesto en muy mala situación. Estuviste con Shaker en la casa que asaltamos, Marion...

Ella bajó la cabeza. De sus ojos bajaron dos grandes lágrimas, y su garganta se estremeció al ahogar un sollozo. Sacó del bolso de piel de cocodrilo un pequeño pañuelo y ocultó con él parte de su lindo rostro.

—Por afecto a tu hermano, ése estupendo sacerdote, quizá demasiado bueno e idealista, he estado dando largas a tu caso —siguió el inspector, en tono severo, pero suave—; pero no me dejas convencerte de que a ese paso tendré que dejar la amistad y el afecto por él... y por ti, para no considerarte sino como una delincuente, una cómplice de asesinos. Esto llegará, Marion, si no frenas en seco esa marcha hacia el abismo.

—Gracias, Webb. Yo misma me repito todo eso muchas veces al día, de veras —contestó ella, en tono ligero, mirándole inocentemente—. Pero ni la ley, ni sus representantes, ni el que un bendito hombre solamente mirando hacia el cielo, sin ver lo que somos los seres humanos, pueden comprender lo que es el cariño de una mujer por un hombre, por muy malo que éste sea. Ustedes no ven sino que es un enemigo del bien común, y como a tal, hay que exterminarlo. Yo digo que eso no se puede hacer. Que hay que amarlo, guiarle...

—¡Ya veo lo bien que se deja conducir por ti esa fiera! —exclamó el inspector, cortando con impaciencia las palabras ardorosas de la joven—. Antes solamente se dedicaba al

contrabando: ahora tiene sed de sangre humana y mata por matar. Mira, Marion... Mi temor es que tú también sigas su camino, precisamente por ese cariño que le tienes. No solamente no puedes regenerarle, sino que él te degenerará si no le metemos unas balas en la cabeza. Por bien tuyo, hay que exterminar a esa alimaña.

—No, no, Webb —murmuró Marion, volviendo a sollozar—. Odgen puede ser salvado todavía. Yo sé que puede ser salvado si se le tiende una mano caritativa. Es una mente extraña, cierto, pero no la de un loco homicida...

—Palabras, querida —rechazó el inspector con desdén—. Es un homicida sin estar loco, que es mucho peor. Y que hace adeptos, Marion, que es todavía más lamentable. Le defiendes de una manera absurda. Y supongo que será inútil preguntarte si ha sido él el que ha denunciado por teléfono, hace pocas horas, a un camarada suyo de crímenes, un tal Kohley. Para mí no hay duda. Ha tenido de bueno que hemos exterminado esa banda.

—No sé nada de eso, Webb, mi palabra —dijo ella, con sincero acento—. Odgen no es malo, tan malo como usted cree. Hay que darle una oportunidad, un medio de que encuentre su verdadero espíritu, como todos lo tenemos. Usted no sabe cómo llora Odgen cuando ve sufrir a su pobre hermano, un paralítico que no tardará en morir. Es otro hombre, el hombre bueno, sensible, asequible a la compasión. Si usted, que es también un hombre bueno, aunque siempre enfurruñado, le quisiese dar esa oportunidad de que salvase su alma, cuánto más contento se pondría, que no matarlo como a un pobre perro rabioso. ¿Tienen la culpa de volverse hidrófobos los perros, Webb?

—No. Pero los hombres conscientes que abandonan el recto camino por su propia voluntad, llevados de la ambición, de la vanidad, de su deseo de vivir como sea, aunque con ello perjudiquen a los demás, a éstos no se les puede perdonar lo que hacen. Shaker era hijo de un colono de Luisiana, acomodado. Tenía dinero cuando fue a Nueva York. Heredó después el caudal de sus padres. Tenía ante él esos dos caminos que se abren ante todo hombre. El trabajar honradamente, o el de hacerse un sinvergüenza. Shaker pudo montar un negocio, o seguir con el de su padre. No se lanzó al abismo por falta de recursos, a la desesperada. Fue, que vió, acabada su fortuna en diversiones fáciles, lo sencillo que es

ganar miles de dólares si se arroja la conciencia a un lado, encanallándose. Y lo hizo así.

—Tiene razón, Webb —concedió Marion, moviendo la cabeza con pesadumbre—. Pero cuando hizo eso, le faltó alguien que le apartase de ese camino. Siempre le ha faltado ese brazo poderoso que le guié. Solamente yo creo en él, y quiero que usted me ayude. Quiero, Webb, que usted deje de perseguirle por una temporada. Que se olvide de que existe. Déjele que se marche con su pobre hermano y que nosotros dos, Johnny y yo, le curemos, le salvemos...

—Debieras ser tú también una religiosa, como tu hermano —replicó, sonriendo, el inspector—. No te faltan argumentos llenos de ternura y quizá fe. Pero no estás en la realidad. Tú le sigues, y él no te sigue. Haces lo que él hace, ponerte al margen de la ley... pero él no demuestra deseo alguno de regenerarse. Marion, ese hombre será llevado a la silla eléctrica en cuanto lo cojamos —se levantó y fue a coger un estuche de cigarrillos de encima de la mesa. Volvió al lado de ella, que ocultaba su rostro con el pañuelo, sollozando—. Y tú, querida, apártate de él... —La tendió un cigarrillo, que ella rechazó suavemente—. Porque eres hermana de ese santo hombre, y porque me das lástima, no he procedido contra ti.

—¿Solamente lástima te inspira, Webb? —Marion levantó la cabeza y le miró fijamente.

El bajó la mirada, apretados los labios. Encendió el cigarrillo y quedó silencioso, sin atreverse a mirarla.

—Edgar... —susurró Marion, apoyando su cabeza en un hombro de él, que se estremeció al contacto—. Edgar... deja en paz a Odgen. Que se vaya con su hermano. Sí quieres, no iré yo con ellos. Me quedaría aquí, en Chic... contigo. No estoy encanallada. Todavía sé lo que es la gratitud, y yo te demostraría mi reconocimiento como... tú quieras. A cambio de salvar un alma, mi reconocimiento eterno, Edgar. Una mujer reconocida, agradecida, puede llegar a amar. No amo tanto a Shaker cuanto le compadezco. Amaría al que tuviese el buen corazón de compadecerse de él, y tú, Edgar, eres bueno, muy bueno. Baja un poco la cabeza, que te bese...

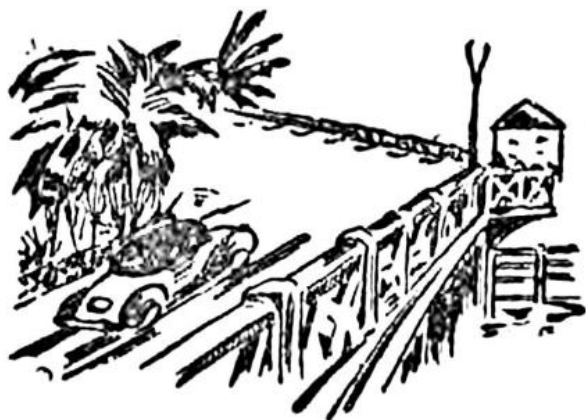
Mimosamente, le cogió de ambas orejas, haciendo que él, lívido, respirando aceleradamente, se inclinase. Y apoyó sobre sus trémulos

labios los suyos, ardientes, gordezuelos, durante largos segundos.

—Siempre te he querido, Marion —murmuró Webb con acento casi angustiado—. Y haría por ti cualquier cosa. Pero eso no puede ser... No vuelvas a su lado. No puedo impedir, aunque lo deseara, que ese canalla pague su culpa.

Ella le volvió a besar apretadamente, abrazándole con ternura.

—Si no quieres, no iré con él. Me quedo contigo —susurró a su oído—. No hablemos de él. Dejemos que corra su suerte. Una oportunidad no significa que sí reincide no le castigues. Sé bueno con él... y conmigo. Sí me amas, sé bueno conmigo. Bésame, Edgar, y abre tu corazón a la caridad y al amor.



¡LA MEJOR COLECCION SOBRE EL OESTE
AMERICANO?
¡LA «EXTRAORDINARIA» DEL OESTE.!

VI



ARION entró en aquel pequeño café del distrito de Robbins, al sur de la ciudad, en 139Th Street. El dueño, detrás de mostrador, la sonrió maliciosamente y la llamó con un cesto de la mano.

—Está ahí dentro, en el reservado número tres. Pero dile que se largue cuanto antes y no me comprometa. Esta noche han venido dos veces los del

F. B. I.,
buscándole, de manera que ya ves...

—Gracias, Summer. Eres un buen amigo y no te pesará — contestó ella, lanzándole un beso con la punta de los dedos. Y fue por el estrecho pasillo adelante, a cuyos dos lados estaban los pequeños reservados. Penetró en el indicado por Summer y halló a Shaker sentado ante la mesita y reclinado sobre ella, con los brazos

sirviéndole de almohada. Marion le contempló compasivamente durante unos segundos, no atreviéndose a despertarlo. Finalmente se inclinó sobre él y le besó en la cabeza.

Shaker levantó prestamente la gran testa de cabellera alborotada, abriendo mucho los asombrados ojos. La sonrió mientras se despezaba.

—Me ha costado mucho trabajo encontrarte —dijo ella, sentándose a su lado, radiante de alegría el rostro—. Pregunté a Williard, a Ravalli, a Crane, si te habían visto, sin resultado. Me figuré que vendrías aquí, porque Summer es de confianza...

—Porque le doy los licores baratos —murmuró Shaker, riendo. Pero ya me ha dicho que me largue, ¡maldito sea! ¿Es que voy a tener que estar toda la noche como un perro vagabundo, yendo de un lado a otro? Son más de las doce y la Policía puede vigilar mejor a los autos. Bueno, y ¿para qué has venido? ¿Tampoco sabes dónde pasar la noche?

—Conmigo no se meterá la Policía, querido —replicó ella con aire de triunfo, echándole un brazo por encima del cuello y atrayéndole hacia su pecho. Le besó reiteradamente, con infinito cariño. Shaker se desasíó con despego, mirándola fijamente, con recelo.

—Muy convencida lo dices —dijo él, sonriendo escépticamente—. A ver en qué te fundas para tener esa confianza...

—Y tú, si no vuelves a hacer ninguna barbaridad más y te estás quietecito en un sitio... tampoco correrás peligro —explicó Marion en voz queda, volviendo a acariciarlo con dulzura, mientras le miraba intensamente—. Puedo decírtelo con la mayor seguridad, Odgen. Pero has de ser bueno, querido... La Policía sabe que has sido tú el que denunciaste a Kohley. Por un lado se alegran de lo que hiciste, porque le tenían ganas a ese bandido, pero dos agentes especiales del

F. B. I.,
murieron y...

—¡Oye! —exclamó Shaker, atónito, reflejada en su faz la desconfianza y la rabia—. Y tú, ¿cómo sabes todo eso? ¿Es que... has hablado con los del

F. B. I.,
acaso? ¡Marion! Explícate y di la verdad... ¡Tú estás loca!

—No estoy loca, Odgen. A no ser que esté loca por ti, y por ti haga lo que no haría por nadie —explicó ella con ardor, cogiéndole las enormes manos entre las suyas y acercando mucho su rostro bellísimo al de él, cuya frente comenzaba a sudar de angustia—. He ido a ver a Webb, el inspector del

F. B. I.,

local. Es muy amigo de mi hermano, y a mí me... apreciaba mucho. Es un hombre leal, Odgen. Le hablé de ti...

—¡Le hablaste de mí, Marion! —rugió Shaker, levantándose aparatosamente de la silla, que derribó, y colocándose frente a ella, con las manos puestas sobre la mesita, inclinado el busto—. ¡Marion, tú me quieres perder, entregarme a la silla eléctrica! ¡Maldita seas, maldita sea tu lengua y tu corazón podrido! ¡Te han sacado lo que les interesaba, el saber dónde estoy escondido! ¡Te habrán seguido y ahora, perra maldita, traidora, falsa como una serpiente, se me vendrán encima!

—¡Odgen, por Dios, calla! ¡Déjame que te explique, no seas loco! ¡Te digo que es todo lo contrario! ¡Escúchame, Odgen mío! —gritó ella empavorecida cuando Shaker cogió la botella de «*whisky*» por el cuello y la blandió sobre su cabeza, espantoso de ira, con los ojos inyectados en sangre—. ¡No te harán nada, Odgen, ni tampoco a Johnny! Y Webb me dio su palabra de...

—¡Maldita traidora! ¡Aunque si fuera cierto, qué no le habrás dado tú a ese hombre para que te haga caso! ¿Qué premio le has dado tú? ¡Contesta, Marion! ¿No me juraste mil veces que eras solamente mía?

—¡No sabes lo que te dices, Odgen! ¡Le he engañado un poco, solamente un poco... y todo por ti, por ti, Odgen! ¡Cálmate, mi Odgen querido! ¡No. Odgen, no! ¡Todo lo hice por ti, por salvarte, por salvar a Johnny!

Shaker, poseído por los celos, temeroso de que ella le hubiese denunciado al

F. B. I.,

y ahora representase una comedia, incomprensible para él, lo vio todo rojo, teñido en sangre. Su instinto de criminal nato, siempre latente, despertó con todo su vigor y lo lanzó a la acción brutal, incontenible.

Su tremendo brazo levantado, cuya mano esgrimía la botella,

bajó con la rapidez del rayo sobre la cabeza de la espantada Marion, que le tendió sus brazos suplicantes, sollozando de amor y desesperación, por no ser comprendido su gesto de abnegación por él.

La botella se estrelló contra el cráneo de la joven, que cayó hacia atrás en la silla, cubriéndose su rostro de sangre y «*whisky*». Y sus grandes ojos, muy abiertos por el terror, quedaron espantosamente fijos, perdiendo el brillo, mientras dos gruesas lágrimas brotaban de ellos.

Shaker, con la boca abierta, estupefacto, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, la estuvo contemplando largamente, espiando un gesto de ella, un movimiento de su turgente pecho, un estremecimiento que le indicase que vivía. Solamente la sangre era la que bajaba del roto cráneo, deslizándose rápidamente por el rostro, el cuello, los hombros desnudos, blanquísimos, y goteaba sobre el suelo.

Se acercó al cadáver lentamente, como si temiese que se fuese a despertar. Acercó su rostro al de ella, aplicando el oído a su boca, pretendiendo oír aunque no fuese más que un levísimo hálito que le indicase que no había muerto. Se incorporó después y miró a su alrededor con desconfianza.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Sonreía ahora cruelmente, refregándose las manos con alegría. Recorrió el pasillo y fue a la cabina telefónica. Encendió la luz y marcó un número en el aparato.

—¿El

F. B. I.?

—preguntó, mientras sonreía, diabólicamente.

—Sí. Diga qué desea —le contestó una voz varonil.

—Haga el favor de decirle al señor inspector Webb que se ponga al aparato. De parte de Marion Irvine.

—Ahora mismo. Espere...

Un minuto después la voz enérgica del inspector Webb, preguntaba:

—¿Marion? ¿Qué hay, querida?

—No soy Marion, inspector. Mire... ella está aquí, en el bar Iroquois en 139Th Street, Robbins, y quiere verle a usted. ¡Venga, no sea tonto y verá lo que es bueno! —Y riendo quedamente colgó el aparato, saliendo al pasillo. Lo siguió y llegó al salón, donde

había bastante público todavía, hablando y jugando.

—¿Cuánto te debo, Summer? —preguntó al dueño—. Me marchó ya, para que no tengas tanto miedo, hombre...

—Comprende, Shaker, que hago lo que puedo por ti, pero que no nos conviene ni a ti ni a mí que te cojan como un conejo aquí. ¿Y Marion?

—Voy a buscarle un sitio donde pasar lo que queda de la noche y la llamaré por teléfono cuando lo encuentre. Déjala allí, que está durmiendo.

—Que se te arregle todo, Odgen, Anda, que esta vez te convidó yo.

—Gracias. Hasta mañana o pasado.

—Adiós. Si no encuentras dónde meter a Marion, yo podría dejarla dormir en mi casa, aquí al lado. No serás celoso, ¿eh? —terminó riendo.

—¡Oh, nada de eso, caramba! Haced lo que queráis —exclamó Shaker, encogiéndose de hombros y sonriendo ferozmente.

Salló a la calle. Su «Chevrolet» estaba a unos cuarenta pasos de allí. Anduvo aprisa y se metió en él. Arrancó a gran velocidad, ya temeroso de que el inspector Webb estuviese al llegar. Rió estrepitosamente al figurarse el asombro y la rabia que invadirían al Policía, que se había atrevido a disputarle el cariño de Marion. Si no era para él la muchacha, tampoco lo sería para Webb.

A cerca de sesenta millas por hora lanzó el coche, ya en la gran calzada de cuatro direcciones de 147Th Street, y luego Sibley Boulevard, en el extremo sudeste de la ciudad, hacia East Chicago. La gran avenida estaba apenas sin tráfico.

Al pasar por el cruce de Torrence Avenue, también anchurosa, un coche tomaba la vuelta de la esquina. Era negro, muy largo, y Shaker creyó ver que iba totalmente ocupado por hombres. Aceleró la marcha aún más. Y acomodó el espejo retrovisor para poder ver, a través de la ventanilla posterior del coche, si era seguido.

Lo era. Al menos, incidentalmente. Tal vez aquel coche, que ahora había apagado los faros de carretera, dejando solamente los de población, seguía la misma dirección que él.

Pero el auto seguidor aumentaba su velocidad... Y Shaker, astuto, la disminuyó, esperando ser pasado. De sesenta millas rebajó a treinta y cinco. Y miró por el espejo, viendo que el coche negro

también la reducía cautamente, yéndose hacia un lado de la calzada.

Shaker giró el volante, sudando de angustia su frente, y tomó por Bumham Avenue, autopista magníficamente iluminada, lanzándose de nuevo a sesenta millas, en franca huida.

En la espaciosa plaza del cruce estaba otro coche, color crema, un «Packard», que rodaba lentamente. Shaker vio que también estaba totalmente ocupado por hombres. Asomó la cabeza por la ventanilla para averiguar qué había sido del coche que primeramente le siguió. Había desaparecido, pero el «Packard» volaba ahora, a su mano izquierda, como unas cien yardas detrás.

Shaker había oído hablar a Kohley algunas veces de la persecución, por coches de la Policía, en forma de relevos. Era difícilísimo escapar a ella, si el perseguido no era listo y se daba cuenta de tal treta. En vez de perseguir un solo coche policiaco al sospechoso, lo hacían varios, alternando, mientras por la radio comunicaban al puesto de mando por dónde era seguido y forma de cortarle el paso. El perseguido, generalmente, no se daba cuenta de ello al ver que el auto que primeramente le siguió abandonaba al parecer la persecución. No reparaba en que otro vehículo reemplazaba al anterior, y éste era a su vez relevado por otro y otro, hasta que surgía el embotellamiento por varios, reunidos en un punto dado. Y entonces era ya el final, sin remedio.

Shaker se dio cuenta de todo aquello con sólo pensar en que Marion pudo haber dicho al inspector Webb que él, Shaker, usaba un «Chevrolet» color verde pálido, y el número de la matrícula. Esto bastaba para que el

F. B. I.,

y la Metropolitana montasen un servicio de vigilancia y búsqueda bien determinadas, y allí estaba el resultado en su trágica significación.

Chirriaron los neumáticos mientras tomaba la vuelta por Brainard Avenue, más estrecha y peor alumbrada; miró en tanto por la ventanilla con ansiedad. El «Packard» le seguía, al parecer sin esfuerzo. Era un coche mucho más poderoso que el suyo y más moderno. Y que le seguía era indiscutible. Había tomado la vuelta tras él, y esto era lo más extraño, o quizá lo más claro como tal demostración.

Estaba ya en el Estado de Indiana, aunque esto no suponía nada para alivio de su terrible situación. El que un arrabal de Chicago perteneciese a otro Estado, tanto le daba que si perteneciese a Illinois, igual que a la Policía.

Dió marcha al aparato de radio del coche. Tenía un buen receptor, que podía captar las ondas usadas por la Policía, Como «gángsters», esto era indiscutible, y a veces daba buen resultado, al conseguir escuchar alguna vez las órdenes de la Policía Metropolitana y la Federal.

Lo dejó de utilizar, buscando la onda, para tomar otra nueva dirección, tomando la curva a velocidad suicida, entrando en la autopista de Calumet Avenue, de cuatro direcciones. A unas doscientas yardas, el «Packard» le seguía, como si flotase suavemente por un estanque.

Manejando el volante con la derecha se inclinó un poco para manejar el botón del receptor de radio, buscando entre los cinco y los diez metros de longitud de onda.

—... por Calumet Avenue, a sesenta y cinco por hora... —Oyó repentinamente por el altavoz.

Lanzó un grito de rabia, apretando con el pie el acelerador. El «Chevrolet», apenas si podía dar más de sí, aun en aquella magnífica pista, ancha y llana, sin tráfico alguno.

—... a setenta por hora. Va a entrar en Indianápolis Avenue — comunicaba el «Packard» seguidor al puesto de mando, quizá otro coche con control de andas, emisor y receptor.

—... que siga hasta el cruce de Whiting Park. Si baja al Sur, déjenlo, pues hay otro coche esperándole. Digan si se ha dado cuenta persecución —contestó el centro de mando de la Policía.

—Shaker lanzó un juramento y oprimió con rabia el acelerador. ¡Buena se la había jugado Marion, la condenada traidora! Hizo bien en matarla, aunque todavía sentía un dolor agudo al recordar lo que la amaba, a su manera.

Al llegar al cruce de la gran pista con Sheffield Avenue, una carretera estrecha que iba a dar al lago Wolfe, tomó la revuelta con un giro del volante que hizo que el coche estuviese a punto de volcar, sostenido solamente por las dos ruedas laterales de la izquierda. Shaker conducía como un consumado «as» de carreras, gracias a las innumerables veces que hubo de escapar de la Policía,

con camiones, tanto americana como canadiense, portando las cajas de bebidas, por toda suerte de caminos y carreteras.

El «Packard» pasó como una bala, aunque sus frenos comenzaron a chirriar poco después.

El «Chevrolet» siguió su marcha acelerada, ganando terreno al perseguidor. Shaker comprendió que era el momento de abandonar el coche, dado que la Policía lo había ya descubierto y le tendían una mortal celada. Le había sacado un buen rendimiento, yendo de un lado a otro y evitando así que la Policía lo localizase antes. Pero el seguir en él era ya imposible.

Los faros del «Packard» iluminaban ya la carretera estrecha cuando Shaker se bajó, lanzando juramentos de rabia, de su coche. Iba a ser de ahora en adelante un perseguido sin más medios físicos que los suyos. El cansancio, el sueño, la desesperación, sus acompañantes fieles, minándole implacablemente.

Había una floresta en los alrededores del lago. Y en las orillas, los potentes focos de blanca luz, iluminando las orillas, el parque, los bancos desiertos. Una brisa helada procedente del lago Michigan le hizo estremecer. Mucho iba a acordarse de su «Chevrolet», confortable y veloz, en el que iba descansando mientras huía de la muerte...

Sacó la pistola de la funda y quitó el seguro, mientras corría a guarecerse en el interior del bosquecillo de abetos. El «Packard» llegaba ya al final de la avenida, zumbando su motor con escape libre. Sus faros quedaron fijos, iluminando el bosque. Oyó voces de hombres, secas órdenes...

Caminaba casi en puntillas Shaker, sonriendo cruelmente, sobre la hierba espesa y mullida. Quería escapar, pero también su sed de sangre estaba despierta y le impulsaba a dar la cara, a matar.

Los agentes del

F. B. I.

estaban desperdigándose, buscándole. Hablaban en voz alta, considerando ya inútil toda cautela, puesto que el mismo Shaker se había delatado al abandonar el coche.

—Bryden, tuerza por la derecha. Se ha metido detrás de aquel quiosco... —decía un agente.

Shaker se estremeció. Aquel Bryden, el famoso agente especial, tan temido por Kohley, del que Marion dijo que era un hombre de

rara astucia y valor, estaba allí, siguiéndole, ahora...

—¡Cuidado, Emerson, que puede estar detrás de ese macizo! —gritó otro, corriendo ante Shaker, muy inclinado, pistola en mano.

El «boss» afirmó el brazo sobre la cadera, levantando un poco la pistola, mientras seguía la marcha del agente especial en su carrera. Disparó cuando el hombre estaba a unas veinticinco yardas. Una sola vez...

Sonó la detonación secamente bajo las ramas de los árboles. Y el agente especial detuvo su marcha, extendió hacia adelante los brazos, dejando caer la pistola, y cayó de bruces sobre la hierba.

—¡Emerson! ¡Emerson! —gritaron varios hombres, y el ruido de la hierba, al ser hollada por unos rápidos pies—. ¡Le ha tumbado, Bryden!... ¡Emerson!

Shaker apenas podía contener la risa, mientras corría como un gigante que llevara en sus pies las famosas botas de siete leguas. Era su alegría feroz la que se desbordaba cuando mataba. Un júbilo casi infantil, tanto mayor cuanto más hacía sufrir a su víctima, contemplando con curiosidad extraña, de demente, su dolor prolongado.

Los agentes estaban despistados. Solamente uno de ellos se alejaba de ellos y seguía de cerca a Shaker. Éste pensó que sería el famoso Bryden, si era tan astuto y valeroso como decían. Y el «gángster» corría por el parque, alejado de los focos del alumbrado, a orillas del lago, bajo los pinos, cedros y abetos, que prestaban oscuridad con sus ramajes, y los troncos, eficaces asilos para ocultarse tras ellos y resguardarle de las balas, si Bryden disparase.

Se detuvo Shaker, jadeante, para orientarse un poco y escuchar si era seguido. Estaba en la parte sur del lago, donde una lengua de agua se internaba en tierra, y allí había un embarcadero. Unas lanchas amarradas a unos postes se balanceaban débilmente, a impulsos de la helada brisa del Michigan.

Oyó quedos pasos a su izquierda. Bryden, el astuto, le buscaba. Pisaba sobre la hierba como un pie rojo, pero se le podía oír al rozar el césped su trinchera o gabán y los zapatos. Una vez se metió en una zona inundada de agua y chapoteó fuertemente. Shaker vio su sombra, reflejada por un foco de luz brillante. Era tan alto como él, y fornido...

Dejó de oírle. Shaker reprimió su jadeante respiración,

tapándose boca y nariz con la mano izquierda. Esto era lo peor. No saber dónde se encontraba su seguidor, aunque desde luego muy cerca. Acechándole quizá, como él lo acechaba a él.

Más de dos minutos estuvieron ambos hombres inmóviles, esperando que el uno hiciese un movimiento delator para lanzarse el otro a disparar sobre él. Hasta Shaker llegó el rumor de un coche que avanzaba por la avenida que circundaba al lago. También en aquella orilla había un pequeño muelle de atraque, con varias lanchas amarradas a las argollas.

El coche, con los faros de carretera apagados, llegaba lentamente. Era el «Packard», que le siguió anteriormente. Y de él se bajaron cinco agentes del

F. B. I.,

que miraron a su alrededor, expectantes.

Bryden, el agente especial que estaba tan cerca de Shaker, aunque invisible para él, se movió. El «gángster», pegado a un grueso tronco de cedro, se fue moviendo a su alrededor, la pistola apuntando en dirección al susurro que percibían sus oídos. No podía verle alejarse, porque la luz de los focos de la avenida no llegaba hasta allí sino con intermitencias.

Le vio llegar junto a sus compañeros, que comenzaron a hablar en voz alta.

—... un balazo en el corazón. ¡Pobre Emerson! —dijo uno, refiriéndose al agente muerto por Shaker.

—Creí que lo tenía muy cerca de mí y de repente se esfumó —murmuró Bryden—. Debe de estar escapando por Douglas Park.

—Somos pocos para acorralarlo —dijo otro agente—. Vamos a pedir refuerzos, ¿no? Yo no sé por qué el inspector Webb dijo que ese Shaker es una bestia sin inteligencia. Ahora quisiera verlo metido en este lío.

Shaker apretó su mano izquierda contra la boca para impedir que la risa, una hilaridad producida por inmensa alegría al juzgarle aquellos hombres, todos ellos astutos, inteligentes, enseñados precisamente a aquellas argucias, le reconocieran como muy inteligente y astuto. Para él era el mejor y mayor cumplido que se le podía hacer.

Llevado de su vanidad, y juzgando ya como inferiores, a aquellos hombres, que estaban mano sobre mano, sin saber qué

hacer para cazarlo, cuando lo tenían tan cerca, se acercó un poco, blandiendo la pistola. Iba a tirar al blanco con ellos y después huiría de nuevo, desafiándoles. Una diversión en la que correría la sangre, y esto le embriagaba de alegría.



LEER UNA BUENA NOVELA ES
EXPANSIONAR EL ESPIRITU
Y ENRIQUECER LA CULTURA

VII



STABA como a unas cincuenta yardas del coche. Un agente estaba transmitiendo por radio al mando del

F. B. I.,

la petición de refuerzos para cercar el lago y sus alrededores.

Shaker tropezó con un trozo de roca, que se movió. No metió ruido. Por otra parte, los agentes estaban charlando en voz alta y nada oyeron.

El «gángster» contempló la roca y después miró a aquellos odiados hombres. Volvió a mirar la piedra. Sonrió infantilmente, se inclinó y la cogió entre sus brazos. Pesaría unas quince libras, muy poca cosa para él. Se guardó la pistola y fue rodeando, metido en la espesura, la avenida que circundaba el lago.

Cuando estuvo como a cien yardas del coche y sus ocupantes, se

aproximó más aún al borde de la avenida, pero sin dejarse iluminar por los focos de luz eléctrica de las farolas. Sin dejar de sonreír, con ambos brazos elevados sobre su cabeza sosteniendo con las enormes manos la piedra, se echó hacia atrás y, repentinamente, hacia adelante, cobrando impulso para el lanzamiento de la piedra. Sus hercúleas fuerzas desarrollaron el máximo esfuerzo y, describiendo una parábola, el proyectil fue lanzado sobre las aguas del lago, a unas diez yardas en el interior.

Sonó sordamente el ruido del agua al recibir el impacto, y la superficie se cubrió en un ancho perímetro de espuma.

—¡Se ha tirado al agua! —chilló un agente, excitadamente—. ¡Por allí...!

—¡Estaba a nuestro lado! —gritó otro—. ¡Quiere atravesar el lago!

—¡A los botes! —gritó Bryden, lanzándose a la carrera hacia el muelle.

Todos los agentes —seis— llegaron rápidamente al desembarcadero y se apresuraron a tripular dos lanchas de recreo, remando furiosamente.

—¡No se le ve asomar! —gritó uno de ellos, pistola en mano.

—¡Va buceando! ¡En cuanto asome la cabeza, a tiros con él!

—¡Por allí debe ir! ¡Fuerte, Percy...!

Shaker lloraba de alegría, de risa incontenible, de vanidad satisfecha. Hasta le eran simpáticos aquellos hombres, con su credulidad infantil. El mismo Bryden, el astuto, era el que había sido más incauto...

Se acercó, muy inclinado, por el lado del «Packard», hasta llegar a él.

Tenía la portezuela delantera abierta, a la derecha. Se metió en el coche y cerró con un golpe seco, riendo a más no poder. Los agentes del

F. B. I.,

se alejaban, remando desesperadamente de un lado a otro, buscándole entre las aguas heladas del lago.

Arrancó velozmente, subiendo por la asphaltada avenida, mientras sacaba un brazo y saludaba burlonamente a los hombres burlados.

Una gritería de asombro y rabia le despidió. Y varios disparos de pistola, cuando doblaba el recodo del norte del lago. Bogaban los

agentes furiosamente hacia la orilla más cercana.

Dió un golpecito amistoso en el volante del coche. ¡Otra vez en confortable asiento, ahora en un potente «Packard», para huir del F. B. I.!

Allá quedaban aquellos majaderos rema que te rema, burlados por una bestia sin inteligencia... Hasta que pudieran incorporarse a alguna de las patrullas volantes y seguir la persecución pasarían largos minutos, y él, mientras tanto, estaría al otro lado de Chicago, esfumándose de nuevo.

Enfiló, segundos después, a toda velocidad, la Calumet Avenue, hacia Indianápolis Boulevard, la anchurosa autopista, propia para carreras de bólidos. Y lanzó al «Packard» a toda marcha, pisando el acelerador hasta el fondo. El coche pareció saltar sobre el asfalto y su manecilla cuentamillas se puso prontamente en las 75. Shaker, canturreando, conducía con mano experta, por el centro de la calzada desierta. Solamente un pensamiento perturbaba su mente, pese a la alegría que sentía. Su hermano Johnny... ¡Si estuviera ahora a su lado, huyendo con él en aquél estupendo coche del F. B. I.!

Al llegar al cruce de Calumet Park, en la playa de Bathing, y ante el balneario, hubo de refrenar casi repentinamente el coche. Un gran autocar estaba casi atravesado en la calzada. Y dos agentes de la Metropolitana le hicieron señas de que parase.

Shaker se dio cuenta de que no había sitio para pasar con el coche. El armatoste aquel, lleno de agentes, se lo impedía. Sacó la pistola y la puso a su lado, medio oculta por el almohadón, en el asiento contiguo. Y paró. Sacó un pañuelo y con él se cubrió gran parte del rostro. Sonreía cuando un agente se acercó decididamente a la ventanilla.

—¿Patrulla tercera del
F. B. I.?

—Inquirió, cuando estuvo al lado de Shaker—. ¿Qué le pasa en la cara? ¿Herido?

—Un rasguño, que voy a curármelo. Soy de la patrulla tercera, sí. Bajen inmediatamente al lago Calumet —dijo Shaker con calma.

—Querrá decir al Wolf. Hemos oído la llamada de su patrulla hace pocos minutos.

—El «gángster» ha huido al Calumet, a menos de dos millas del

otro, a campo traviesa. Voy a curarme y a pedir más refuerzos.

—Vamos nosotros ahora mismo. Adiós. ¡Abran paso a este coche! —ordenó al conductor del autocar, lleno de agentes armados.

Shaker emprendió la marcha, mientras la sensación de angustia que sintiera antes era sustituida por una alegría inconcebible. Mientras pisaba el acelerador, comenzó a brincar en el muelle asiento canturreando nerviosamente. ¡Conque era él una bestia sin inteligencia! ¡Había engañado a los agentes del

F. B. I.,

de la forma más ridícula, y ahora a los de la Policía Metropolitana, y era una bestia sin inteligencia!

Siguió a gran velocidad por South Chicago Avenue, recta como una flecha, atravesando un núcleo de población cercano al lago Michigan, con sus colonias de villas de lujo de los magnates de la industria y la ganadería. Miró la hora en el reloj del tablero de mandos del coche, y vio que eran ya las dos y siete minutos de la madrugada.

En el cruce de la avenida con Marquette Road, otra gran pista que iba desde el lago Michigan hacia el oeste de la ciudad, vio a dos agentes motoristas charlando al lado de sus «Harley». Le hicieron gestos de que se detuviera al ver la insignia del

F. B. I.,

en las portezuelas del coche. Shaker sacó un brazo, saludándoles, mientras sonreía burlonamente, y pisó el acelerador.

Poco después, al mirar por el espejo retrovisor, se estremeció, alarmado. Las dos motocicletas le seguían, mientras hacían funcionar sus sirenas. No se habían dado por conformes, por lo visto, los dos agentes, con el saludo que les hizo Shaker, y corrían tras él, no sabía para qué.

Una motocicleta «Harley», en pistas rectas, puede correr tanto o más que un coche normal, como un «Packard». Esto es lo que vio Shaker, refunfuñando impropiedades contra aquellos dos curiosos motoristas. Quizá deseaban hablarle sobre el servicio de vigilancia, pero también podía suceder que estuvieran ya advertidos de que él había robado el coche y le daban caza.

Uno de los motoristas, mientras conducía con la mano izquierda, estaba sacando una pistola de gran calibre, a un lado del coche y

como a veinticinco yardas más atrás. Shaker todo lo vio claro entonces. Estaba de nuevo descubierto, quizá por los avisos dados por radio desde otros coches o desde el autocar encontrado en Calumet Park, que recogió a los agentes del lago Wolf.

Oyó distintamente dos o tres disparos de pistola a su espalda. Los motoristas trataban de perforar los neumáticos del coche, o tiraban sobre él. Y pisó más, a fondo el acelerador del «Packard», que salió disparado lanzando un mugido su motor, a escape libre. Un minuto después, las dos «Harley» estaban a treinta yardas, a cada lado. Sonaban sus sirenas agudísimamente, sembrando la alarma entre los escasos coches que circulaban por la vía anchurosa, muy iluminada.

Shaker aflojó de repente la velocidad y, como si se hubiese vuelto repentinamente loco, comenzó a hacer peligrosísimas eses, yendo de un lado a otro de la calzada. Y miró por la ventanilla, para ver qué efectos producían sus extrañas maniobras.

La motocicleta que corría a su izquierda, ante el brusco viraje que daba el coche, intentó hacer lo propio, desviándose un poco: Mas una motocicleta se asienta sobre dos ruedas y su equilibrio es siempre mucho más precario que el de un coche, para hacer esquivas o tomar curvas. El resultado fue que, yendo a más de sesenta millas por hora en aquel instante, la poderosa máquina salió proyectada por la tangente hacia la derecha, franqueó de un salto la acera, el jardinillo, y se elevó como una pluma, en tanto que el motorista rodaba por el suelo vertiginosamente, yendo a estrellarse contra un grueso árbol.

El otro motorista tuvo igual fin. Solamente rozó, a velocidad infernal, la rueda delantera de la «moto» contra el parachoques trasero del «Packard». Shaker sintió el ruido del choque y vio, con la boca abierta, cómo la máquina saltaba por el asfalto como un caballo indómito, arrastrando al infeliz motorista, que salió al fin despedido, chocando su cabeza contra el encintado de la acera.

—¡Suerte, amigos! —gritó jubilosamente, mientras enderezaba la dirección y pisaba el acelerador, alejándose de allí como una bala.

Torció la dirección hacia el Norte cuando llegó a Marquette Park, subiendo por California Avenue. Era de temer que a cada momento, otros coches patrullas saliesen a su encuentro, y pensaba

ya en dejar el comprometedor vehículo. No sabía a ciencia cierta si esto le convenía o no.

Encendió el aparato receptor de radio, en tanto que llevaba el coche a velocidad moderada, mirando con recelo en los cruces de las calles.

—... los coches patrullas de la Metropolitana siete, nueve, catorce, esperarán al «Packard» robado en los cruces de California Avenue con Treinta y Cinco Th Street. Los coches cuatro, seis, once, esperarán en el cruce de Marshall París, en la acera derecha. ¡Atención, atención!... El «Packard» acaba de pasar por Marquette Park y sigue por California Avenue. ¡Atentos, atentos, atentos! ¡El «Packard» robado va por California Avenue!

Dio un terrible frenazo al coche, haciendo que girase, con un chirrido agudo de los neumáticos sobre sí mismo, volviendo la delantera hacia Marquette Park. Cambió de velocidad y se lanzó velozmente hacia Marquette Park, de donde procedía.

Sudaba su frente de angustia, sintiéndose acorralado. La maldita radio de mando del

F. B. I.,

recibiendo los partes de sus agentes en acción, estaba dirigiendo la caza con precisión matemática. Solamente quedaba...

Frenó el coche junto al encintado y saltó a tierra prestamente. La acera estaba desierta, o parecía estarlo. Los altos edificios tenían pocas ventanas iluminadas. Solamente las farolas esparcían, su luz blanca, potente, ante la cual parecía casi imposible poder ocultarse en algún rincón.

Corrió desoladamente, pegado a las paredes de las casas. Si salía de aquella ratonera, ya sabía adónde ir. Recordaba ahora a sus amigos los «gángsters» Williard, Ravalli, Grane, de quienes le dijera Marion que les había preguntado dónde estaba él, Shaker. Aquellos hombres le debían algunos favores y era ocasión de pedirles correspondiesen a ellos. Solamente les pediría que arrancasen a su hermano Johnny del poder del

F. B. I.

Pero salir de California Avenue parecía ser una empresa muy ardua. El mando del

F. B. I.,

había dicho que el «Packard», con Shaker, estaban allí, y le

esperaban con un lujo de fuerzas capaces de intimidar al más templado. No solamente estaban los coches, diez o doce, sino que agentes a pie, escondidos en los huecos de los portales y tiendas, esperaban la presencia de la presa.

—¡Alto! —gritó una voz enérgica a espaldas de Shaker.

Éste se volvió rabiosamente, en la mano ya la pistola. Y vio a dos agentes de la Metropolitana apuntándole con dos rifles automáticos.

Shaker disparó, el brazo junto a la cadera, mientras retrocedía de espaldas. Volvió a disparar de nuevo, dos, tres veces más...

Los dos agentes cayeron al suelo, heridos. Uno de ellos se puso de rodillas, jadeando, y disparó su rifle de gran calibre contra el «gángster», que huía como liebre, haciendo regates a las balas del agente.

Instantáneamente sonaron silbatos, ruido de motores que se ponían en marcha y alaridos de sirenas de coches y motocicletas. Y Shaker, sudando ante la proximidad de la muerte, aunque no acobardado, vio cómo la calle parecía hervir de agentes, que brotaban de todas partes, excepto por la entrada de la calle, muy atrás.

Hacia allá corría Shaker desesperadamente, volviéndose de cuando en cuando para disparar dos o tres veces, pretendiendo contener a los agentes, que le hacían un fuego infernal.

Dió un rapidísimo giro, tomando la esquina de California Boulevard, en demanda del canal Illinois Michigan, con sus edificaciones a ambos lados del caudal de agua como laberintos, y callejas oscuras, retorcidas. Al fondo, a la derecha, estaban los grandes muelles fluviales, con las corralizas de ganados de los mataderos. Allí estaba la salvación...

Pero hasta llegar allí había que salvar el obstáculo de acero de los agentes del

F. B. I.,

y de la Metropolitana, y Shaker estaba solo, absolutamente solo, con su ferocidad indomable, su sed de sangre, su locura que le impedía reflexionar sobre todo aquello que le estaba sucediendo y por qué le sucedía. Era un hombre sin posible salvación ni regeneración, y aquella noche, su existencia estaba corriendo un inmenso peligro, luchando desesperadamente por salvarla.

Sus enormes zancadas, como sus hábiles zigzagueos, evitando las balas de los perseguidores, mientras se guarecía detrás de las farolas del alumbrado, tras los gruesos troncos de los árboles de la calle, en los quicios de los portales y comercios, le iban dando cierta ventaja. Varios motoristas le seguían, reteniendo sus máquinas para no colocarse ante él y ser blanco de sus temibles disparos. Los muelles, iluminados por focos de blanca luz, parecían acercarse a él, tendiendo las grúas sus enormes brazos, como si quisieran ampararlo, o cogerlo, retenerlo, para entregarlo a los agentes de la justicia.

Llegó a la orilla del canal, de aguas negras, sucias, en cuya corriente estaban ancladas gabarras, lanchas, pequeños vaporcitos y remolcadores. Y allí encontró más oscuridad, más obstáculos donde esconderse momentáneamente. Casamatas, tinglados, espacios cerrados donde el ganado mugía, inquieto; barreras de tablones, como los cercados del tejano Oeste.

Dos agentes iban a su alcance. Dos agentes del
F. B. I.,

seguramente, por ir de paisano y ser ágiles, decididos, valerosos.

—¡Quiere escaparse por la izquierda, Bryden! —gritó uno de ellos, que se había quedado un poco más atrás—. ¡Dispara, dispara...!

Shaker lanzó un grito de rabia al saber que aquel Bryden, el astuto, estaba de nuevo tras él, y ahora muy cerca, deseoso de vengarse de aquella burla de que le hiciera víctima un rato antes, en el parque del lago Wolf.

Dio un salto gigantesco Shaker, colocándose en el más alto tablón de un cercado para ganado. Estuvo un segundo arriba, en precario equilibrio, y saltó con impulso de atleta, yendo a caer en la oscuridad. Se levantó y corrió como una liebre, metiéndose entre el ganado vacuno, que estaba descansando. Mugidos y colisiones entre los animales se siguieron, espantados por aquel hombre que buscaba entre ellos donde esconderse.

Oyó los disparos del agente del
F. B. I.,

que también había saltado la cerca y le buscaba. Pero el ganado, en pie y espantado, se diseminaba locamente por todo el recinto, coceando, empujando y embistiendo.

Los guardas acudieron, gritando, tratando de tranquilizar a las reses. Y Shaker se escurrió bajó el tablón inferior del cercado, yendo a parar a otro recinto, también con ganado. Creía estar salvado, mientras corría pegado a la talanquera procurando no asustar a las reses, que denunciarían su presencia.

No muy lejos, los coches de la Policía aullaban, recorriendo aquellos lugares y soltando agentes de refuerzo, que pretendían aislar, tomando posiciones, aquella zona de corrales y cobertizos de los muelles, para que Shaker no escapara. Y la agitación entre el ganado, centenares de cabezas, no cesaba, mugiendo sordamente, embistiendo contra los tablones, corriendo y empujándose unas reses a otras. Los gritos y órdenes de los guardas y agentes, que reñían, se mezclaban a aquel estruendo.

Shaker, agotado por el esfuerzo, magullado por las embestidas del ganado, dejóse caer al suelo fuera de una de las cercas para descansar. Estaba en la orilla derecha del canal, junto a unos barracones oscuros, en el brazo que hace el Chicago River, en los grandes muelles, y Archer Avenue. Cerca, veía el edificio moderno del Instituto de Tecnología, en cuya escalinata, la Policía había establecido un retén numeroso. Varios autocares estaban a ambos lados del edificio y los agentes se agrupaban al lado de un coche, en cuyo techo había un aro metálico que giraba lentamente. Shaker lo miró con infinito rencor. Uno de aquellos coches radiogoniómetros, captando la onda del encendido del «Packard», debió ser el que denunció su presencia antes con exactitud matemática, comunicándoselo al mando del

F. B. I.

Se estremeció cuando, muy cerca de él, vio la sombra de un hombre de alta estatura, que, caminando sigilosamente, parecía buscarle. Miraba a un lado y otro, adentrándose en las zonas de oscuridad, y llevaba una pistola en la mano. No era posible verle claramente, por las sombras que había en aquella parte de los muelles, y Shaker, reconociendo a Bryden, su implacable perseguidor, se acurrucó aún más contra el vallado. No tenía ahora deseos de luchar contra él. Estaba cansado, molido, y, por otra parte, si disparaba contra él, todos los agentes que estaban en aquel edificio acudirían al ruido y sería aniquilado.

Siguió con creciente intranquilidad las pesquisas del agente

especial. Iba y venía, buscando en los rincones, impávido ante una posible muerte, y lo hacía solo, sin solicitar ayudas, que tan cercanas las tenía. «Aquel hombre —pensaba Shaker— era todo un hombre». Y un mal enemigo, por su astucia, su inteligencia y tesón al perseguirlo de aquella manera.

Shaker esgrimió su pistola cuando vio al bulto acercarse. Pero había muy mala visibilidad para disparar sobre seguro, y el «gángster» quería hacerlo solamente en el caso de no fallar. Temía a los agentes del edificio, a las carreras que tendría que dar de nuevo, huyéndoles, para al final, seguramente, caer acribillado a balazos. Por ello, hecho un ovillo, no osó moverse cuando vio, durante un segundo, al agente especial no más lejos de diez yardas de él. Bryden iba a meterse en uno de los corrales, escurriéndose por debajo de los tablones de la talanquera. Creía tal vez que el «gángster» estaba refugiado entre el ganado.

Lanzó un suspiro de alivio cuando lo vio desaparecer. Se estiró y permitió a sus largas piernas distenderse. Inclínada la cabeza sobre el pecho, jadeando aún de fatiga, dolorido el cuerpo por los encontronazos contra el ganado, quedó como adormilado durante varios minutos. Su mente, despierta, le atormentaba pintándole la realidad de su desesperada situación. Podía decirse que, mientras durase la noche, su relativa seguridad, con todos los peligros que había corrido, podría mantenerse. Pero a la llegada del día, su situación empeoraría mucho más si no encontraba un refugio seguro donde pasar las horas diurnas y dormir. Tenía un deseo inmenso de dormir, de descansar, de no pensar más en que era seguido, acorralado de cerca, sin respiro, como lo estaba siendo ahora. Y de tener a su lado a Johnny, el hermano, que también estaría sufriendo, en manos de los agentes del

F. B. I.,
como un rehén.

Las sirenas de los coches de la Policía sonaban casi sin parar, destrozándole los nervios con sus trémolos. Sonaban lejos, cerca, como si a centenares fuesen y viniesen por toda la inmensa ciudad, buscándole a él, a un hombre solo. Y seguramente millares de agentes, escudriñando como sabuesos, iban cerrándole todos los caminos de la vida, hasta dejarle en aquel rincón lóbrego, junto al río de negras aguas pestilentes. No sería ajeno a aquella sañuda

persecución, aparte del agente especial Bryden, el inspector Webb, aquel hombre a quién por lo visto amaba Marion, y que habría recibido un terrible castigo al ver cómo él, Shaker, había terminado con lo que consideró como una negra traición. Webb pretendería vengarse terriblemente de él y lanzaba oleadas de agentes y medios los más poderosos para capturarlo.

El cansancio le hizo quedarse dormido, la mano oprimiendo la culata de su pistola. No obstante, sus sentidos estaban alerta, sobreexcitado, temeroso de cualquier sorpresa. Y apenas dormido, se estremeció, acurrucándose de nuevo, muy abiertos los irritados ojos, tensa la atención.

La alta figura de Bryden estaba de nuevo cerca de él. Shaker pensó que, en realidad, el agente especial no se había alejado mucho de allí, y que como seguramente, durante los contados minutos que se quedó dormido hubo de roncar, según su costumbre, el astuto agente lo oyó y acudía ahora da nuevo.

Shaker vio claramente que, esta vez, Bryden iba más sobre seguro. Y que solamente si lo mataba podría librarse de él como del más tremendo peligro que pudiera acecharle. Tenía que matarlo, pero no de un tiro, que los agentes del edificio estaban a menos de doscientas yardas de allí.

Se levantó quedamente, apoyándose en el cercado. Bryden oyó el roce del cuerpo del «gángster» sobre los tablones y acudió, perdiéndose unas veces de vista su cuerpo, para aparecer otras a la lejana luz de un reverbero.

Se acurrucó Shaker, viéndole venir rectamente, pistola en mano, al astuto agente. Estaba en sombras el sitio donde se encontraba Shaker. Y hasta el instante en que Bryden le vio avanzar como un bólido, también fue invisible al «gángster».

Con los puños crispados por la rabia, sin usar la culata de la pistola, en un arranque de lealtad excesiva, sin duda confiando en su enorme vigor físico, que le hacía sentirse desdeñoso, se le fue encima al agente especial, que no tuvo tiempo de evadir el brutal empujón ni preparar la pistola, para contenerlo de un balazo.

Shaker buscó el cuerpo a cuerpo, sabedor de que su robusta constitución, su peso de doscientas libras y el ímpetu con que se lanzó a la pelea le habrían de dar toda la ventaja. Bryden era, sí, tan alto como él —por encima de los seis pies—, pero más delgado,

aunque sus hombros eran tan anchos como los de Shaker, y mucho más estrecha su cintura.

Cayeron ambos al suelo. Shaker, arrollando a Bryden. Éste, como consecuencia del irresistible empujón recibido y por la sorpresa de la acometida. El «gángster» encima del agente especial, descargó con velocidad vertiginosa sus enormes puños sobre el rostro y pecho de su enemigo, que al principio apenas si opuso resistencia. Más unos segundos después, Shaker refrenó sus ímpetus avasalladores cuando se vio debajo de Bryden y recibiendo a su vez un castigo tan severo como el que él propinara a su antagonista. Fué entonces cuando la lucha, más igualada, parecía no inclinarse por ninguno, y adquirió una ferocidad creciente.

La pistola de Bryden estaba lejos, arrebatada de un manotazo por Shaker, y el agente especial había de luchar también con sus puños. Comenzaron a rodar por el suelo, pateándose, dando y recibiendo terribles puñetazos, levantándose y cayendo. Shaker, con más grasas en el cuerpo que Bryden, jadeando ya de fatiga, pero con reservas de vigor aún para aplastar al agente especial al menor descuido de éste.

El «gángster» tenía solamente nociones de boxeo, y además prefería la lucha cuerpo a cuerpo, salvaje, bestial, en la que pudiera romper el espinazo al enemigo, o quebrarle las costillas en un abrazo de oso. Bryden, en cambio, sabía boxear perfectamente y la lucha no le era desconocida, sino muy al contrario. Shaker se dio cuenta de ello cuando un par de veces hubo de soltar presa. Intentando estrangular a aquel hombre de acero, lanzando un aullido de dolor al sentir cómo sus músculos de los brazos se dormían, laxos, en medio de agudos calambres, Se vio lanzado al espacio, como si fuese un muñeco de paja, y, apenas en el suelo, recogido y vuelto a elevar, dándose nuevas y terribles taledadas. Vio cómo aquel endemoniado hombre no solamente no se cansaba de vapulearle, sino que cada vez estaba más enfurecido y fuerte, redoblando los golpes, las cargas, los patadones al bajo vientre. Había despertado un huracán cuando creyó habérselas con una suave brisa, fácil de evadir.

Shaker sintió lo que era el miedo por primera vez en su vida de luchador feroz, que no concedía cuartel, sino que mataba al vencido siempre. Lo hizo así cuando luchó con los guarda-fronteras, con los

agentes contra la represión del contrabando, contra la Policía Montada del Canadá, al otro lado de la frontera, y contra aquel otro agente especial del

F. B. I.,

de cuyas resultas atrajo sobre sí el infernal avispero de la poderosa organización.

Casi a punto de rendirse, sin fuerzas apenas para tenerse en pie, lleno de pánico, vapuleado a conciencia, y, lo que era peor, casi rendido al agente especial, reunió todas sus fuerzas y... se dio a la fuga, después de tumbar de un terrible «uppercut» a Bryden.

Cuando el agente especial, mareado, se levantó, Shaker estaba lejos, corriendo con todas sus fuerzas, como si una docena de agentes especiales le fuesen siguiendo. Shaker no pensó en coger la pistola de su enemigo y matarlo a mansalva. No tuvo tiempo para pensarlo, ocupada su mente en librarse de aquel terrible dogo humano mediante la interposición de muchas millas entre él y el caído y desvanecido enemigo, a quién juzgaba inmortal y, por tanto, necio perder el tiempo en intentar eliminarlo.



LECTOR: NO PRESTES NUNCA UNA NOVELA

Porque, si no te ha gustado, aburrirás
a un amigo, y si te gustó, perjudicas a
la editorial que te proporcionó ese
delito

VIII



LEGÓ, derrengado de tanto correr, a espaldas de Douglas Park y se metió en Douglas Avenue, una calle estrecha, no bien alumbrada, con edificios antiguos y de dos o tres pisos solamente. Había dejado atrás docenas de agentes dando batidas por las calles del norte de Cícero y por Berwyn, donde las gentes del hampa solían vivir. Douglas Avenue era un poco menos frecuentada por tales gentes fuera de la ley, y allí vivía Enrico Ravalli, el italoamericano más fuera de la ley de todos.

Shaker llamó a su puerta, ante un edificio de dos pisos con fachadas pintadas de ocre oscuro y estrechas ventanas con marcos blancos. Miró la hora en su reloj de pulsera. Las tres y veinte de la madrugada. Era seguro que Ravalli estaría en su casa si no se había sentido excesivamente atemorizado por las batidas del

F. B. I.,
y la Metropolitana.

Una de las ventanas se iluminó. Se abrió una hoja y apareció una cabeza, que se inclinó para ver quién llamaba.

—Abre, Ravalli. Soy Odgen —dijo el «gángster», con voz tranquila, mirándole desde la acera de enfrente—. Date prisa, hombre...

—¡«Per... Dio»! —exclamó Ravalli, con voz asombrada—. ¿Es imprescindible que vengas esta noche aquí, «caríssimo»? ¡Oh, mira, yo quisiera terminar mi sueño en paz!...

—¡Abre, Enrico, a un camarada qué está apurado, maldita sea tu estampa! —rugió Shaker, empuñando su pistola—. ¡Abre... o te ocurre lo que a Kohley! ¿Sabes que su alma voló... al infierno?

Ravalli hizo un gesto afirmativo. Cerró la ventana y la luz se apagó. Dos minutos después se abría la puerta. Ravalli, de corta estatura, estrecho de hombros, casi un pigmeo al lado del formidable Shaker, se hizo a un lado para dejarle pasar.

—¡Qué idea la tuya, «caríssimo», la de venir a comprometer a los buenos amigos! —exclamó el hombrecillo, yendo delante, escalera arriba, del gigante—. ¡Buena la has organizado, buena! Toda la Policía y el

F. B. I.

de Chicago andan detrás de ti, por bruto y sanguinario...

—Calla y dame algo de beber y donde sentarme —refunfuñó Shaker, cuando llegaron al descansillo de la escalera.

Ravalli estaba muy nervioso, al parecer, mirando de reojo al gigante, que, a su vez, le examinó con desconfianza. No se decidía a entrar, ni a abrir la puerta de su despacho, vacilante.

—Bueno...; ¿me vas a tener aquí lo que queda de noche? —inquirió Shaker rudamente, cogiéndole de un hombro y empujándole para que abriese—. Vamos, hombre...

—Pasa, pasa... —murmuró débilmente el «gángster», haciéndose a un lado, como ratón cogido por el gato—. Claro que puedes pasar. Anda, anda...

Shaker, con un movimiento rápido, sin soltar al hombrecillo, con la mano izquierda, sacó su pistola y colocó el cañón en su nuca. Ravalli se estremeció de pies a cabeza y su rostro, astuto, zorruno, se puso lívido.

—¡Oh «caro amico»! —gimió—. ¿Por qué esto? No seas bruto y...

—Muy bruto, como quieras —rugió Shaker.

Y cogiendo en vilo a Ravalli lo hizo penetrar en el despacho. Lo soltó cuando vio a dos hombres, en pie, que tenían las manos diestras a la espalda, como ocultándolas.

Shaker, estupefacto durante un segundo, sonrió socarronamente.

—¡Vaya, hombre!... —dijo en tono de zumba—. Si están aquí los buenos camaradas Grane y Williard... ¿Cómo no me lo dijiste, Ravalli, atontado? Bueno... —Mirad, lo mejor que podéis hacer es guardaros esos cacharros. No puedo creer que pensaseis en... mí para eso, ¿eh?

—¡No, no, Shaker! —exclamó precipitadamente Ravalli—. Es que no estábamos seguros de que...

—Claro que no —dijo, sonriendo agriamente. Williard, un tipo de «gángster» clásico, de rostro cínico, de vicioso contumaz, alto y fornido—. Creíamos que detrás de ti podría venir el

F. B. I.,

y claro...

—Ea, Shaker, todo está en orden —murmuró Crane, el otro «gángster», de mediana estatura, tuerto y con cara de asesino nato—. Anda, Ravalli, camarada, tráenos algo de beber. Siéntate y descansa. Bueno; tu cara es como un paisaje lunar —rió sarcásticamente—. Te han dado una buena paliza, ¿eh?

Los tres «gángsters» se miraron, haciéndose gestos de inteligencia, mientras Shaker, baja la cabeza, como adormecido, parecía no hacerles caso. Williard metió disimuladamente la mano en el bolsillo de la trinchera, en busca de la pistola. Crane hizo lo mismo. Ravalli, a espaldas de Shaker, sacó de dentro de la manga izquierda un cuchillo de larga y muy estrecha hoja.

—¿Cómo andáis de dinero, camaradas? —inquirió de pronto Shaker, como si despertase.

Los tres hombres quedaron inmóviles, expectantes, reflejados en sus patibularios rostros la intención de eliminar a Shaker, causante de que ellos, en las búsquedas de la Policía y el

F. B. I.,

fuesen detenidos a su vez.

—¿Dinero? —contestó Ravalli, más astuto y dueño de sí—. Sacó

de un cajón de la mesa de despacho una botella de ginebra y vasos, llenándolos. —¿Acaso nos permites tú, animal, con tus andanzas, atender a nuestros negocios?

—Eso, eso... —murmuró Crane, contemplando con rabia a Shaker—. Puedes estar orgulloso de lo que has hecho. Poner en estado de alarma a la ciudad con tus asesinatos de agentes del

F. B. I.,

con tus delaciones de camaradas...

—Has conseguido que el

F. B. I.,

que nada tenía que hacer en nuestros trabajos de contrabando de bebidas, se nos venga encima, Shaker. Siempre fuiste un impulsivo idiota, un asesino por ser asesino, y nada más... —comentó Williard, acariciando la culata de su pistola, rojo de ira.

Shaker sonrió con aire de superioridad, sin quitar ojo a las manos de sus camaradas de latrocinios. Ravalli le tendió una copa de ginebra y él la cogió con la izquierda y la apuró de un solo trago.

—Bueno; quedamos en que andáis mal de fondos, ¿no? —Siguió, imperturbable—. Está bien. Yo quiero resarciros de ese mal que decís os he causado. Pero no me vengáis ahora con que vuestros negocios eran importantes —lanzó una risotada de burla—. Vosotros no sois hombres para salir adelante en el contrabando de bebidas. Ya sé que os habéis quedado casi sin hombres, hartos de vuestras promesas de ganancias exorbitantes. No sois sino unos pistoleros con deseos de subir, pero nada más. Yo seré un animal y todo eso, pero he estado ganando por encima de los cien mil al mes, sin grandes esfuerzos. Un «boss» con hígados no se hace así como así.

—Porque empleas malas artes —chilló Ravalli, como si le hubiesen retorcido un dedo—. Porque todo lo quieres para ti y nos has ido quitando los hombres con falsas promesas, para dejarnos solos. ¡Mira lo que ha sido de tu «gang», tú, que eres tan listo! Pero has sabido dejarlos que se maten por ti, mientras huías...

—Eso, eso, Ravalli —exclamó Crane con calor—. Y ahora, por tu culpa, Shaker, hemos tenidos que salir de nuestros escondrijos más que aprisa, porque el

F. B. I.,

al buscarte, iba a dar con nosotros, que ya estamos fichados y nos

conoce la Policía. ¡Eso es lo que tú nos das a ganar!

—Pero vienes a pedirnos amparo cuando te ves perdido —concluyó Williard, con acento salvaje.

Los tres «gángsters» apenas podían contener sus deseos de acribillar a balazos y puñaladas a Shaker, que les miraba burlonamente, sonriendo cruelmente, mientras su mono, en el bolsillo de la trinchera, apretada la culata de su pistola.

—¡Basta, hombre, basta! —exclamó al fin, conciliadoramente, el «gángster». Uno no puede estar siempre durmiendo en colchón de pluma mientras la Policía le busca. Un mal paso lo da cualquiera. Vamos a ver... —Se pasó la mano izquierda por el mentón, dolorido de los golpes que le diera Bryden—. ¿Qué os parecería si os diera... diez mil a cada uno? Debe hacer años que no sabéis lo que son diez mil dólares juntos, ¿verdad?

Los tres pistoleros se miraron con asombro. Ravalli, refregándose las manos con fruición, sonrió melosamente.

—¿Diez mil, «mío caro»? —exclamó, abriendo mucho las ojos—. Realmente, como indemnización, ¿eh, Williard, Crane? ¿Y los tienes, los treinta mil, en el bolsillo, Shaker?

Williard y Crane se movieron en sus sillas inquietamente.

—Los tengo, pero también tengo esto —sacó Shaker repentinamente la pistola, poniéndose a jugar con ella—. Más no os los voy a dar como indemnización por daños y perjuicios, como dice ese imbécil de Ravalli. Tenéis que sudarlos, demostrando que sois hombres. Y si lo hacéis bien, yo formo un nuevo «gang» con vosotros, a cinco mil al mes y los beneficios. Tengo dinero y de donde sacarlo. Pero aquí hay diez balas para haceros bajar los humos, si pensáis que sois tres contra mí y que me vais a desvalijar como si fuese un pollo tonto. ¿Estamos?

—Condiciones —replicó secamente Williard—. Creo que hablas como los hombres, y eso me gusta.

—Habla ya —dijo Crane, mientras sonreía levemente, mirando de reojo al astuto Ravalli.

—Hay que ir a casa de mi hermano Johnny y sacarlo de allí, ponerlo en seguridad. Está en manos del

F. B. I.,

y ya sabéis lo que estará pasando el pobre. Son diez mil para cada uno, en un trabajo que nos llevará media hora.

—¡Ya decía yo...! —exclamó Ravalli, riendo con sarcasmo—. Lo que es tú dar algo a cambio de un trabajo fácil...

—Tu hermano, si está vigilado por el

F. B. I.,

es tan fácil de rescatar como pretender asaltar la Casa Blanca, con Truman dentro —rezongó Williard, encogiéndose de hombros desdeñosamente.

O como ir a secuestrar al director del mismo

F. B. I.

—murmuró Crane—. No creíamos que tuvieses ganas de broma, Shaker. ¿Por qué no vas tú y te ahorras los treinta mil? Eres listo, valiente, te gusta matar por matar...

—Porque yo solo no puedo hacerlo. Porque me conocen demasiado, empezando por el portero. Me sobran arrestos para dar el golpe, pero fracasaría. Vosotros podéis fingiros agentes, del

F. B. I.,

y aunque haya algo de jaleo, sois tres y sabéis meteros en faena, si queréis. Yo iría con vosotros hasta donde pueda, sin comprometeros. Es un golpe como mucho de los que ya habéis dado por mucho menos de diez... y de cinco mil.

Los tres hombres se consultaron con la mirada. Ravalli sonrió Picarescamente, cuando dijo, como respuesta de los otros dos:

—Quisiéramos saber si realmente llevas el dinero encima, Shaker. Nada de cheques, ¿eh? Ni promesas...

Shaker sacó, siempre con la mano izquierda, de un bolsillo de la americana, un grueso fajo de billetes grandes, de 500 dólares. Lo mostró a cada uno de los malhechores, que fijaron en él sus ojos ambiciosos.

—Tengo esa cantidad, y más —afirmó el «boss», sonriendo con suficiencia—. Qué, ¿os decidís? Todo lo daré con tal de que Johnny sea salvado del

F. B. I.

Ya sabéis lo que significa pira mí mi hermano... —Dos lágrimas asomaron a sus hinchados ojos, amoratados por los golpes de Bryden—. Sed buenos camaradas... Yo os recompensaré después, haciéndoos mis socios. Mi negocio marcha estupendamente. ¡Ayudadme, camaradas!

Los rostros de los tres pistoleros no expresaban sino codicia.

Hablan visto que Shaker llevaba encima una fortuna y la consideraba perdida, por lo mismo que consideraba a Shaker perdido al estar perseguido por el

F. B. I.,

y no pensaban que tal fortuna fuese hallada en el cadáver de aquel hombre a quién no daban de vida sino lo que restaba de noche, a lo sumo.

Ravalli —como siempre, tomó la palabra con tono suave, amistoso:

—Déjanos pensar tu proposición, Shaker. Vamos a aquella esquina, tú, Williard y tú, Crane.

Los tres hombres, bajo la vigilante mirada de Shaker, que tenía la pistola en la mano, sonriendo ahora maliciosamente, formaron un grupo ante la ventana, muy juntas las cabezas y mirando de reojo al «boss». Williard metió disimuladamente la mano en el bolsillo de la derecha de la trinchera, imitándole Crane. Ravalli sacó de nuevo de la manga izquierda de su americana el estilete.

—Podemos con él... —susurró el italoamericano—. ¿Conformes? Los tres a una y...

—Eso, eso —murmuró Crane, volviendo un poco la cabeza para mirar a Shaker, que parecía estar sumido en sus pensamientos, baja la cabeza.

—A él... ahora mismo —susurró Williard.

Cuando los tres pistoleros, alterados sus rostros por la decisión de asesinar a Shaker, se volvieron hacia el «boss», esgrimiendo sus armas, éste estaba en pie, medio resguardado tras un armario y disparaba con la rapidez del rayo sobre los pistoleros, que creyeron poder sorprender al terrible «gángster».

Ravalli cayó al suelo cuando ya su estilete se hincaba, vibrando, en el mueble, a la altura del pecho de Shaker. Williard pudo disparar una sola vez y saltar de costado, evitando un balazo, pero no pudo escapar al segundo de Shaker. Ni Crane, que cayó de bruces lanzando aullidos de dolor y rabia. Los dos pistoleros intentaron levantar sus armas de nuevo, heridos de muerte, para acabar con el «boss»; pero éste, incólume, disparó de nuevo, mientras reía a carcajadas gritando jubilosamente:

—¡Venid por el dinero, marranos! ¡Lo tengo encima! ¡Conque soy un bestia sin inteligencia! ¡Tomad plomo en lugar de dinero,

traidores!

Ravalli, Williard y Crane estaban muertos cuando Shaker disparó aún sobre ellos, perforando sus cabezas a balazos, mientras reía hasta saltársele las lágrimas. Se acercó y los pisoteó con rabia ciega, rugiendo de rabia.

El alarido de sirenas de Policía le hizo quedar inmóvil, muy abiertos los ojos, espantados por el terror. Pensó que el ruido de los disparos atrajo la atención de sus perseguidores y que su vida, de nuevo, corría inmenso peligro:

El reloj de péndulo del comedor, fijo en la pared, dio las cuatro de la madrugada. Shaker lo miró estúpidamente, mientras escuchaba las sirenas de los coches y motocicletas, que parecían acercarse.

Cogió de los bolsillos de Williard y Crane varios cargadores para pistola, que coincidían con el calibre de la cuya. Se metió en la cintura, asimismo, el estilete de Ravalli, y después, a grandes zancadas, salió del despacho, después del recibidor, y bajó las escaleras rápidamente, apagando las luces al paso. Abrió la puerta de la calle y asomó la cabeza.

Un hombre, de alta estatura, avanzaba rápidamente hacia la casa. Shaker gruñó como fiera a quién se hostiga. Había reconocido a aquel hombre que durante toda la noche era su pesadilla, su mortal amenaza. Se maldijo por no haberlo matado un rato antes, cuando lo tumbó de un puñetazo y lo tuvo a su disposición. Bien es verdad que no lo hizo por miedo, por creer que Bryden no quedaría «K. O.», y se levantaría acto seguido, más tremendo cada vez, para matarlo a puñetazos.

Ahora estaba de nuevo allí, como si tuviese un especial sentido de la orientación para seguirlo dondequiera que fuese.

Cerró suavemente la puerta y, rígido tras ella, pistola en mano, esperó.

Los pasos de Bryden, el astuto agente especial del F. B. I.,

sonaron ligeramente sobre la acera de cemento. Se detuvieron ante la puerta y Shaker le oyó respirar un poco agudamente. Oyó después la presión que el agente hizo sobre la puerta al empujarla suave, pero firmemente.

Shaker sentía su frente inundada de frío sudor y una gran

impresión de agobio, de desfallecimiento y deseos de renunciar a la lucha. Estaba allí un hombre superior a él, en todos conceptos, y era inútil tratar de derrotarlo. Solamente el adorado hermano, Johnny, que le estaba esperando, que únicamente le tenía a él, podía reanimar sus fuerzas y prestarle energías para seguir batallando y tratar de vencer.

Otro hombre llegó ante la puerta y habló en voz baja con Bryden. Shaker escuchó ansiosamente.

—... en esta casa vive ese Ravalli —decía Bryden al otro agente—. No es imposible que Shaker esté aquí escondido, aunque no lo creo.

—Hace un rato oí ruido de disparos, y me pareció que salía de aquí. Estaba ya en la esquina —contestó el otro agente.

—Perdí de vista a Shaker a poca distancia de aquí —murmuró Bryden—. De todas formas, no creo que nuestro hombre esté en esta casa. Sabrá que nosotros conocemos dónde vive Ravalli y no le creo tan tonto que venga a meterse en la boca del lobo. No sé por qué dicen que Shaker no es inteligente. Bien nos ha burlado esta noche...

El «gángster» hubiera abierto de buena gana la puerta para salir y abrazar a Bryden. El que el astuto agente especial alabase su inteligencia y astucia, le proporcionó una inmensa alegría y orgullo. Arriba estaban tres hombres muertos, ninguno de ellos tonto, especialmente Ravalli, y, sin embargo, fueron menos inteligentes que él.

—Sigamos la búsqueda por otra parte —dijo Bryden después de una pausa, en la que Shaker creyó oír cómo encendían unos cigarrillos.

Se alejaban los pasos de los agentes especiales, y Shaker respiró hondamente, desvaneciéndosele la angustia que le paralizaba el corazón. «Tampoco era muy inteligente el tal Bryden —pensó— al marcharse sin registrar una casa donde era muy posible que su perseguido estuviese oculto». Y donde, según informó el otro agente, se oyeron ruidos de disparos poco antes. Definitivamente, y esto sí que era cómico, los listos eran tontos, y los tenidos por poco inteligentes demostraban no serlo, sino muy al revés.

Estaba impaciente por salir de allí y acometer él sólo la empresa de liberar a su hermano Johnny del

F. B. I.

Estaba visto que, unos por miedo, por codicia otros, por conveniencia o egoísmo aquéllos, nadie osaba ejecutar aquel golpe de audacia. Solamente sería capaz de ello él, el hermano fuerte e inteligente, audaz y duro, llevado por el inmenso cariño, el único que sentía por ser humano alguno.

Abrió la puerta quedamente y asomó un poco la cabeza para avizorar la calle. Las luces de dos reverberos, a cierta distancia de la casa, no denunciaron la presencia de ninguna persona en la calle, por aquel trozo.

Con la pistola en la mano, volviendo la cabeza continuamente, dispuesto a emprender vertiginosa carrera al menor atisbo de alarma, se lanzó calle abajo, muy pegado a las fachadas de las casas. Todo era silencio y paz alrededor. Lejos sonaban los silbidos de unas locomotoras y el fragor de los trenes de ganado en marcha.

Al llegar a la esquina de la calle con Odgen Avenue, hacia Cícero, se metió más que aprisa en el hueco o quicio de un portal, apretándose contra la puerta, muy alta la cabeza, mientras sacaba de la cintura el estilete de Ravalli.

Un hombre de alta estatura, Bryden, según pensó, había salido súbitamente del quicio de un portal, y le seguía con pasos ostentosamente sonoros, como si diese por seguro que no se le escaparía. Le estaba oyendo avanzar, tan osado, al maldito agente especial...

Llegó ante Shaker. Era Bryden, con su estatura colosal, sus anchos hombros. No sabía apenas cómo era su rostro, pues siempre lo vio en la oscuridad. Todo afeitado, desde luego. Ahora sí lo veía bien, pero solamente un segundo.

Se le fue encima como un alud esgrimiendo el estilete, mientras rugía bestialmente de rabia y gozo, porque esta vez no iba a fallar el golpe. El otro hombre, al verle, dio un paso atrás, como si quisiera correr o evadir la agresión.

—¡No, amigo! —gritó Shaker, ebrio de furor—. ¡Esta vez no escapas!

Le dio un empujón formidable, al que el agente replicó con un directo al rostro del «boss», que éste recibió impasible. Y cayó sobre el cuerpo, tendido en tierra, de Bryden. Bajó el brazo armado de Shaker y apuñaló ciegamente, riendo de gozo, el pecho, la garganta,

el rostro, del caído. Se levantó, rugiendo como una bestia, y lo pateó hasta que su razón oscurecida fue volviendo. Lo contempló casi con asombro, pasándose una mano por la cara desfigurada, jadeando de ira y cansancio.

Se inclinó y registró el cadáver, buscando la insignia y documentación del

F. B. I.,

de Bryden, que le servirían para presentarse él cuando fuese en busca de su hermano como un agente.

No halló la insignia. En la cartera halló un carnet con un retrato. Era el del muerto. Miró el retrato y el rostro del cadáver. Iguales.

El muerto no era Bryden, el agente especial. Era un empleado de un Banco local, sencillamente.

Y Shaker, lívido de horror, sintiendo un intenso frío en el corazón, lo dejó tendido en la acera, boca arriba, con los brazos en cruz, como si pidiese a Dios justicia por aquella terrible equivocación.

La juventud prefiere las dinámicas novelas de

Selecciones NEVADA

¡AVENTURAS!

¡ACCION!

¡INTRIGA!

IX



ORRÍA ahora hacia la casa donde vivía Johnny. Y volvía la cabeza a cada momento, aterrado, creyendo que aquel cadáver de hombre inocente, inmolado por él, podría levantarse y perseguirlo implacablemente, con más tesón aún que lo estaba haciendo Bryden, el astuto, para matarlo de terror.

Porque en un bolsillo de la trinchera del muerto había hallado una receta médica en la que se pedía un balón de oxígeno. Aquel pobre Smith, el oscuro empleado del Banco de Illinois, en Chicago, había salido a aquellas horas de la madrugada de su casa para correr en busca de aquel recipiente de aire, porque alguien allegado a él se estaba ahogando. Quizá su esposa, un hijo, su madre... Y Smith, por tener una estatura casi igual a la de Bryden, por llevar trinchera y sombrero flexible de ala bajada y caminar muy aprisa, con esa prisa febril, comprensible al desear llevar la vida a quién moría asfixiado, había encontrado una muerte estúpida a manos de un hombre aterrorizado, pero loco de rabia y desesperación, que

todo lo hacía a la desesperada desde muchas horas antes. Y Shaker pensaba que no solamente era responsable de la muerte de aquel desdichado Smith, sino de otra persona que estaba esperando, casi agonizando, el oxígeno vivificador para sus pulmones, que estaban dejando de funcionar.

Corría con nuevas energías por la desierta Odgen Avenue, de elevados edificios, muy alumbrada por los focos de blanca, deslumbradora luz. No estaba ahora contento por aquella muerte última. El mataba luchando y gozaba con ello, pero aquella lucha con Smith, el oscuro y desdichado Smith, que creyó habérselas, quizá, con un no menos oscuro atracador, no la consideraba como una gloriosa lucha. Su conciencia clamaba, causándole indecible asombro, contra aquel hecho repugnante, contra su inteligencia clarividente, tal creía era, que le había engañado.

Antes de llegar a Cícero, el distrito maldito, por morar en él el vicio y el hampa, hubo de refrenar su carrera y buscar el sombrío amparo de portales y huecos de tiendas. Se veían sombras que iban y venían, vigilantes; coches parados, y junto a ellos, grupos de agentes de la Policía. Sobre el techo de uno de ellos, el aro metálico, que giraba lentamente, como buscando la onda del terror y la fiereza del acosado «boss», para denunciarle e impartir órdenes seguidamente a cientos de coches de las patrullas volantes y miles de agentes para que lo matasen como a una alimaña feroz.

Escondido en el quicio de un portal, observaba jadeante, exhausto, aquella demostración de fuerza contra la que estaba luchando desde casi media tarde del día anterior sin un minuto de reposo. Vio cómo llegaban nuevos coches, que partían seguidamente a toda velocidad, recibidas las órdenes de los que estaban dentro del coche con el aro metálico en el techo. Vio cómo grupos de agentes se dispersaban por las aceras procurando ir muy arrimados a las fachadas de los edificios, o quedaban ocultos en los quicios de los portales, esperándole...

Inclinado, pegado a la fachada de las casas, brincando de un portal a otro, con la pistola en la mano, se alejó lentamente de allí. Odgen Avenue estaba tomada por el

F. B. I.,

y la Metropolitana. Quizá le estaban viendo desde ocultos escondrijos por dónde iba, para señalar su presencia, y un círculo de

muerto se estaba creando a su alrededor.

Dió la vuelta rápidamente a la esquina de la avenida con 26Th Street.

Igualmente desierta, al parecer, la examinó desconfiadamente. A lo lejos, luces de faros potentes de coches, que corrían velozmente. En las amplias aceras, nadie... Quizá, como en la avenida que acababa de dejar a la vuelta de la esquina, muchos agentes le esperaban. Estaba muy cerca de Cícero y de ahí aquellas precauciones de la Policía.

Avanzó pisando en puntillas, sus ojos mirando constantemente de un lado a otro, con los nervios destrozados por aquella excitación que le volvía loco. Esperaba ver saltar a la acera, en cualquier momento, a los agentes del

F. B. I.,

cortándole el paso o ametrallándole sin más aviso que su misma presencia.

Llegó hasta el cruce con Cícero Avenue y retrocedió a toda prisa, buscando espantadamente un sitio donde esconderse. Lo hizo en el quicio de un portal amplio, que tenía dos grandes columnas a cada lado. Tras una de ellas se guareció, tembloroso de ansiedad y terror.

Media docena de agentes de la Metropolitana avanzaban desplegados por las dos aceras y la calzada, apercibidas las armas automáticas, registrando los portales cerrados y las tiendas, mientras pasaban lentamente.

Uno de ellos se acercó al portal de las dos gruesas columnas y asomó la cabeza, para mirar por detrás de una de ellas, apuntando con su rifle automático de grueso calibre. Lo hizo en aquélla donde no estaba Shaker. Y el agente salvó así su vida, porque el «boss» sonreía cruelmente ya al pensar en que iba a meter una bala del «45», blindada, en la cabeza de aquel servidor del bien común si se decidía a registrar detrás de la columna donde se ocultaba él.

No lo hizo el agente uniformado. Bajó el escalón de mármol y se unió a sus camaradas, desplegados a todo lo ancho de la calle. Aquellos hombres también estarían derrengados de hacer aquello durante muchas horas de batidas y reconocimientos, y ahora procedían más a la ligera. Shaker tenía que agradecerles aquella lenidad.

Salíó del portal cuando estaban lejos los agentes. Tras aquella

cortina de vigilancia no divisó más agentes. Y se lanzó a la carrera por la avenida adelante, hacia el Sur, siempre pegado a las fachadas de las casas.

Por el lado de Cícero y Berwyn, al sur del primero, sonaban las sirenas insistentemente. Shaker apretó en su correr desesperado, siempre hacia el Sur, huyendo de aquellas sirenas y súbitas luces de faros de coches policiacos, que parecían buscarle con su cegadora fuerza lumínica.

Llegó, casi sin respiración, al puente de acero que cruzaba el canal Michigan Illinois, En la esquina, un agente de la Metropolitana hacía guardia, con la ametralladora ligera bajo el sobaco. Iba y venía, como un centinela, a la entrada del puente. Estaba, pues, tomada la entrada.

Shaker, como asombrado, pensaba, pensaba... Y su sonrisa cruel, feroz, se fue acentuando conforme avanzaba pegado al bajo muro, sin ser visto por el agente de uniforme, que iba y venía dando grandes zancadas. Le dejó ir y venir dos veces, estudiando el recorrido del hombre. Lo hacía de un extremo al otro de la calzada de entrada del puente. Al llegar a la esquina, daba la vuelta y regresaba, hasta la otra punta del bajo antepecho que daba al canal Y Shaker, visto esto, le esperó, acurrucado, justamente en el poyo donde comenzaba la muralla.

El agente llegó exactamente, cual centinela que tuviera el recorrido bien marcado, ante un edificio o cuartel militar, se paró un segundo y dio la vuelta, avanzando la pierna derecha...

Shaker saltó como un gato al acecho, a espaldas del agente. Se incorporó silenciosamente, y su mano, armada con el estilete de Ravalli, bajó con fuerza de titán, hundiendo el arma en el cuello, por detrás del hombre de la Metropolitana. Cayó al suelo el centinela, y Shaker, riendo quedamente, salió disparado puente adelante, en una mano la pistola y en la otra el estilete.

En el otro extremo no había nadie vigilando. Shaker, desconfiado, se acercó pausadamente. Casi se sentía defraudado, porque había contado con que tendría que matar a dos agentes: al que acababa de dejar tendido allá y al que suponía vigilando al otro lado del puente.

Siguió el malecón, hacia el Oeste. Estaba peor alumbrado que la avenida y había barracones que prestaban cierta penumbra, por

entre la que se fue deslizándose sigilosamente.

Dejó los muelles y el malecón para entrar en Pershing Road, recorriéndolo en el espacio que mediaba entre dos manzanas. Estaba desierta la calle y no observó vigilancia. Cícero había quedado atrás, al Noroeste, con la Policía dando batidas y sembrando el terror.

Vio a lo lejos los focos que iluminaban fantásticamente la floresta y los jardinillos de McKinley Park. Si lograba llegar hasta allí, solamente unos pasos le separarían de su casa, donde estaba Johnny. ¿Qué sería de Johnny? ¿Lo habrían matado los del

F. B. I.,

el astuto Bryden, aplicándole el tercer grado en el interrogatorio? Johnny vivía a fuerza de cuidados, como una planta delicadísima en una estufa. Un trato rudo no lo soportaría el pobre y querido Johnny, que siempre le insto a que siguiese una vida muy contraria a la que él llevaba.

Casi no tenía fuerzas para correr, porque llevaba haciéndolo muchas horas huyendo de la Policía, de Bryden, e incluso de las aterradoras sombras de aquéllos a quienes privó de la vida, directamente o por medio de delaciones. Sin embargo, corría a largas zancadas, jadeando, atento su oído y su vista a cualquier contingencia que pudiera suponer la muerte.

Varios motoristas, a toda velocidad, pasaron por la avenida, no distinguiéndole. Él se escondió, y cuando pasaron, siguió su camino. Temía más a los agentes escondidos en los quicios de los portales, que podían salirle al paso inopinadamente, ametrallándole en pocos segundos.

Llegó, al fin, a pocas yardas de la casa donde vivía. Vio un coche negro parado cerca del portal. Y, escondido en el quicio de un portal, frente al edificio, pensó qué haría allí aquel coche y de quién sería. Indudablemente de la Policía. Guardaban a Johnny los del

F. B. I.

Y de ser así, ¿qué podría hacer él por liberarle y llevárselo? Antes de que subiese al piso noveno caería bajo las balas de los agentes.

Desesperado, se sentó en el escalón, con el codo derecho sobre la rodilla y la cabeza descansando en la abierta mano. No había qué hacer...

Miró a las ventanas correspondientes al piso suyo. Estaban a

oscuras, como el resto del edificio. ¿Qué hacer para ir en busca de Johnny? ¿Cómo sacarlo de aquello que parecía una cárcel y de carceleros, los temibles agentes especiales del

F. B. I.?

Casi media hora estuvo en aquella triste posición, meditando arduamente sobre aquel problema, al que no encontraba sino una solución, que apenas si lo era. Ir a la desesperada por su adorado hermano. Entrar en la casa y a sangre y fuego, derrochando valor suicida, subir y rescatarlo, aunque fuese dejando nuevos cadáveres tras sí. Esto no le importaba, si salía con bien de la aventura, Tenía todavía arrestos para ello y sed de sangre para matar a quién se le pusiera delante.

Se levantó casi de un salto, mirando con ansiedad al portal de su casa, que se había abierto. De él salieron tres hombres, que, después de charlar unos segundos en la acera, cerca del negro coche, subieron a él. Oyó el ruido del motor al ser puesto en marcha y poco después partió, perdiéndose de vista en la lejanía, bajo la potente luz de las farolas.

Shaker conoció que eran agentes de paisano. Seguramente del F. B. I.

Eran jóvenes, fuertes, de aires decididos. Y se habían marchado... Partieron en el coche negro, según acababa de ver.

Se pasó por la frente sudorosa, de angustia y preocupación, la mano temblorosa. Una alegría incontenible le estaba acometiendo y trataba de refrenarla, temeroso de sufrir después un enorme desengaño. ¿Sería posible que hubiesen dejado solo a Johnny? ¿Qué renunciasen a molestarle más? Realmente, la Policía no podía, legalmente, extorsionar a Johnny, ajeno por completo a las actividades de su hermano. Quizá le hubiesen interrogado, pero si él todo lo ignoraba, como así era realmente, los agentes habrían desistido de su intento y seguramente le dejaron en paz.

Esta idea consoladora se le iba metiendo en la mente como una cuña, sin poder encontrar, y tampoco lo deseaba, la reflexión de que aquello parecía demasiado bueno y fácil, para ser cierto. Toda la noche había estado pensando lo contrario: Johnny, estrechamente vigilado, como un rehén, o un cebo para hacer ir a su lado a él, Shaker, y capturarlo vivo o muerto. Ahora pensaba que fue excesivamente, pesimista y temeroso. Tal vez, muchas horas antes

pudo haber rescatado a Johnny y huido lejos de allí.

Apretó ferozmente las mandíbulas, lanzó un hondo suspiro, y sacando la pistola automática del bolsillo, la examinó. Tenía el cargador completo. Metió una bala en la recámara y con paso firme, decidido, cruzó la ancha avenida, alta la cabeza, como si todos sus enemigos hubiesen huido y estuviese ya en absoluta libertad de acción.

Sacó de un bolsillo el llavín del portal y, quedamente, abrió la puerta lo suficiente para escurrirse adentro. Entornó la hoja, en lugar de cerrar con llave de nuevo. El portal estaba a oscuras. A aquella hora, generalmente, el vigilante nocturno dormía tranquilamente en su cabina. Todos los vecinos sabían que a la entrada, a mano izquierda, estaba el conmutador de la luz, que duraba tres minutos en acción, iluminando el portal y la entrada al ascensor. Esto lo había hecho muchas veces Shaker, pero, ahora, aquella oscuridad le hacía temblar incontinentemente. Y el silencio que reinaba allí... Parecíale que estaban observándole desde aquella misma oscuridad seres nictálopes, que seguían sus movimientos atentamente, mientras le apuntaban con sus pistolas y «Thompson».

Temblaba de angustia, de horripilante temor, sin sentirse acobardado. Si la luz se encendiese y viera a los agentes del

F. B. I.,

al mismo Bryden, daría un grito de alegría y se lanzaría al combate con fiereza nunca igualada. Pero aquel silencio, aquella oscuridad en el largo portal frío, de mármol, como una inmensa tumba...; y sentirse observado, espiado, apuntado por varias armas, sin poder saber de dónde vendría la terrible agresión...

No quiso encender la luz. Temió que si lo hacía, ellos se lo agradecerían, e instantáneamente lo acribillarían a balazos. Y respirando ahogadamente, pisando quedamente, como si a sus pies hubiese un ignorado abismo, pero presintiéndolo, avanzó muy abiertos los hinchados ojos, atento el oído, queriendo percibir la respiración de los que le estaban acechando. De los que creía le estaban acechando.

Pero, realmente, ¿era esto así? ¿No había visto salir a los tres agentes del

F. B. I.,

y marcharse en el coche negro? ¿Es que, acaso, guardaban al pobre

Johnny un centenar de agentes, y de ellos solamente tres se habían marchado? ¿Es que si le estaban esperando no hubieran saltado ya sobre él, al abrir la puerta? ¿Ahora mismo? ¿Por qué dejarse aterrorizar ante un peligro inexistente, como estaba sucediendo?

Todo era producido por la oscuridad, por el silencio de cripta o panteón funerario. Por el temor inconcebible de que, al estar tan cerca del adorado hermano, todo se viniese abajo, y con ello surgiese la muerte.

Tropezó con un escalón y lanzó una sorda maldición. Olvidaba que había tres. Pero aquello le tranquilizó, porque produjo ruido al dar el traspies y nadie había acudido. Ni siquiera el portero nocturno, que estaría durmiendo en su cabina.

Subió los tres escalones más decidido, sonriendo y mofándose de sí mismo. Era valiente hasta parecer suicida, pero había tenido miedo, miedo como los niños que se ven solos en la oscuridad.

Fue lentamente hacia el fondo del portal, transpuesta ya la puerta interior, buscando el arranque de la escalera. No iba a subir, en el ascensor, porque ello significaría producir ruido y que acudiese seguramente el portero de noche. Y como se sabía de memoria el camino, con la mano izquierda rozando la pared, para guiarse, llegó al primer escalón. Nueve pisos hasta llegar al suyo. Pero se sentía gozoso porque se acercaba a su hermano, a Johnny.

Se detuvo cuando iba a girar, siguiendo el pasamanos de la escalera, para subir el segundo tramo. Había oído algo extraño... Como el susurro de unas palabras pronunciadas en voz muy baja. No sabía si arriba, en el piso superior, o abajo, en el portal. En aquel impresionante silencio, había como cierto eco en la escalera que aumentaba los ruidos, por pequeños que fuesen.

Sacó la pistola, anhelante, escuchando atentamente. Estuvo así, inmóvil, sin atreverse apenas a respirar, un par de minutos. Oía solamente los latidos de su corazón, que golpeaba aceleradamente su pecho, y la sangre, que corría por su cerebro, martilleándose.

Arrimado a la pared, comenzó a subir de nuevo, más tranquilizado, porque no oyó nuevos ruidos. Quizá fue que, en alguno de los cuartos, un vecino andaba por las habitaciones.

Después, todo fue asombroso para él y creyó que el edificio entero se desplomaba sobre su cabeza cuando las luces todas de la escalera y del portal se encendieron al mismo tiempo,

deslumbrándolo, y oyó varias voces que gritaban, mientras se sentían precipitadas pisadas arriba y abajo:

—¡A él! ¡Ya no puede escapar!

—¡Levante las manos, Shaker, y tire la pistola al suelo!

—¡Es inútil que haga resistencia! ¡Levante las manos o disparamos!

Shaker, espantado, miraba arriba, al primer piso, donde dos agentes de paisano le estaban apuntando con ametralladoras ligeras, dominándole plenamente. Abajo, al comienzo de la escalera, había otros dos, guarecidos tras la columna de arranque, apuntándole con pistolas. El sereno de noche, aterrado, parecía mirarle compasivamente. Había recibido de Shaker muchas propinas, y realmente, era un hombre bondadoso, que cuidó de Johnny cuando su hermano estaba por las noches fuera de casa.

Estaba total y absolutamente perdido. No había esperanza, y el infierno aparecía ante él, aterrador, en forma de muerte producida por innumerables balas, o en la silla eléctrica, si obedecía las órdenes que le daban. Arriba estaba Johnny, muy cerca de él, esperándole. Tan cerca, y sin poder llegar a su lado. Su corazón, ahora, apenas si latía, desfallecido por la terrible desilusión sufrida. No había sido inteligente esta vez, no. Debió prever que le estaban esperando, que iban a utilizar a Johnny, el adorado hermano, como cebo para que él acudiese, como acudió. Ahora, ¿qué?

Shaker no era de los hombres que se entregan cuando se tiene un arma en la mano. Pudo haber huido alguna vez, si comprendió que llevaba las de perder en una lucha. Pero siempre que se vio acorralado, forzado a luchar o morir, prefirió morir luchando. Tenía una tremenda vitalidad, y siempre despierta la sed de sangre, de matar peleando. Su oficio de «gángster» no requería tanto la inteligencia como la fiereza y la falta absoluta de escrúpulos para lograr los fines propuestos. Era un criminal nato y como tal obraba siempre con más, un espantable apasionamiento por asesinar, aunque no hiciese falta.

Así, en lo que menos pensó, pese a su desesperada situación, fue en entregarse. Tenía su pistola, con diez o doce cargadores en los bolsillos, y el estilete de Ravalli, arma peligrosa en sus manos.

—¡Levante las manos, Shaker! —le gritaban desde arriba con impaciencia, mientras se veía encañonado por aquellas terribles

«Thompson»—. ¡Tire la pistola o le convertimos en una espumadera! ¡Vamos...!

—¡No sea burro y entréguese! —le gritaron desde abajo.

Y uno de los agentes, al verle tan indeciso, conociéndole mal, comenzó a subir la escalera con cierta despreocupación.

Lanzó Shaker una carcajada de demente y se arrojó al suelo, junto al rincón de la escalera, con la velocidad del rayo. Se oyó un ruido espantoso, de crepitación de las ametralladoras, que resonaron con ecos centuplicados en el hueco de la escalera, y las balas rebotaron sobre el mármol, levantando esquirlas, que a su vez silbaron lúgubremente al esparcirse.

La escalera no tenía barandilla de barrotes. Era de material, como un bajo muro, y, por tanto, Shaker halló con ello una ventaja apreciable para defenderse. Las balas que le disparasen fuera de ángulo chocarían contra el parapeto aquel de cemento o ladrillo, adornado con escayola en ornamentaciones.

Disparó, a su vez, contra los de las ametralladoras, que estaban arriba, guarecidos tras el parapeto, apuntando con sus armas. Embutido en el rincón esquinado de la vuelta de los tramos, nada podían hacerle, porque estaba fuera del campo visual de ellos. Tenían que bajar, si se atrevían...

Los del arranque de la escalera habrían de subir, si deseaban disparar sobre él. Dominaba de momento, aquel recodo, que le hacía invisible, aunque él tampoco podía hostigar a unos u otros. Una situación desesperada, más para él, que para los agentes. Seguía acorralado, sin esperanza de poder moverse de allí, si es que no le echaban. Para hacerlo bastaba con arrojarle unas granadas de gases lacrimógenos, que le privarían de la vista.

Lanzó un rugido de rabia Shaker al pensar en todo esto. Podía y debía luchar, como siempre hizo. Todo menos quedar inerte a disposición de quienes querían llevarlo a la silla mortal. Si conseguía matar a alguno, esa alegría tendría.

Era tiempo de que saliese de su marasmo, porque los agentes de arriba habían comprendido, a su vez, que subiendo al rellano superior podían dominar el sitio donde se escondía Shaker y ametrallarlo.

Con sus gigantescas piernas, de tres brincos subió el tramo completo, poseído de un furor demoníaco. Iba a emprender una

carrera hacia el último piso, perseguido por los agentes de abajo; pero empujando, a su vez, a los que estaban en un plano superior a él. Una carrera hacia la muerte; pero la muerte igual estaba allí que entregándose.

Los dos agentes del primer piso, al verle subir como impulsado por alas, dispararon precipitadamente, indudablemente sobrecogidos al ver avanzar aquella furia desencadenada, de gigantesca estatura, con el rostro desfigurado por los golpes, sangrante, la trinchera destrozada, manchada de barro y sangre, y con la pistola en la mano. Y subieron a su vez, pretendiendo buscar mejor sitio para barrerlo a balazos, poniendo para ello más distancia intermedia.

Los agentes de abajo, chillando, disparando a ciegas, fuera Shaker de su punto de mira, subieron velozmente los escalones, deseando acortar la distancia entre ellos y el «gángster».

Shaker, con nuevos ímpetus, saltaba como un gato, dejando atrás escalones y tramos, sin dejar a los agentes que le precedían tiempo para revolverse y afirmar sus armas en posición de tiro. Y acortaba la distancia que mediaba entre él y ellos, porque sus piernas enormes subían de tres en tres los escalones.

—¡Deténgase, Shaker, o disparamos! —gritaron desde abajo con voz en la que translucía la angustia, porque veían que los agentes del piso superior iban a ser alcanzados por aquel alud, que rugía de rabia, disparando su pistola vertiginosamente.

Tan sólo un tramo, ya en el piso segundo, le separaba a Shaker de los agentes de las «Thompson». El «boss» oyó que, al mismo tiempo, los tambores de las «Thompson» hicieron aquel ruido peculiar que indicaba que los proyectiles se habían agotado y el percutor del arma golpeaba en el vacío. Los dos agentes estaban desarmados durante unos segundos, hasta sacar sus pistolas.

Se les fue encima, terrible, cuando ellos, nerviosamente, intentaban sacar sus pistolas de las fundas del pecho, a la izquierda, bajo las axilas. Les estorbaban las ametralladoras, las trincheras con el cinturón, su propio aforamiento al ver a aquel demonio sediento de sangre que se les iba encima, al parecer indemne, pese a que dispararon sobre él docenas de balas en contados segundos.

Uno de ellos sacó la pistola. Hizo hacia atrás el cañón del arma, para meter la bala en la recámara. Y Shaker disparó a cuatro pasos

de ellos, la mano sobre la cadera...

Dos gritos de agonía sonaron, ahogando las voces y los jaleos de los agentes que subían a toda prisa. Los dos hombres cayeron como fulminados, rodando escalera abajo con ruido sordo.

Atendió a los agentes de abajo Shaker, disparando sobre ellos, mientras subía de tres en tres los escalones. Reía desaforadamente, ebrio de alegría, inclinándose a veces sobre el parapeto para disparar sobre un bulto que se mostraba al descubierto.

—¡Johnny!... ¡Johnny, hermano! —gritó el «boss», sollozando de gozo y emoción—. ¡Abre. Johnny, que subo...!

X



UBÍA y subía Shaker incansable, los nuevos pisos del edificio, haciendo momentáneas paradas para disparar sobre sus seguidores, que igualmente se asomaban por encima del parapeto que hacía de barandilla para intentar meterle una bala en el cuerpo. Habían quedado muy atrás, porque el «gángster» estaba ya en el séptimo piso. Oía, dentro de los cuartos, a través de las puertas cerradas, gritos de espanto de hombres y mujeres; los aterrados vecinos que corrían por los pasillos o, curiosamente, miraban por el pequeño ventanillo.

—¡Johnny, abre! —aullaba Shaker, subiendo los escalones a enormes zancadas, jadeando como un monstruo o una locomotora cuesta arriba—. ¡Abre, hermano! ¡Abre, que soy Odgen!

Piso octavo. Shaker se ahogaba ya. Sus piernas no podían abrirse

lo suficiente para abarcar los tres escalones. Le pesaban como si fuesen de plomo. Llevaba toda la noche sin apenas estar quieto, en plena carrera, huyendo luchando, sufriendo su sistema nervioso espantosos choques emocionales. Ahora, aquella lucha en la escalera ponía como un remate a sus energías. Pero sintió cómo subían los otros, gritándole que se rindiese. Los vecinos gritaban igualmente, subiendo algunos hombres, en pijama, y armados, siguiendo a los agentes del

F. B. I.

—¡Johnny, abre, abre!... —gritó, angustiadamente Shaker cuando llegó al piso noveno y se apoyó sobre la puerta.

Registró febrilmente sus bolsillos. Abajo, por el sexto, subían los agentes.

No encontraba la llave, que siempre llevaba encima. Tal vez la perdió o la dejó dentro, en el piso, cuando huyó apresuradamente horas antes.

Subían los agentes y los vecinos gritando rabiosamente. Habían visto a los otros dos agentes muertos...

—¡Abre, Johnny, hermanito! ¡Abre, abre! —clamó Shaker, aporreando la puerta con terrible fuerza—. ¡Johnny, que suben! ¡Ábreme...!

Los perseguidores estaban ya en el piso séptimo. Una mujer chilló como si la apuñalasen. Unos niños reían nerviosamente, pidiendo a sus padres les dejasen presenciar aquel formidable espectáculo de ver matar a un «gángster» de verdad.

—¡Johnny, Johnny... abre! —Rugía roncamente Shaker.

Y comenzó a dar terribles puntapiés a la puerta, y fenomenales cargas, con todo su peso lanzado por el aire. Y Johnny no abría ni contestaba...

Los agentes estaban ya en el piso octavo. Un silencio ominoso se sucedió. Hablaban muy quedamente, como consultándose lo que debían hacer. Y replegados todos, los hombres de la ley y los vecinos, bajo el techo protector del piso, fuera del alcance de la pistola de Shaker.

No estaba Johnny en el piso...

Esta terrible reflexión llegó al cerebro del «boss», sacudiéndole de pies a cabeza. Otra vez había dejado de ser inteligente. Era natural que Johnny no estuviese allí. ¿Para qué? Los del

F. B. I.,

se lo habían llevado quién sabía dónde. Pero esperaban a Shaker, porque éste ignoraba si estaba o no. El efecto fue el mismo. Meterlo en la trampa mortal.

Ahora ¿qué? ¿Bajar, escapar, luchando de nuevo bestialmente, matando, para ganar la calle y huir, huir, ya sólo por salvar la vida? ¿Dónde estaría Johnny, el hermano adorado?

Fue hasta el pasillo, donde estaba la puertecilla de servicio que comunicaba con las azoteas del edificio. Antes logró escapar por allí...

¡Idiota! Estaba cerrada con llave. ¿Es que eran tan lerdos los del F. B. I.,

que iban a dejarla abierta, sabiendo que por allí huyó horas antes? Eran listos aquellos hombres. Más que él, mucho más que él. Y eran muchos para discurrir, y estaban avezados a todo aquello. Él era solo... y no tan inteligente como él pensara. Si hubiera sido alguna vez inteligente, no se hubiera dejado arrastrar al crimen, a la vergüenza, a la terrible profesión de asesinar a personas honradas, decentes, que vivían dentro de la ley.

—¡Shaker, entréguese! ¡Ya ve que está perdido! —le gritaron desde abajo—. ¡Tire la pistola y levante las manos! ¡Está usted solo, desdichado!

Reprimió un sollozo de infinita angustia.

¿Y Johnny? ¿Dónde estaba?

—¿Y mi hermano? —gritó roncamente, acurrucado ante la puerta cerrada.

—Nada malo le sucede, Shaker —le contestaron—. Nada hay contra él. Entréguese, Shaker, entréguese.

—¡Mentira! ¡Le han asesinado, porque a mí no me pueden vencer! ¡Canallas, asesinos de seres débiles! —rugió, mientras daba terribles patadas sobre el mármol del piso—. ¡Suban y verán lo que es un hombre! ¡Suban!

—Subiremos, Shaker, y le meteremos en el cuerpo veinte balas —le replicaron serenamente—. Pero ¡entréguese, si le queda un resto de conciencia!

Lanzó una risotada de demente y, pistola en ristre, se lanzó escaleras abajo, de cuatro en cuatro escalones cada vez, como un huracán.

Mujeres y hombres gritaron de terror al oírle reír y bajar. Un movimiento general de espantoso pánico sacudió a los vecinos, que se lanzaron escaleras abajo, rodando como pelotas, tal que si un terremoto amenazase derribar el edificio. Solamente los dos agentes del

F. B. I.,

quedaron esperándole.

Disparó Shaker antes de llegar al rellano, en el piso octavo. Dispararon también los agentes, iniciando un movimiento de huida hacia el piso inferior, pues estaban en manifiesta inferioridad con respecto al avasallador Shaker.

El segundo disparo del «boss» acertó, tumbando a uno de los agentes. Se llevó el agente una mano a una pierna, de la que caía ya un chorro de sangre. El otro agente acudió en su auxilio, tapándolo con su cuerpo, mientras disparaba sobre Shaker apresuradamente.

El «gángster» tuvo en su mano la vida de aquel hombre, que atendía más a defender a su herido compañero que a intentar luchar con él, y menos a capturarlo. Vio en los azules ojos del joven un brillo extraño de, si no miedo, porque un agente especial del

F. B. I.,

sabe bien que su vida debe ofrecerla sin regateos por la noble causa que defiende, sí cierto conmovedor dolor al pensar que iba a morir, a abandonar un mundo apenas entrevisto, lleno de ilusiones juveniles, de amor y toda la felicidad que es posible obtener de los tiempos modernos, llenos de ambiciones, luchas y desengaños.

Shaker vio todo aquello en aquellos ojos límpidos, de color azul claro. Creyó leer en ellos, en aquel rostro simpático, de facciones alegres y bonachonas, la muda súplica de que le dejase vivir, puesto que estaba entregado a amparar al desdichado compañero herido.

Se fue a él, dando un salto para que la pistola que empuñaba el agente no le apuntase, y de un manotazo se la apartó. Y con la izquierda, mientras le empujaba con el cuerpo vigorosamente, le propinó un golpe en el mentón que tiró rodando aparatosamente al joven.

Bajó las escaleras lanzando risotadas de burla hacia los agentes del

F. B. I.,

y hacia sí mismo, que por una vez había sentido compasión por un

enemigo que podía defenderse, y no lo mató. No comprendía bien por qué hizo aquello. Sintió algo extraño en su corazón, como el recuerdo del miedo que pasó, pocas horas antes, ante aquel Bryden, que le zurró a placer. Entonces, mientras creía que el agente especial iba a terminar con su vida, él sintió aquella ansiedad, aquel apego a la vida que había sentido el agente que dejara allá arriba, atendiendo a su camarada herido. Quizá un resto de conciencia, que aleteaba en lo más profundo de su corazón. Un poco de conmiseración.

Vio al portero de noche, el hombre amable y bondadoso, en la cabina, y se quedó mirando lo que hacía. Le daba la espalda. Estaba telefoneando y hablaba aguadamente, con un pánico espantoso:

—... vengan aprisa, aprisa... Sí, inspector Webb, sí. ¡Vengan a...!

Shaker, la pistola fija en la cadera, disparó contra él dos veces, sonriendo horriblemente. Y el portero, volviendo lentamente la cabeza, mientras se escurría hacia el suelo, arrancó el cable del teléfono en su caída. Un surtidor de sangre brotaba de su espalda, a la altura del corazón. Lanzó un débil gemido, contemplando con horror a Shaker, cerró los ojos y todo su cuerpo se estremeció, para quedar después inmóvil, apretando el auricular con mano engarabitada.

Emprendió la carrera avenida abajo, sin rumbo ya. No sabía adónde ir. Era como una fiera sin cubil donde guarecerse. No podía rescatar a Johnny, lo único que persiguió durante toda la noche, y, por tanto, tampoco tenía objetivo que cumplir si no era el de conservar la vida.

Vio un coche negro, que marchaba por la avenida velozmente. No se preocupó de esconderse. Nuevamente se creía más inteligente que los del

F. B. I.,

puesto que mató o hirió a tres pocos minutos antes, y perdonó la vida a otro. Sí le buscaban, los rechazaría casi con desdén, aunque no sería tan compasivo como antes. Sí pudiera echarse a la cara a Bryden.

Sintió pasos acelerados a sus espaldas. El coche habíase detenido y de él bajó un hombre alto, atlético. Ahora iba tras Shaker con paso recio, queriendo adelantarlos...

—¡Shaker! —le gritó aquel hombre con voz dura, viril, sonora. ¡Levante las manos y no se vuelva!

—¿Bryden? —gritó Shaker casi con alegría, corriendo a grandes zancadas—. ¡Venga, venga, amiguito!... —Se volvió rapidísimamente, sin dejar de correr, y disparó contra él dos veces seguidas.

Silbaron las balas como zumbido de abejorro. Pero Bryden se había tirado al suelo diestramente y se levantó después, persiguiendo al «gángster».

—¡Alto, Shaker, o disparo! —gritó el agente especial—. ¡Alto o disparo!

—¡Dispare, imbécil!... ¡Allá va eso! —Y Shaker se volvió de nuevo, apretando el gatillo otras dos veces.

Bryden saltó de costado. De nuevo salió indemne. Shaker lanzó un juramento. Había apuntado como siempre; es decir, con aquélla su puntería casi infalible. Pero Bryden conocía lo que era la lucha callejera a tiros, contra los «gángsters», y evitaba las balas. Ahora disparó él, a su vez. Un solo tiro...

Shaker lanzó un aullido de dolor y terrible rabia. Sintió el golpe y la quemazón, en la clavícula izquierda, al incrustarse en ella la bala del «45». Su hombro se desplomó y algo caliente y espeso comenzó a correrle.

—¡Entréguese, Shaker! ¡No sea loco! ¡Levante las manos! —le gritó Bryden, saltando como un gato para no ofrecer blanco a la temible puntería del «gángster».

Éste, sujetándose el colgante brazo con la mano derecha, emprendió loca carrera haciendo zigzags. Una espesa baba rosácea colgaba de sus labios, contraídos por un furor incontenible.

Tomó a toda velocidad la esquina del parque McKinley y se metió por los jardinillos y arbustos. Disparó desde allí contra Bryden tres veces y esperó los resultados.

Bryden dio un salto y quedó de rodillas en el suelo, erguido. No le había tocado ninguna bala. Shaker, muy abiertos los ojos, asombrado, pensó que aquel hombre maldito veía llegar las balas y las apartaba con la mano...

—¡Shaker, por última vez, entréguese! —le gritó el agente especial rudamente, tras el tronco de un grueso árbol ahora—. ¡Está usted herido! ¡Le mataré si resiste!

—¡M...! —rugió el «gángster».

Y descargó las balas que quedaban del cargador una tras otra, apuntando cuidadosamente al bulto tras el árbol.

Sus disparos se cruzaron con el que hizo Bryden. Uno solo.

Shaker lanzó un gemido ahogado, llevándose la mano derecha al pecho, en la parte inferior, casi en el estómago, debajo del corazón. Una nueva bala penetraba en su cuerpo, pese a estar oculto tras los matorrales y en la oscuridad.

Se levantó pesadamente y, reuniendo todas sus fuerzas, en un alarde de fortaleza física, se dio a la fuga, sin pretender ya seguir luchando. No podía con aquel hombre, ni luchando a brazo partido ni a balazos. Era un verdadero agente especial del

F. B. I.,

como otros «gángsters» le describieran con temor y respeto.

Corrió desesperadamente, derrochando las últimas energías. Todo su cuerpo estaba mojado, con la pegajosa y caliente sangre corriéndole a borbotones.

Otro disparo de Bryden. Sus gritos, intimándole a la rendición.

Cayó de bruces cuan largo era. Otra bala en la espalda, en la cintura...

Corrió, corrió, pese a todo. Eran sus últimas fuerzas, empleadas en la huida. Se le iba la vida a pasos agigantados, pero corría como jamás lo había hecho.

No oyó los pasos de Bryden tras él. Le había sacado gran delantera y quizá se podría zafar a su persecución horrenda.

Se metió en el quicio de un portal, ya en Garfield Boulevard. Metió un nuevo cargador en la pistola. Sonrió al pensar para qué lo hacía. No sería para matar a Bryden, del que huyó presa de infinito pánico.

Se sentó en el escalón. Miró al cielo, que se tornaba gris, y hacia la parte del lago Michigan, sonrosado. Un nuevo día comenzaba a alborear. Ruido de camiones le llegaban sordamente, al reanudarse el tráfico diurno.

Pensó en Johnny mientras contemplaba el charco que se iba formando a sus pies. Tenía color bermejo y aumentaba visiblemente de tamaño. Una extraña languidez le invadía. Como un pesado sueño. Y cada vez que respiraba, jadeando estertorosamente, sentía agudos pinchazos en el pecho.

¿Qué sería de Johnny? ¿Dónde estaría? Si pudiera verle antes, de morir...

Un transeúnte le estaba mirando fijamente, en la acera. Se le acercó y se inclinó hacia él, poniéndole una mano en un hombro.

—¡Está herido, hombre! —exclamó, compasivamente—. ¡Se va en sangre! ¡Vamos a que le curen! ¿Qué le ha pasado?

—¡Fuera! —rugió Shaker, apuntándole con la pistola mientras le lanzaba una aterradora mirada de rabia—. ¡Lárguese, le digo, o...!

El transeúnte, petrificado por el asombro y el terror, dio un paso atrás, tapándose el pecho con las manos; encogido todo el cuerpo. Y Shaker se levantó pecosamente, sin hacerle caso, y, recostándose sobre las fachadas de los edificios, se alejó lentamente, como un beodo. Un rastro de sangre iba quedando tras él.

Caminó varios cientos de yardas así, cada vez más lentamente. Cruzaba las calles encorvado, oprimiéndose el pecho, saliéndole de la garganta un creciente estertor. Babeaba sangre, que le caía por la destrozada trinchera, moviendo la cabeza, despeinada, como un péndulo.

Se detuvo ante un extraño edificio, con una puerta de estilo gótico, debajo de un pórtico soportado por dos columnas. «Chapel», rezaba un letrero en negras letras, sobre la puerta. Se subía al pórtico por una escalinata de cuatro escalones de piedra, y Shaker, después de contemplar con mirada turbia aquel edificio pequeño, clavó sus ojos en un hombre de alta estatura que estaba en la puerta, que acababa de abrir. Vestía de negro, como los pastores protestantes, y su rostro era sereno, severo; sus ojos, azules claros. No vio cómo Shaker intentaba subir afanosamente los escalones de piedra, mientras miraba a su alrededor con inquietud, quizá temiendo que los agentes del

F. B. I.,

todavía llegasen a tiempo de capturarlo.

Tropezando, casi arrastrándose, y dejando un reguero de sangre tras sí, llegó hasta la puerta. Apenas si podía tenerse en pie. Jadeaba fuertemente, lanzando débiles gemidos cada vez que su pecho enorme se distendía al respirar.

El pastor salió de nuevo al pórtico, pues había oído a Shaker quejarse y lanzar aquellos ronquidos escalofriantes, de hombre que agoniza. Se detuvo al ver al «gángster», quedando estupefactos

ambos, contemplándose largamente, Después, el pastor le tendió los brazos cuando Shaker caía de rodillas, sollozando.

—¡Dios bendito, Shaker! —exclamó el sacerdote, incorporándole fácilmente—. ¡Tanto tiempo esperándote y vienes al fin, pero en qué estado! Pasa, pasa, hijo... ¡Dios de bondad!

—¿Me... me cogerán ésos estando aquí? —murmuró roncamente Shaker, apoyándose en un hombro del pastor—. ¡Reverendo Irvine, quiero... quiero decirle que... que maté a su... su hermana, a Marion! Está en su... derecho a denunciarme, a matarme —con mano temblorosa sacó del bolsillo de la trinchera su pistola y se la tendió al reverendo Irvine, que, lívido, la cogió y la dejó sobre un banco.

Ayudó a sentarse, en medio del templo desierto, a Shaker, que, baja la cabeza, como un anciano, languidecía rápidamente.

—Ya lo sabía, hijo —dijo dulcemente el pastor—. ¡Cuántas cosas espantosas has hecho esta noche, Odgen! Pero, mira —señaló una gran cruz negra, sobre la pared del frente—, estás a tiempo todavía... Dios te ha traído hasta aquí, hijo mío.

Le desabrochó la trinchera, cubierta de sangre, rota, y después, la americana. Cayeron al suelo montones de billetes de Banco manchados de sangre. Le reconoció las heridas y lanzó un suspiro de desaliento.

—¿Y Johnny? ¿Sabe dónde está? —preguntó Shaker, levantando penosamente la cabeza, suplicante la mirada—. ¿Lo han asesinado ésos?

—No, hijo. Johnny está bien. Muy apenado por ti. Está en mi casa. El agente especial Bryden me lo confió. Johnny es bueno. Oye, Odgen, Odgen...

Shaker le miró con ojos arrasados en lágrimas. Hizo un gesto expresivo con las manos. El sacerdote comprendió lo que deseaba. Le cogió por la cintura y, suavemente, como abrazándole, lo puso de rodillas sobre las losas del pavimento. Shaker se agarró a la parte trasera del banco que estaba ante él y murmuró casi sin aliento.

—Si es tiempo aún...

—Señor, me arrepiento de corazón —dijo suavemente el sacerdote, inclinado sobre él—. Repítelo, Odgen, hijo...

Shaker fué repitiendo las palabras de perdón que el reverendo Irvine le iba diciendo despacio, mientras le sujetaba. Después, le

cogió la mano derecha, aquélla con la cual había cometido tantos crímenes, y se la guió para que hiciese la señal de la Cruz. El «gángster», por cuyos ojos bajaban gruesas lágrimas, besó después la mano de Irvine.

—¡Qué lástima no haber acudido cuando usted me llamó, tantas veces! —susurró Shaker, cuya cabeza oscilaba de un lado a otro. Un gran charco de sangre se formaba a su alrededor—. Ahora es tarde... muy tarde.

Un alarido de sirenas llegó hasta el interior de la capilla, procedente de la calle. El reverendo Irvine se irguió cuan alto era. Shaker murmuraba algo entre dientes, haciendo protestas de arrepentimiento entre sollozos.

Irvine salió a la calle, muy pálido, pero sereno. Vio a varios agentes de paisano y uniforme, entre ellos a Bryden, que miraban el rastro de sangre que había dejado en su huida Shaker. Las manchas en los escalones de piedra, ante la puerta. Miraron allí y vieron la figura severa del pastor.

—¡Hola, reverendo! —dijo Bryden, subiendo los escalones. Todos ellos llevaban las armas en la mano y en sus rostros una fiera expresión—. ¿Está ahí Shaker?

—Está, Bryden. Es ya otro Shaker, hijo —dijo dulcemente Irvine—. Ha tenido tiempo de llegar a esta casa.

—¡Hum! —rezongó Bryden, disponiéndose a entrar.

Tras él, los demás agentes, esgrimiendo las armas automáticas.

—No, Bryden —le cortó el paso Irvine—. Armados, no... El mismo Shaker me entregó su terrible pistola al entrar. Ésta es la casa de Dios. Y en ella no existe sino la paz. Dejad en ese banco las armas y pasad.

Le obedecieron respetuosamente, Bryden y los cinco hombres penetraron en la capilla pisando en puntillas, sobrecogidos. Vieron a Shaker arrodillado, con la cabeza muy inclinada sobre los brazos, apoyados sobre el respaldo del banco delantero. El charco de sangre se había hecho mucho más grande y sobre él habían caído muchos billetes de Banco, que se teñían de rojo.

El agente especial se inclinó sobre Shaker, cuyos ojos hinchados estaban muy abiertos, como contemplando asombradamente la gran Cruz negra, al fondo de la capilla.

—Está muerto... —susurró, mirando al reverendo Irvine que se

arrodilló y rezó en voz muy baja.

Afirmó con un gesto el pastor:

—Está muerto, sí. Pero tuvo tiempo de llegar aquí, hijo, y de arrepentirse. Es mi mayor alegría el que haya podido pedir perdón a Dios por todos sus pecados. Perdonémosle también nosotros.

Bryden, muy pálido su rostro, de facciones llenas de simpatía y comprensión, afirmó con la cabeza. Y, seguido de los demás agentes, salieron de la capilla, terminada su misión de capturar a Shaker, el «gángster»...

FIN

La promoción de la muerte

es la historia más apasionante de contra-espionaje. Un auténtico alarde novelístico de

ALAR BENET

el mismo autor de REBELION DE LOS MUERTOS, EL DELATOR, EL COLOSO DE HIERRO y MUERTE EN EL CARIBE que tantos laureles alcanzaron a su publicación.

La promoción de la muerte

Los agentes del F. B. I. luchan contra ocultos espías en Estados Unidos, sabotadores vengativos que van demoliendo una obra nacional mediante las tretas más sucias y sangrientas que imaginarse pueda.

ATENCION A ESTE PROXIMO NUMERO
de la

Colección F. B. I.

